

DOS VISITAS REALES A BARCELONA:

ISABEL II Y MARÍA CRISTINA DE AUSTRIA
(1860 y 1888)



Derecho Histórico

Agencia Estatal Boletín Oficial del Estado

DOS VISITAS REALES A BARCELONA:
ISABEL II Y MARÍA CRISTINA DE AUSTRIA
(1860 Y 1888)

DOS VISITAS REALES A BARCELONA:
ISABEL II Y MARÍA CRISTINA DE AUSTRIA
(1860 Y 1888)

ÁREA EDITORIAL DE LA AGENCIA ESTATAL BOLETÍN OFICIAL DEL ESTADO



DERECHO HISTÓRICO

AGENCIA ESTATAL BOLETÍN OFICIAL DEL ESTADO

MADRID, 2025

Primera edición: mayo de 2025

En cubierta: fotografía de Isabel II, c. 1890, y la reina regente María Cristina con Alfonso XIII, c.1888.

© Agencia Estatal Boletín Oficial del Estado

© De la digitalización del álbum de Pablo Audouard Deglaire, Biblioteca Nacional de España,

Esta obra está sujeta a licencia Creative Commons-Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional-CC BY-NC-ND 4.0



<https://cpage.mpr.gob.es>

NIPOS AEBOE: 144-25-069-9 (edición en papel)
144-25-070-1 (edición en línea, PDF)

ISBN: 978-84-340-3068-8

Depósito Legal: M-12257-2025

Imprenta Nacional de la Agencia Estatal Boletín Oficial del Estado
Avda. de Manoteras, 54. 28050 MADRID

ÍNDICE GENERAL

	<u>Págs.</u>
PRESENTACIÓN	9
PARTE PRIMERA: 1860	11
1.1 Isabel II y Barcelona: el desdichado precedente de 1840.....	13
1.2 Coyuntura política. Una operación de imagen de la monarquía isabelina	15
1.3 Los complejos preparativos del viaje a Barcelona	17
1.4 Alojamiento de la familia real	18
1.5 Isabel II y la corona condal: una elaborada estrategia	22
1.6 El cronista oficial.....	25
1.7 Bibliografía	25
Edición facsímil de extractos de la Crónica del Viaje de Sus Majestades y Altezas Reales, por Antonio Flores	27
PARTE SEGUNDA: 1888	127
2.1 Estado de Barcelona en vísperas de la exposición universal	129
2.2 Los orígenes del proyecto de la exposición: dificultades iniciales....	131
2.3 La culminación.....	135
2.4 Coyuntura política. La consolidación de la regencia	137
2.5 Alojamiento de la familia real	139
2.6 Descripción del recinto	141
2.7 El desaparecido palacio de bellas artes.....	144

	<u>Págs.</u>
2.8 Balance final para Barcelona	147
2.9 Pablo Audouard Deglaire, fotógrafo oficial de la Exposición	149
2.10 Bibliografía	150
Edición facsímil del álbum de Audouard.	
Relación de imágenes contenidas en el album	151
El album	153

PRESENTACIÓN

En este libro se analizan las causas y consecuencias de dos visitas reales a la ciudad de Barcelona.

La protagonizada por Isabel II en 1860, dentro de su gira por Baleares, Cataluña y Aragón, se produce en un momento clave para la ciudad condal, ya que en ese año se aprueba por Real Decreto el plan de ensanche de Ildefonso Cerdá. La presencia de la reina coincide, pues, con el despegue urbanístico de la ciudad (Isabel II inauguró las obras del ensanche el 4 de octubre de 1860), cuya vitalidad social y económica es descrita por el cronista oficial de las jornadas regias, Antonio Flores, de cuyo trabajo reproducimos las partes dedicadas a la estancia en Barcelona. La prosa exuberante y algo recargada de Flores nos traslada a aquellos intensos días, en los que la visión de la reina todavía provocaba el entusiasmo popular, en los años de paz y progreso que proporcionó el gobierno de la Unión Liberal.

En 1888 tuvo lugar la inauguración oficial por la reina regente María Cristina y el rey niño Alfonso XIII de la primera exposición universal que se celebró en España. Barcelona acogió el evento como una demostración de su músculo económico: las promesas y primeros avances de 1860 dejaban paso, casi treinta años después, a una realidad de consolidación y riqueza de la ciudad, que supo aprovechar la década dorada de los años de Alfonso XII para exhibir su pujanza industrial y artística. El álbum oficial de la exposición que se reproduce en este libro nos permite apreciar la magnitud del esfuerzo de la ciudadanía barcelonesa, que no dejó escapar la oportunidad de presentar la ciudad a la Europa de la época como faro de modernidad.

Agencia Estatal Boletín Oficial del Estado

PARTE PRIMERA: 1860

1.1 ISABEL II Y BARCELONA: EL DESDICHADO PRECEDENTE DE 1840

El 11 de junio de 1840, la reina Isabel II, de nueve años y ocho meses de edad y su hermana la infanta Luisa Fernanda, de ocho años y medio, acompañadas y vigiladas por la reina gobernadora María Cristina de Borbón, iniciaron un largo viaje con destino a Barcelona. La reina madre justificó el viaje en la necesidad de que la reina Isabel tomara las aguas de Esparraguera y Caldas para tratar su enfermedad de la piel, descrita como ictiosis. La situación política en Madrid nos da otra explicación del motivo del viaje. Con un Congreso de los Diputados de mayoría moderada, la reina madre había impulsado la aprobación de una ley de Ayuntamientos que, para el partido progresista, era un ataque frontal a la autonomía local, ya que preveía que el gobierno designara a los alcaldes de las capitales de provincia, y los gobernadores civiles a los ediles en cada provincia. María Cristina estaba inquieta ante la actitud que adoptaría el hombre fuerte del momento, el general Espartero, y no estaba dispuesta a ceder frente al progresismo para que se repitiera una *sargentada* como la de 1836. En Barcelona, María Cristina tenía proyectado encontrarse con el ejército de Espartero, y convencer al general para que le prestara su apoyo.

La entrada de la familia real en Barcelona fue fría. En los faroles de las Ramblas colgaban carteles con el texto del artículo 70 de la Constitución de 1837, que proclamaba el principio de autonomía local. Alojadas en el denominado palacio real (que más adelante examinaremos), María Cristina sólo contaba con el asesoramiento del presidente del consejo, Pérez de Castro y de algunos ministros, dubitativos y asustados ante el envite, que la habían acompañado desde Madrid. Por el contrario, la entrada de Espartero en Barcelona fue apoteósica.

La entrevista entre Espartero y María Cristina supuso para la reina madre un jarro de agua fría, ya que el general aconsejó a la gobernadora no sancionar la ley de Ayuntamientos, disolver las Cortes y apoyarse en el partido progresista. Isabel II después de tomar las aguas regresó a una Barcelona donde comenzaron las luchas y peleas en la calle entre los partidarios de María Cristina y los de Espartero. La reina niña tuvo que oír desde palacio los gritos de los barceloneses de *mueran los ministros y viva la Constitución*. El denominado *motín de las levitas*, en el que jóvenes de la burguesía de la ciudad se enfrentaron cuerpo a cuerpo con artesanos partidarios de Espartero, agravó la situación todavía más, al producirse en la refriega varios muertos. Al final, María Cristina decidió abandonar una Barcelona que le había manifestado su rechazo y que le parecía peligrosamente hostil, conviniendo en tener con Espartero una nueva entrevista en Valencia. En Barcelona María Cristina recibió la visita del príncipe Leopoldo de Sajonia-Coburgo Gotha, que tres años después se convertiría en uno de los pretendientes a la mano de Isabel II, candidatura promovida por Gran Bretaña y que contó en sus inicios con el apoyo de la reina madre.

En el palacio de Cervelló en Valencia, María Cristina renunció a la regencia y se embarcó rumbo a Marsella. Su capacidad de resistencia, anulada por la oposición frontal de Espartero a sostenerla, el anhelo de reunirse con su esposo morganático Fernando Muñoz y los hijos habidos en este segundo matrimonio (de dudosa validez jurídica, constitucional y canónica) o el miedo a la revolución, que triunfaba al extenderse en las provincias la constitución de juntas que no reconocían la autoridad del gobierno moderado, son factores que tal vez puedan explicar la huida de la ex gobernadora, pero a día de hoy los analistas del periodo discuten si fue una reacción visceral de la reina madre o más bien un paso meditado que buscaba el apoyo y la intervención en España de su tío Luis Felipe I, el rey de los franceses. Barcelona había elevado a Espartero a la condición de regente único, y Barcelona sería el centro de la conspiración que lo derribó del poder, ante las políticas librecambistas del regente que, a juicio de los burgueses catalanes, perjudicaban su industria textil: el desasosiego de la ciudad condal durante la regencia esparterista y la continua actitud de oposición y revuelta social

provocó que el regente ordenara el bombardeo de la ciudad condal, lo que en 1843 condujo a una espúrea alianza entre progresistas descontentos y moderados que arrojó al general del poder.

No podemos saber si una niña de apenas nueve años tuvo conciencia de lo que supusieron los acontecimientos de Barcelona de 1840. La primera parte de la visita a la ciudad condal fue placentera para Isabel II, ya que era el primer viaje que la reina niña efectuaba fuera de los límites de Madrid y los reales sitios, pero a su regreso de tomar las aguas, la reina Isabel tuvo contacto con la revolución, la tensión política y la muerte, a una edad en que las impresiones traumáticas quedan fuertemente grabadas. Barcelona debió significar desde entonces para la reina niña un cúmulo de recuerdos confusos y angustiosos.

1.2 COYUNTURA POLÍTICA. UNA OPERACIÓN DE IMAGEN DE LA MONARQUÍA ISABELINA

La revolución de 1854, conocida como la Vicalvarada, implicó el retorno al poder del general Espartero, contrapesado por el general Leopoldo O'Donnell en el ministerio de la guerra. A partir de 1858, éste último queda dueño de la situación e impulsa con la Unión Liberal un partido de centro que, hasta 1863, asegura para España un periodo de estabilidad y desarrollo, que tiene su cara más visible en las inversiones extranjeras, sobre todo francesas.

El origen de la campaña de viajes regios por España bajo la Unión Liberal hay que buscarlo en ese momento de esplendor que vive la sociedad española, pero también en las consecuencias de la revolución de 1854.

A partir del estallido de 1854, la propia figura de la reina, por primera vez en su trayectoria, fue cuestionada y se alzaron voces críticas contra un símbolo que hasta entonces parecía intocable. Aunque la ira popular se desató en Madrid contra los políticos moderados (conde de San Luis, marques de Salamanca) y contra la corrupción en los negocios de la reina madre María Cristina, se extendió la idea de complicidad de Isabel II en la degradación de la situación política y de que estaba dominada por ideas absolutistas y ultramontanas, además de

que toleraba la influencia de personajes que en la imaginación popular adoptaban aires siniestros, como la *monja de las llagas* sor Patrocinio. La revolución de 1854 supuso un cambio decisivo respecto a las anteriores. En aquella ocasión el nombre de Isabel II no formó parte de los eslóganes regeneradores, ni fue ligado con la libertad o con un porvenir más halagüeño. Las proclamas, manifiestos, lemas y gritos callejeros dieron un mensaje claro: el protagonista de la revolución era el pueblo. La mera defensa de una Isabel II sentada en el trono dejó de ser un objetivo, y se pusieron condiciones a su continuidad: comportamiento constitucional y alejamiento de camarillas. Aquellos revolucionarios, los moderados puritanos de O'Donnell y Ríos Rosas, así como los progresistas de Espartero y San Miguel, sostuvieron la idea de un trono constitucional, representante de la moralidad y la libertad. Y en los primeros momentos de la revolución recluyeron a Isabel II, pues temían reacciones adversas a su persona en la calle, y la hicieron firmar un manifiesto de disculpa a los españoles. Se trataba de reconciliar al pueblo con la Corona, y que los españoles perdonaran la «serie de lamentables equivocaciones», según decía aquel manifiesto.

Las oportunidades que brindaba el ferrocarril para amplios desplazamientos más allá del ámbito tradicional de los reales sitios, y el ejemplo de la política de imagen de Napoleón III en Francia que tan buenos frutos le proporcionó de cara al plebiscito de 1852 que lo sentó en el trono imperial, aconsejaban contrarrestar la visión de una reina insensible ante la miseria y las necesidades de su país, caprichosa y volcada en sus placeres, idea que la revolución había extendido peligrosamente. La campaña de viajes reales en 1860 incluyó Aragón, Baleares y Cataluña. En concreto, Cataluña era un objetivo prioritario, ya que en aquel año se había producido la intentona carlista de San Carlos de la Rápita por el conde de Montemolín, y persistían los rescoldos de la revuelta en el principado. El viaje a Cataluña permitiría limpiar la imagen regia y calmar los ánimos agitados por el pretendiente carlista; uno de los principales elementos propagandísticos será el reparto de abundantes limosnas, que se usará en todos los viajes regios y, en concreto, en Cataluña, para dejar memoria, entre la población y las instituciones religiosas, de la presencia de la reina y la real familia.

De esta forma, frente a la extendida imagen arcaica del reinado de Isabel II, ésta es el primer soberano español que utilizó sofisticadas técnicas de propaganda política, al cobrar conciencia de que había nacido en España una *opinión pública*.

1.3 LOS COMPLEJOS PREPARATIVOS DEL VIAJE A BARCELONA

La documentación administrativa de palacio en Madrid nos permite comprender el alcance que en aquella época tenía hacer de Barcelona sede temporal de la corte. Toda la logística de los desplazamientos por Cataluña-Barcelona, Tarrasa y Sabadell-está cuidadosamente anotada: las facturas que suponen la adquisición de bienes diversos, las personas que se desplazan en el séquito real, la petición de limosnas y la cuantía concedida por la reina en cada caso y el papel de los aposentadores reales, que se desplazaron previamente a Barcelona para alquilar casas de diversas categorías donde se alojarían las diferentes clases del séquito que acompañó a la familia real.

Todo ello pone de relieve la enorme eficacia de la administración del palacio real, que operaba de modo autónomo a la ministerial, con una coordinación entre ambas que se hacía entre la mayordomía mayor de palacio, y la presidencia del Consejo de Ministros. La administración de palacio estaba al servicio exclusivo de la familia real, con una estructura jerárquica y funcional muy compleja, al frente de la cual se encontraba el mayordomo mayor de palacio, que era el jefe superior de la casa real y constituía un cargo de origen aristocrático de la máxima confianza de la reina. El mayordomo mayor remitió al presidente del Consejo de Ministros, con suficiente antelación los lugares donde iba a pernoctar en Cataluña la comitiva real y los días que permanecería en cada una de las localidades. Cualquier variación en el trayecto inicial se comunicaba a la presidencia del Consejo, que a su vez lo trasladaba a las autoridades provinciales, mostrándonos todo ello, de nuevo, el perfecto engranaje de la administración isabelina. Ha de tenerse en cuenta que se debía organizar el desplazamiento de parte de las casas de la reina, del rey consorte, del príncipe de Asturias y de la infanta Isabel.

Para el viaje que nos ocupa, la Barcelona de 1860, se prepararon cuidadosas ediciones de la crónica del viaje, que quedó encomendada a Antonio Flores, se programó la compra de imágenes para los libros y se encargaron fotografías para conservar la memoria de los acontecimientos.

Charles Clifford (1819-1863), daguerrotipista británico afincado en Madrid hacia 1850, fue primer fotógrafo oficial de la Casa Real española y acompañó en sus viajes a Isabel II. Clifford cubrió los siguientes viajes regioes: 1858 (Valladolid, Toledo y Extremadura primero y después Castilla-León Asturias, Galicia), 1860 (Aragón, Baleares y Cataluña), 1862 (Andalucía y Murcia). Otros profesionales cubrieron los viajes de 1865 (País Vasco) y 1866 (La Mancha, Extremadura y Portugal).

En tales periplos, se tomaban placas de las ciudades engalanadas para acoger a la comitiva real, testimoniando así el afecto del pueblo. Se formó un equipo de trabajo formado por el corresponsal gráfico y el grabador. Así, las fotografías inspiraron las litografías que ilustraron diarios, folletos y libros conmemorativos.

1.4 ALOJAMIENTO DE LA FAMILIA REAL

Entre 1668 y 1688, por orden del virrey Vicente Gonzaga Doria, se construyó en el Pla de Palau, en el distrito de Ciutat Vella de Barcelona, un edificio que estaba destinado a servir como residencia de los virreyes de Cataluña. El proyecto del carmelita descalzo Fray Josep de la Concepció, de estilo barroco clasicista, consistía en el trazado de una planta cuadrangular con patio central, tres niveles con balcones y fachada con elementos góticos.

Del interior destacaba especialmente la sala principal, llamada Salón de los Festines, de planta rectangular y dos pisos de altura, con bóveda sobre arco escarzano con lunetas.

En 1700, por iniciativa del virrey Jorge de Hesse-Darmstadt, primo de la reina Mariana de Neoburgo, se añadió un puente y un corredor elevado que lo conectaba con la vecina iglesia de Santa María del Mar. Dos años después el palacio sirvió por primera vez de residencia real, alojando a Felipe V.

En 1705, durante la guerra de sucesión española el archiduque Carlos (III) se instaló en el edificio y, en 1708, contrajo matrimonio con Isabel Cristina de Brunswick-Wolfenbüttel en la vecina iglesia de Santa María del Mar, convertida en capilla palatina. En 1711 el archiduque Carlos abandonó Barcelona ante la muerte de su hermano el emperador José I, quedando su esposa en la ciudad en calidad de regente, hasta que en 1713 la ya emperatriz Isabel Cristina partió definitivamente hacia Viena para reunirse con su esposo, el emperador Carlos VI del Sacro Imperio.

Tras el decreto de Nueva Planta, en que fue abolido el cargo de virrey, el palacio pasó a ser residencia de los capitanes generales de Cataluña, hasta que pasaron al nuevo edificio de Capitanía, situado en el antiguo convento de la Merced, en 1846.

En 1771 se construyó una nueva fachada, diseñada por el conde de Roncali, en estilo neoclásico. En 1802 se alojaron los reyes Carlos IV y María Luisa de Parma, con motivo de la doble boda entre el príncipe Fernando con la princesa María Antonia de Nápoles y el príncipe Francisco Genaro de Nápoles con la infanta María Isabel.* También Fernando VII y su tercera esposa, María Josefa Amalia de Sajonia, visitaron Barcelona. En abril de 1828 residieron en el palacio y celebraron las festividades de Semana Santa en la vecina Santa María del Mar.

Finalmente, Isabel II residió en el edificio en la accidentada visita de 1840 que hemos examinado anteriormente. A partir de 1844 la fachada fue redecorada en estilo neogótico o *trovador*, con el añadido de elementos que poco o nada tenían que ver con el estilo barroco original. Para la visita de 1860 se trasladaron desde Madrid muebles, cuadros y tapices para dotar a los interiores de mayor suntuosidad, destacando espacios como el salón del trono, el salón de recibir y el despacho real. En este edificio, improvisado palacio real, se alojó Isabel II y la real familia con el personal palatino, sin que quede ningún recuerdo de aquella estancia, ya que el palacio quedó completamente destruido por un incendio en 1875.

* Véase *La visita de Carlos IV a Barcelona*, edición de la Agencia Estatal Boletín Oficial del Estado, 2014.

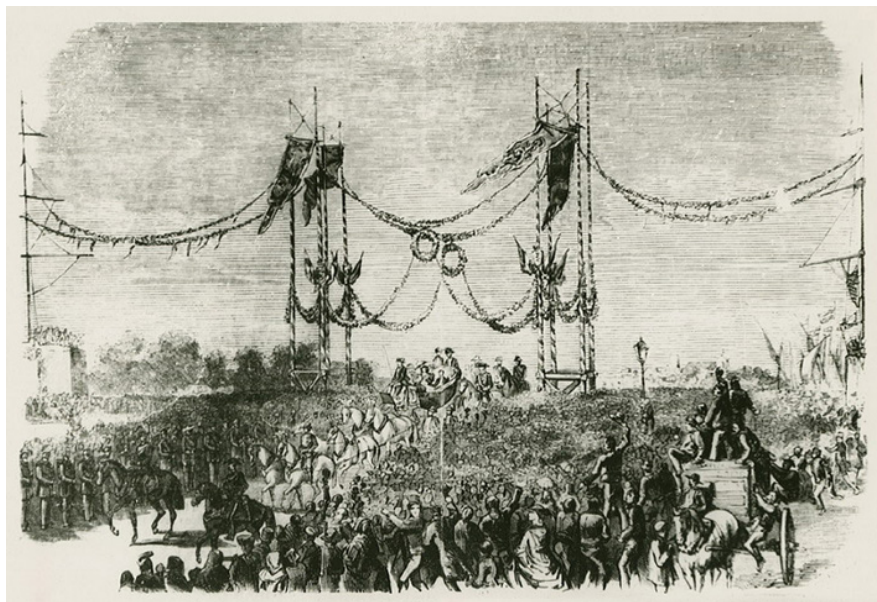
Dos visitas Reales a Barcelona: Isabel II y María Cristina de Austria (1860 y 1888)



El palacio real de Barcelona en 1860



El 21 de septiembre de 1860, la escuadra que conducía a la familia real hizo su entrada en el puerto de Barcelona. Grabado según fotografía de Clifford publicado en *El Museo Universal*



El mismo día 21 la familia real entra en la ciudad. Grabado según fotografía de Clifford publicado en *El Museo Universal*



El 23 de septiembre los artesanos de Barcelona aclaman a la familia real en la plaza de palacio. Grabado según fotografía de Clifford publicado en *El Museo Universal*

1.5 ISABEL II Y LA CORONA CONDAL: UNA ELABORADA ESTRATEGIA

La entrada de la reina en Barcelona el 21 de septiembre de 1860, fue la más multitudinaria y espontánea de cuantas hubo en los viajes reales. El periódico progresista barcelonés *La Corona* relataba que, a los representantes de los cuatro distritos de Barcelona, cada uno con la «bandera nacional y una banda de música», se les unió en la marcha hasta el alojamiento de los reyes un «inmenso gentío», una reunión «ajena a toda indicación oficial, [...] verdaderamente hija de los sentimientos del pueblo».

La aparición de Isabel II ataviada en un besamanos con la corona condal desató el delirio de la multitud reunida en la plaza de palacio, cuando la reina se mostró en el balcón tocada con la corona. La prensa barcelonesa describió el momento y su significado «en la que se veían esmaltadas las armas de Barcelona con las barras de Cataluña y gruesas perlas en los remates», a lo que acompañaba la reina con un «elegante traje glasé blanco y oro». Aquella corona condal «simboliza la resurrección de las libertades patrias y que, a más de corresponderle como heredera de cien reyes, le ha afirmado en sus sienes la nunca desmentida hidalguía española, con la sangre de millares de héroes muertos en mil gloriosos combates» (*La Corona*, 24 septiembre 1860).

De esta guisa la reina, «disfrazada» de condesa de Barcelona como una dama del siglo XVI, en una exaltación al pasado medieval tan propia de la época, impresionó a la muchedumbre. Las aclamaciones parecían no tener fin, hasta el punto de que una comisión popular pidió y obtuvo de la reina que se dejase retratar con la corona de condesa de Barcelona, algo que realizó Clifford con su cámara fotográfica. Este gesto nos habla de una intencionalidad expresa por parte de la reina Isabel de utilizar los símbolos locales, un mecanismo de identificación entre la singularidad regional y la Corona, de apropiación e integración por parte de la representación del Estado de objetos simbólicos locales. Esta corona de los Berenguer fue construida en Madrid por encargo y dirección de la reina con bastante antelación, siendo una sola

persona de la regia servidumbre, el guardajoyas de la Corona, el único que conocía el secreto de la reina.



Isabel II luciendo la corona condal, fotografía de Carles Clifford, 1861

El gesto de la reina fue leído en distintas claves en función de las culturas políticas en juego. Mientras que las fuerzas conservadoras alabaron la capacidad de «armonizar los recuerdos históricos y

tradicionales con las exigencias de la moda, enlazando el pasado y el presente» en esa búsqueda de la legitimidad de la monarquía en la historia, la prensa progresista elogió el uso de la corona condal como símbolo «de la resurrección de las libertades patrias» y defensa de las instituciones representativas, todo ello enmarcado siempre dentro del mundo medieval.

Los trajes populares catalanes fueron empleados especialmente en actos religiosos, particularmente en procesiones y peregrinaciones, como la realizada a Monserrat el 30 de septiembre de 1860. En ese sentido, al recibir de manos de unos niños el traje de payés catalán, parece ser que el príncipe Alfonso respondió agradecido: «Mi hermanita y yo nos pondremos estos trajes para ir a ver a la Virgen de Monserrat porque queremos mucho a los catalanes y los amamos tanto como nuestros padres».



La infanta Isabel vestida de payesa, grabado de José Vallejo

1.6 EL CRONISTA OFICIAL

Antonio Flores (1818-1865) autor de la crónica del viejo real a Baleares, Aragón y Cataluña, es un personaje de un enorme interés. Además de su producción literaria y de ser un agudo observador de las transformaciones que está sufriendo su tiempo, que analiza en su trilogía *Ayer, Hoy y Mañana*, será el artífice de algunos de los primeros ensayos de una revista con imágenes de actualidad publicada en España. Se trata de *El Laberinto*, una lujosa publicación que, en 1843, combina el grabado pintoresco con escenas de actualidad al estilo de las que se están produciendo en los países europeos más avanzados como Inglaterra o Francia.

Flores es el que se encarga de contratar a Charles Clifford para que tome fotografías en el viaje regio de 1860. Lamentablemente, cuando Clifford visitó al intendente de la Real Casa y Patrimonio para saber noticias de la abultada factura de 66.620 reales por diez y nueve álbumes que había entregado, al que añadió uno más con vistas sueltas para uso de los litógrafos, el intendente le recibió con una enorme frialdad, y le dijo que no sabía nada de su pago, y que lo único que podía decirle es que el propio rey consorte le había comentado que la factura parecía muy abultada. Clifford, en un pésimo castellano, escribió a Antonio Flores pidiéndole consejo y ayuda y Flores tuvo que interceder en su favor para que la factura le fuera abonada.

A continuación, reproducimos la edición facsímil de extractos de su *Crónica del Viaje de Sus Majestades y Altezas Reales a las Islas Baleares, Cataluña y Aragón* (Madrid, Imprenta y Estereotipia de Rivadeneyra, 1861), referidos exclusivamente a la estancia en la ciudad de Barcelona de la familia real.

1.7 BIBLIOGRAFÍA

- BURDIEL I., *Isabel II: una biografía (1830-1904)*. Premio Nacional de Historia 2011, edit. Taurus, 2010.
- RIEGO B., *Imágenes fotográficas y estrategias de opinión pública: los viajes de la reina Isabel II por España (1858-1866)* En «Reales Sitios». Monográfico sobre Historia de la Fotografía. Patrimonio Nacional. Madrid 1999. Núm. 139. pp. 2-13. ISSN: 0486-0993.

SAN NARCISO MARTÍN D., *Viejos ropajes para una nueva monarquía. Género y nación en la refundación simbólica de la Corona de Isabel II (1858-1866)*. Revista *Ayer*, núm. 108 Marcial Pons Ediciones de Historia, Madrid, 2017.

VILCHES J., *Los republicanos e Isabel II: el mito del trono contra el pueblo (1854-1931)*.

CRÓNICA
DEL
VIAJE DE SUS MAJESTADES

ALTEZAS REALES
á las Islas Baleares, Cataluña y Aragon,
EN 1860,

ESCRITA DE ÓRDEN DE SU MAJESTAD LA REINA
POR D. ANTONIO FLORES.



MADRID,
IMPRESA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
1861



Est. de J. LONCH, Madrid.

S. M. LA REINA D. ISABEL II.^a
Concesora de Barcelona.

A SU MAJESTAD LA REINA

DOÑA ISABEL SEGUNDA.

Señora :

No escribo el augusto nombre de V. M. en la primera página de este libro para venir á demandar el permiso de ofrecer á V. M. las restantes , porque siendo la persona de V. M. el asunto principal de la obra , pueblos de la Monarquía, que felizmente rige , los lugares en que han de pasar las escenas que narre , y súbditos fieles del trono de V. M. los personajes que en ellas figuren , lo que yo daría á V. M. dedicándole este libro, serian los yerros que cometeré al relatar los sucesos , el desaliño con que habré de historiarlos y la falta de erudicion con que me será forzoso exhibirlos. Seria en mí, por esta razon, demasiado atrevimiento el querer amparar con tan gran nombre tan pobre trabajo.

El nombre de V. M. es la primera palabra de este libro , porque jamás me hubiera atrevido á escribirlo si expresamente no me hubiese V. M. ordenado hacerlo.

Sirviendo á la inmediacion de V. M. destinos de la mayor importancia , y mereciendo en su desempeño distinciones altísimas , he tenido el honor de acom-

pañar á V. M. en su tránsito por las provincias de Albacete, Alicante, Valencia, Toledo, Valladolid, Leon, Astúrias y Galicia, sin que jamás me hubiese atrevido á emprender un trabajo que es muy superior á mis fuerzas.

V. M., sin embargo, lo ha resuelto de diferente manera; y no contenta en su mucha bondad con las grandes mercedes que siempre me ha dispensado, ha querido honrarme una vez más nombrándome cronista del régio viaje que, en Setiembre y Octubre del año pasado, se dignó hacer á las islas Baleares, á Cataluña y Aragon, y á mí no me toca otra cosa sino acatar y cumplir el régio mandato.

Cierto es, Señora, que si ántes de verificarse el viaje la empresa me pareció difícil, ahora que he visto el amoroso respeto con que han recibido á V. M. los fieles isleños, el entusiasmo y la grandeza con que han celebrado su llegada los industrioses catalanes, y el júbilo y la alegría de los leales aragoneses, la tendria por imposible, si esta palabra no estuviese divorciada de todas las órdenes que de V. M. emanan.

Por otra parte, los grandes escritores como los grandes artistas, se han de guardar para enaltecer y eternizar los sucesos de poca importancia, que sin el auxilio de una pluma galana ó de un pincel atrevido quedarian sepultados en perpétua oscuridad. Los hechos grandes, los que por sí propios arrojan luz suficiente para que su memoria no perezca nunca, cualquiera puede escribirlos y grabarlos; porque cuanto ménos haga por levantarlos y enaltecerlos ménos quílates perderán de su verdadera grandeza.

Esta idea, que no se habrá escapado á la superior ilustracion de V. M. al elegir mi tosca pluma para tan delicada empresa, es la que me anima á emprenderla; y lo hago invocando el augusto nombre de V. M., cuya importante vida ruego á Dios guarde y prospere muchos años.

SEÑORA :

A L. R. P. de V. M.

Antonio Flores.



Lit de J. DOMEN, Madrid.

S. M. EL REY DE FRANCISCO DE ASIS.

INTRODUCCION.

Antes de coger la pluma para traducir y estampar en este libro las notas fotográficas, que en cada una de las páginas de mi cartera de viaje recuerdan los sucesos que estoy obligado á narrar, me será permitido decir dos palabras sobre lo que, en mi humilde opinion, deben ser esta clase de trabajos, ó mejor dicho, sobre lo que yo me propongo que sea el que, con la ayuda de Dios, comienzo en las presentes líneas.

El título de cronista con que SS. MM. los Reyes han querido honrarme, me traza desde luego la índole, el plan y hasta la forma que debo dar á mi libro.

Cierto es que bajo el nombre de crónicas se han publicado multitud de trabajos históricos, y aún puramente cronológicos, de diferentes formas y en bien distinto estilo; pero no lo es menos que desde las latinas, que son las más antiguas, las francesas, las alemanas, las inglesas, las portuguesas y las infinitas que han aparecido en Escocia, en Irlanda, y principalmente en España, donde esta clase de escritos ha estado muy en boga, con especialidad desde el siglo viii hasta el xvi, todas ellas han

sido historias detalladas, aunque sin comentarios, de un país, de una localidad, de un monarca ó de una época, escritas casi siempre por testigos oculares de los sucesos que en ellas se refieren.

Esto mismo procuraré yo hacer ahora, con tanta más razon, cuanto que la altísima importancia de los personajes que dan ocasion á este libro, no me permite distraer la atencion del lector hácia otros objetos que aquellos que tengan íntima y constante relacion con sus augustas personas.

Por otra parte, cuando el vapor y la electricidad absorben los espacios, haciendo el vacío en la atmósfera para que nada le impida al hombre llevar su persona á donde ántes apenas le era dado llevar su pensamiento, no es posible hacer otra cosa que fotografiar rápidamente los sucesos presentes, dejando en paz las sombras de lo pasado.

Por eso los modernos escritores han bautizado los trabajos de esta clase con los títulos de *recuerdos*, *memorias* ó *impresiones de viaje*, consignando en ellos nada más que los sucesos que á su vista pasan, las impresiones que en el momento les causan los pueblos que visitan, y tal cual recuerdo histórico ó artístico que sobrevive escrito en el viejo torreón de un castillo ó en la afligranada cúpula de una iglesia.

Algunos creerán que los de esta última clase debieran formar la parte principal de esta obra, porque afortunadamente en nuestro país la historia del arte vive imperecedera en mármoles y bronce; pero, sobre que hay muchas y muy buenas obras especialmente consagradas á la descripción de aquellos monumentos, el ferro-carril y el telégrafo eléctrico pasan por delante de ellos, como pasa la sávia á fecundar los renuevos del árbol sin dejar una gota de vida en el corazón secular, carcomido y seco;

INTRODUCCION.

9

y los que por caminos de hierro andamos y de alambres eléctricos nos servimos, no podemos alterar la marcha de los tiempos cambiando la forma de los sucesos.

Si hubiéramos acertado á nacer en el siglo XIII, y, agregados á las mesnadas del rey don Jaime, hubiésemos atravesado las montañas de Cataluña en una perezosa mula de paso, para entregarnos luego á la merced de los vientos y de las olas con ánimo de conquistar las Islas en una estrecha burcia ó en una frágil tarida, naturalmente, y aun cuando sólo fuera por entretenir el tiempo, le tendríamos de sobra para narrar los más pequeños incidentes del viaje.

Y aun cuando no hubiéramos venido al mundo hasta que el emperador Carlos V nos hubiese hecho merced de admitirnos á bordo de uno de sus bajeles, despues de haber atravesado la península en una litera, tambien habríamos podido hablar con más detenimiento del viaje á las islas Baleares y de la estancia en ellas.

Pero ni pudimos tomar parte en la gloriosa conquista de las Islas, ni acompañar en su jornada al Rey de los emperadores, y cuando nos ha cabido la honra de seguir á un Monarca en su visita al reino Balear, es precisamente la época en que se ha suprimido el paso contemplativo en los viajes.

El vapor nos ha arrastrado hácia el mar con una velocidad que apenas permite distinguir el espacio recorrido, y con igual rapidez ha quebrado las olas que se alzaban entre nuestras costas y las de las Islas.

De igual manera hemos dado la vuelta á Barcelona y viajado por una gran parte de Cataluña; si bien es cierto que ántes de regresar á la corte hemos tenido ocasion de disminuir la velocidad.

No hemos gozado los placeres de la contemplacion en toda su pureza, como si hubiéramos alcanzado la dicha de seguir al emperador Carlos V. pero hemos viajado como se viajaba en tiempo de Carlos III, y hecho casi las mismas jornadas que el rey Carlos IV cuando regresó de Barcelona á su corte.

En esta última parte de la expedicion régia seremos, por lo tanto, algo más minuciosos que en las demás del viaje, dándole de este modo á cada locomocion su propio colorido, pero procurando no olvidar en ninguna de ellas el verdadero objeto de la obra.

¡Ni cómo sería posible olvidarlo, cuando el pensamiento de S. M. la Reina, al mandar escribir este libro, no ha sido otro sino el de dejar consignada en él la satisfaccion que á SS. MM. ha causado el estado de prosperidad y cultura en que han hallado sus pueblos, y las naturales muestras de adhesion, de respeto y de entusiasmo que en todas partes han recibido!

Esta *Crónica*, por lo que dejamos dicho, irá estrechamente ceñida al régio viaje y á todos los accidentes del mismo; y en esto podrá asimilarse á las de los tiempos antiguos, ya que nosotros no podamos darle ni la majestad de estilo ni la sublimidad de pensamientos de Pero Lopez de Ayala, ni con Perez del Pulgar, Florian de Ocampo, Salazar, Cabrera de Córdoba, y otros muchos, podamos competir en la pureza de la diction ni en la belleza de la forma.

Lo que podrá servirnos de disculpa en este trabajo será el haberlo hecho de Real orden, á pesar de haber protestado de nuestra insuficiencia en tiempo oportuno.

CAPÍTULO XX.

Entrada de los Reyes en Barcelona

Aun resonaban en nuestro oído las melancólicas plegarias que los alicantinos elevaron al cielo para que concediese á la Reina un viaje feliz, cuando escuchamos las entusiastas aclamaciones de los barceloneses, y la acción de gracias que dirigian los catalanes á la Virgen de Monserrat porque los permitia ver llegar á sus playas á la augusta Condosa de Barcelona.

El bronco estampido con que el castillo de Alicante anunció al Mediterráneo la salida de la Reina de España de la península ibérica, volvió á sonar once días más tarde en la bahía de Barcelona, cuando Monjuich, Ciudadela y Atarazanas hacian estremecer el continente de la Monarquía con la atronadora voz de sus cañones.

Las islas Baleares, preciosos ramilletes de flores que conservan su primitiva lozanía eternamente sumergidos en el agua, enviaban á Cataluña el entusiasmo y el júbilo que habian llevado á sus costas las transparentes olas del puerto de Alicante.

Como si el entusiasmo de los alicantinos, y el amoroso respeto de los mallorquines, y el alborozo de los mahoneses, y la leal-

tad de todos ellos vinieran escoltando el buque Real, así oíamos resonar en derredor suyo los vítores y las aclamaciones y el entusiasmo.

Pero el cuadro que se bosquejaba en lontananza desde que la escuadra régia se fué acercando á la bahía de Barcelona, era de inmensas, de colosales proporciones.

A medida que iba creciendo la ciudad se iba empequeñeciendo nuestra imaginacion.

Entónces nos pareció imposible que aquel gran lienzo pudiera acomodarse en estas humildes páginas, y resolvimos hacer de él una copia en miniatura. Ahora que ha llegado el momento de emprender este trabajo tropezamos con la misma dificultad. Sin estropear el original nos es imposible hacer la reduccion.

Afortunadamente por mal que tracemos este capitulo siempre le comprenderán las quinientas mil personas que presenciaron la entrada de la Reina de España en la capital más importante de su monarquía. A las que no se hallen en este caso, por poco que acertemos á decir, siempre ha de parecerles extraordinario y grande lo que allí ocurrió.

El movimiento de las fábricas, la animacion de los talleres, el bullicio de las tiendas y la agitacion de los mercados, todo habia cesado desde que Monjuich, centinela avanzado de la ciudad, gritó avisando que llegaba la Reina.

Cien mil personas corrieron al muelle, otras tantas llenaron las calles y plazas de la carrera que habia de recorrer el Monarca, y las restantes se acomodaron en los balcones, en las terrazas, y en multitud de tablados y tribunas alzadas expresamente en diversos puntos del tránsito.

Por todas las avenidas de la ciudad entraban diligencias, ómnibus, galeras y carruajes de todas especies, llenos de gente, que en vano buscaban una fonda donde albergarse, ó una casa de huéspedes donde les pudieran recibir el equipaje.

Las locomotoras del Centro, las del Norte y las del Este, ar-

rastraban hacia la ciudad todas las poblaciones que habian hallado al paso, y las que de largas distancias habian acudido á las Estaciones, y nuevas oleadas de gente agitaban sin cesar el mar de cabezas que por todas partes se descubria.

El Besós y el Llobregat entraban turbulentamente en el Mediterráneo, como si quisieran presenciar el gran suceso que dejaba desiertas sus floridas riberas, abandonados sus fértiles campos y solitarias sus alegres torres.

Las chimeneas de vapor, que forman en los alrededores de la ciudad un bosque de palmeras, no arrojaban ya las bocanadas de humo con que esos árboles de la industria moderna remedan la exuberancia del vegetal que ha dado vida á la flor y madurado el fruto.

Callaban los telares, dormian las máquinas, descansaba el arado, y toda la vida de aquella comarca industrial y laboriosa se habia concentrado en el corazon de la ciudad para saludar con una sola voz á la Reina de España, y ceñir á sus sienes con una sola voluntad y un solo esfuerzo la nobilísima corona del ilustre condado barcelonés.

Multitud de personas, entre las cuales se hallaba en mayoría la clase obrera, acampaban sobre las aguas del puerto, mientras otras muchas habian salido en vapores mercantes hasta diez ó doce millas al encuentro de la escuadra. El *Tarraconense* y el *Dertosense* fueron los primeros que avistaron el buque Real, y despues de victorear con entusiasmo á los Reyes, se colocaron á la popa de la *Princesa* entrando con ella en el puerto.

En este momento, en que al cañon de Monjuich respondian los de la escuadra, y á estos los de Atarazanas y Ciudadela, rodando los repetidos ecos de cien disparos por entre centenares de lanchas y millares de voces, en este momento, decimos, es cuando empiezan las verdaderas dificultades para escribir este capitulo.

No encontrando la síntesis de esos cuadros es inútil quererlos

copiar con exactitud. Y como la síntesis de esas grandes escenas está en el conjunto, y el conjunto, como hemos dicho ántes, no cabe en estas páginas, de aquí la necesidad de que el lector supla mucho si quiere tener algo de lo que allí ocurrió.

Y desde ahora para en adelante reclamamos de los lectores el mismo auxilio, porque de otro modo nos sería imposible describir las grandes fiestas con que la ciudad de los Berengüeres, la rival vencedora de Génova y Venecia, celebró la entrada de Isabel II en su recinto.

La escalinata que habían construido para que los Reyes subieran al muelle era verdaderamente régia. Formábanla dos espaciosos ramales, cubiertos por una rica alfombra que entraba diez ó doce varas en el agua, como si aquellos escalones condujeran á espléndidos palacios submarinos, y allí atracó con toda comodidad la elegante falúa Real, tapizada de blanco y azul, con su toldilla á la veneciana, y ricos sillones dorados vestidos del propio color que las colgaduras y adornos de aquel precioso gabinete.

El Capitan general de Cataluña, el Ministro de Estado, que dias ántes había llegado de Madrid, el Gobernador civil, algunos Diputados provinciales y pocas personas más, recibieron á SS. MM. al pié de la escalera; el Arzobispo, el Regente de la Audiencia, y el Corregidor con sus respectivas Corporaciones, esperaban en el pabellon que se había construido sobre el muelle, y que por la riqueza de sus adornos y por la grandiosidad de los tres salones que le formaban, era digno de las personas que entraban en él y de la ciudad que se lo ofrecía como primer descanso.

Pero no quiso la Reina prolongar por más tiempo la impaciencia de los barceloneses, y á pesar del violento estado en que se encontraba por la falta de sangre y de alimento, por el dolor de las heridas y por la molestia de veinte y dos horas de fuerte marejada, pidió el carruaje para entrar cuanto ántes en la ciu-

dad: en la ciudad, cuyas auras habian, refrescado su frente de niña, cuando aún no sentía sobre sus sienes todo el peso de la corona Real.

Mucho anhelaban los catalanes saludar á su Reina, pero no deseaba ménos esta augusta Señora volver á recibir las demostraciones de amor y de cariño, que en la paz y en la guerra siempre le ha demostrado Cataluña.

Por esta impaciencia, que identificaba á la Reina con el pueblo, mientras éste se afanaba por vestir de gala sus edificios y alzar arcos de triunfo en distintos puntos del tránsito, Isabel II se habia vestido de gala tambien, y se esforzaba por sonreir, para ahogar las huellas que el dolor imprimia en su semblante.

Esfuerzos que no fueron suficientes á impedir que las Autoridades adivináran el sufrimiento que ocultaba la Reina, que al verles suspensos les dijo sonriendo: « Ha podido ser mucho y no ha sido nada; bendito sea Dios que así ha querido que suceda ».

Con la mantilla procuraba cubrir el vendaje de la cabeza, pero no podía hacer lo mismo con las manchas lívidas que las contusiones habian dejado en la mejilla izquierda, y esto unido á la palidez del semblante, hizo sospechar, aún á las personas que por primera vez la veían, que aquella alegría luchaba con algun dolor. Así cuando, despues que la Reina hubo entrado en Palacio, se supo el accidente ocurrido en Mahon, todos admiraban el temple de alma verdaderamente varonil que acababa de demostrar, sufriendo dos horas y media al sol en carruaje abierto.

Despues que los Reyes hubieron ocupado una magnífica carretela, en la que se veían las armas de la ciudad, y de la que tiraban ocho briosos caballos, ricamente enjaezados y con penachos blancos, cuatro Oficiales de Estado Mayor, precedidos de un piquete misto de Guardia Civil y Guardia Municipal, marcharon abriendo paso á la régia comitiva.

El coche Real y los dos que iban de respeto, estaban servidos

ENTRADA DE LOS REYES EN BARCELONA.

179

por cocheros y lacayos con librea blanca, galonada de oro, y las personas de la servidumbre, y las Corporaciones de la ciudad y la provincia, seguían en carruajes de gran lujo.

El Duque de Tetuan y el Capitan general de Cataluña, marchaban á los estribos del coche régio, y en la comitiva se veía al venerable Duque de San Miguel, y á los generales Prim y Concha.

Por el paseo de la Barceloneta se dirigieron á la plaza de Palacio, paseo de San Juan, calles de la Princesa y de Jaime I, plaza de la Constitucion, calle de Fernando VII, Rambla, Puertaferri, Boteros, plaza Nueva, calles del Obispo, y Santa Lucía, entrando en la Catedral, donde se entonó un solemne *Te-Deum*. Y desde la iglesia, por las mismas calles del Obispo, plaza de la Constitucion, calle de Fernando VII, Rambla, Dormitorio de San Francisco, plaza del Duque de Medinaceli, calles Anchas y de la Fustería, plaza de San Sebastian y calle del Consulado fueron á Palacio.

Las tres poblaciones que habia en la carrera, una en las calles, otra en los balcones y otra en los terrados y azoteas, victorearon con entusiasmo á los Reyes, haciéndose demostraciones dignas de especial mencion en algunos puntos del tránsito.

Los socios del Casino arrojaron flores, palomas y versos, victoreando con férvido entusiasmo; en la plaza Nueva una lucida comitiva con banderas del distrito segundo, cubrió de flores el paso de los Reyes; enfrente de las Casas Consistoriales, los niños de las escuelas públicas los saludaron cantando un himno; y, por último, los voluntarios de Cataluña, los que despues de haber regado con su sangre el suelo africano, conquistado para su patria y por su Reina, volvian á sus hogares y á sus talleres, saludaron al Monarca desde los balcones de la Diputacion Provincial, agitando en sus manos las banderas de los antiguos distritos judiciales de la provincia y el estandarte de la Diputacion.

Después que S. M. hubo recibido en su Palacio á las Autoridades, se asomó al balcón, donde toda la Real Familia fué victoreada con entusiasmo por la muchedumbre que invadía la extensa plaza.

Hé ahí la entrada de Isabel II en Barcelona, tal cual el historiador puede referirla. El hombre de la política, el filósofo, el público en general, pueden comentarla como mejor les parezca; nosotros terminaremos este capítulo añadiendo algunas ligeras observaciones que les sirvan de datos para esos comentarios.

El Capitan general del principado, que tenía en la ciudad los habitantes de la mitad de la provincia, más de diez mil extranjeros que en aquellos días habían visado sus pasaportes en los consulados, y millares de forasteros de diversos puntos de España, no había traído ni un soldado de los cantones, y cubrió la carrera con sólo la guarnición de la plaza. Y estas tropas no tuvieron que evitar una riña, ni contener un desmán, ni reprimir una acción, ni hacer otra cosa que confundir sus sentimientos con los del pueblo para aclamar unánimes á la Reina, como unánimemente también habían defendido á la patria.

Pero nos arrepentimos de haber ofrecido hacer observaciones y aducir datos para que el filósofo y el político puedan hacer justicia á las elevadas cualidades que distinguen al honrado, al laborioso, al nobilísimo pueblo catalán. A los que no conozcan la brillante epopeya que ensalza su patriotismo en cada una de sus montañas: á los que no sepan cómo ese pueblo defiende su hogar después de haber cerrado con cadáveres el paso de la sierra: á los que no le hayan oído cantar pacíficamente en sus talleres sus conquistas de Mallorca y Valencia, sus triunfos de Africa y Sicilia; á esos no podemos ni debemos decirles nada. Que sigan juzgando como quieran al pueblo catalán. Con los productos de sus fábricas en la paz y con el esfuerzo de su brazo en la guerra, los catalanes se harán justicia y rectificarán todos los errores en que los políticos y los filósofos hayan incur-

ENTRADA DE LOS REYES EN BARCELONA. 181

rído. El pueblo que oye la voz de la patria en medio del ruido de los talleres, y que en el estruendo de la batalla tiene un canto para sus campos, un suspiro para su hogar y una plegaria para la Virgen de sus montañas, ese pueblo no necesita que nadie le haga justicia ni le defienda. Ese pueblo no puede tener ni enemigos ni rivales entre los hijos de la patria comun. Su enemigo y su rival ha de ser el extranjero, que quisiera convertir su patriotismo en turbulencia y su amor propio en vanidad para que, degenerando su laboriosidad y su inteligencia, no medraran sus fábricas y sus talleres.

Afortunadamente para España, los catalanes son demasiado ilustrados para no saber donde estuvo siempre la fuente de los disturbios que agitaron el principado, y que tendian á restablecer el funesto dualismo, que en vano ha intentado resucitar desde que los Reyes Católicos le borraron para siempre de la nacion española.

CAPÍTULO XXI.

Un pasco por la ciudad.

En la entrada de SS. MM., como en las demás fiestas que se celebraron en los catorce días que la Corte permaneció allí, demostró Barcelona su prosperidad y su cultura, su magnificencia y su ilustración; y tanto las Autoridades de la provincia como el Municipio y las Corporaciones particulares, y el pueblo catalán y el barcelonés, rivalizaron noblemente para poner de manifiesto la riqueza que atesoran y la inteligencia, la laboriosidad y el orden con que caminan hacia el más brillante porvenir.

Basta leer el programa de los festejos con que la ciudad y la provincia celebraron la estancia del Monarca para convencerse de lo que dejamos dicho.

El socorro de los necesitados llamó en primer término la atención del Municipio barcelonés, y en el momento que entraban los Reyes en la ciudad se distribuían fuertes sumas entre las familias pobres y los establecimientos de Beneficencia.

Pensaron después en proporcionar diversión y entretenimiento á todas las clases del pueblo y á los forasteros, y plantaron árboles de cucaña, terrestres y marítimos, en el Padró, Buen Suceso, Santa Catalina, Santa Madrona, Hostafranchs y Barceloneta, mientras en los cuatro distritos de la ciudad se daban

bailes públicos por la tarde y por la noche, sorteando en ellos cuarenta y ocho vestidos y otros objetos análogos.

En el Campo de Marte se corrian sortijas, adjudicándose tres premios á los más diestros y afortunados; en Hostafranchs se ofrecian premios tambien para otros juegos populares, y en los teatros Principal, del Liceo, de Ristori, del Odeon, de Oriente y Circo ecuestre de Ciniselli, se daban por la tarde funciones gratis, distribuyendo los billetes los Alcaldes de barrio. La música municipal tocó piezas escogidas en la plaza de la Constitución en las noches de los tres primeros dias; y esto, unido á las brillantes iluminaciones de los edificios públicos, de las calles, de los paseos y de las casas particulares, hizo verdaderamente régias y dignas de la capital de un reino las funciones con que la ciudad de Barcelona celebró la llegada de la Reina.

Pero estos festejos con que el Ayuntamiento de Barcelona daba expansion al regocijo público, no tenian relacion alguna con la parte principal del programa que estaba exclusivamente destinada á los augustos huéspedes. Sin perder de vista que el objeto primordial habia de ser el de procurar solaz y entretenimiento al Monarca, dispusieron las fiestas con tal acierto, que fueron una perfecta exposicion del estado en que allí se encuentran todos los ramos del saber humano, de las virtudes que adornan á los hijos de la noble ciudad, de la fe con que los catalanes guardan las tradiciones religiosas, del entusiasmo con que recuerdan los grandes hechos históricos, de la sencillez de sus costumbres y de la grandeza de sus sentimientos.

La distribucion de premios á la clase obrera por sus acciones virtuosas y meritorias, era uno de los primeros actos del programa; dispúsose tambien una exposicion general de los productos de la industria, y la visita del Monarca á algunas de las principales fábricas de la ciudad. La agricultura alzó en la plaza de Palacio una columna de honor, formada con los productos y atributos del campo; la Universidad literaria preparó la apertura

del nuevo año académico, por si S. M. se dignaba honrarla con su presencia; los teatros, los liceos y los casinos dieron grandes fiestas artísticas, y el comercio un gran baile, para poner de manifiesto su riqueza y su ilustracion. El memorable episodio de la entrada de Cristóbal Colon en Barcelona despues de haber descubierto las Américas, fué representado con gran propiedad y extraordinaria riqueza; el ensanche de la ciudad y el ensanche del puerto se celebraron asimismo con gran pompa; un baile de artesanos puso de manifiesto las costumbres y diversiones de la clase obrera; la gran fiesta de los Campos Eliseos y la serenata de la plaza de Palacio revelaron el buen gusto y la inteligencia con que el pueblo de Barcelona cultiva la música; y, por último, y esta fué por muchos conceptos la mayor solemnidad del régio viaje, la Diputacion Provincial dispuso con suntuosidad y grandeza todo lo necesario para que Isabel II, siguiendo el piadoso ejemplo de sus ilustres antepasados, visitára el célebre santuario de Monserrat.

No podremos escribir un capítulo especial para cada una de esas solemnidades, pero habremos de ocuparnos con alguna detencion de todas ellas, pudiendo decir desde ahora, que Monserrat, la Exposicion, las fábricas, la inauguracion de las obras del Puerto, los Campos Eliseos y el baile de artesanos, serán el objeto preferente de nuestro trabajo, sin que por esto olvidemos las excursiones á Sabadell y Tarrasa, y ménos aún el besamanos que la Condesa de Barcelona recibió en la capital del histórico condado de los Wifredos y los Borengueros.

Ahora nos limitaremos á dar un paseo por la ciudad, en cuyas calles se encuentran reunidas las tres poblaciones que al paso de los Reyes se acomodaron en los balcones y en las terrazas.

En la plaza de Palacio, que es inmensa, porque sus límites se escapan por la Barceloneta hasta el mar, era imposible penetrar desde mucho tiempo ántes que diera principio la serenata; aunque para disfrutar de ella, para oir las doscientas voces que com-

ponían los coros y los doscientos instrumentos que formaban la orquesta, no había necesidad de aproximarse demasiado. A larga distancia, mejor aún que en la plaza misma, se podía apreciar la riqueza de aquella instrumentación y la excelencia de aquellas voces perfectamente afinadas, que á veces se confundían en una sola, majestuosa y potente, y otras servían para dar un claro-oscuro encantador y fantástico á las armonías con que aquella gran masa vocal é instrumental inundaba el espacio.

El público, por su parte, contribuía al esplendor de la fiesta, y trabajaba de acuerdo con los músicos, guardando un silencio profundo, que revelaba su inteligente afición al arte, no ménos que su ilustración y su cultura.

No hizo uso de su autonomía, como dirían los políticos, sino para victorear á la Reina cuando, á pesar del estado de su salud, se presentó al balcón, y para aplaudir algunas, no todas, las piezas que se ejecutaron bajo la dirección de los Sres. Balart, Porcell y Tolosa.

Para el paseo que nos proponíamos dar por la ciudad, á fin de ver las brillantes iluminaciones que adornaban los edificios, inundando de luz las calles y las plazas, no pudimos servirnos de la excelente *Guía-cicerone*, del Sr. Bofarull, porque no era hora á propósito para admirar las bellezas monumentales que describe el expresado escritor, cuyo trabajo nos fué en cambio de grande utilidad en el siguiente día.

A pesar de esto, resplandecían tantos millares de luces de gas en aquella atmósfera, brillaban tantos faroles de color en las calles y en las plazas, y ardían tantas hachas de cera en los edificios, que la noche había desaparecido por completo. La luz brotaba de todas partes y se reflejaba en todas direcciones, y no se proyectaba una sombra sin que inmediatamente fuese iluminada por un nuevo resplandor, como si el sol de mediodía se hubiese parado en la mitad de su carrera.

Así los fuegos de Bengala que se quemaban en distintos pun-

tos de la ciudad, las cintas de brillantes con que el gas dibujaba la arquitectura de los edificios, los faroles á la veneciana que iluminaban los paseos, y los hachones de cera que ardian en las ventanas y en los balcones, nos hicieron admirar la arquitectura ojival de los templos, la grandiosidad de los edificios destinados á oficinas, cuarteles y asilos de caridad, la elegancia de las construcciones modernas, y el lujo con que estaban decoradas las fábricas, los paseos y las Estaciones de los caminos de hierro.

Grupos de banderas, escudos de armas, coronas, flores y cuantos adornos pueden servir para recrear la vista, pregonando el júbilo, el entusiasmo y la lealtad de los pueblos, otro tanto se veía en todas las decoraciones, sin que los paños de terciopelo, galonados de oro, los tapices flamencos y el cortinaje de seda dejasen de revelar la riqueza y el lujo que distingue á la capital del principado.

Aunque á nuestro propósito conviniera, y las dimensiones de esta Crónica lo permitiesen, nos sería imposible detallar los adornos de los más notables edificios, ni ménos designar cuáles eran éstos. En todos ellos se advertía la mano inteligente que los había preparado, todos revelaban el buen gusto que nadie puede negar á los catalanes, y que ningun otro pueblo se le disputará sin que primero eduque y desarrolle su inteligencia con el trabajo asiduo, y viajando, como viaja el pueblo de Barcelona, para aprender en el extranjero y traducir al idioma de su clima y de sus costumbres los adelantos de las ciencias, de las artes y de la industria.

Únicamente diremos que tenían razon las gentes para detenerse á gozar el bello aspecto que ofrecían las Ramblas, los Estudios, Puertaferrija, la Boquería, la plaza Real, el paseo de San Juan, las calles Ancha y del Dormitorio de San Francisco, de Fernando VII, de la Princesa y otras muchas. Que no sin razon contemplaban la fachada de la Diputación Provincial, la del Ayuntamiento, la de la Audiencia, la de la Aduana, el Banco,

el Casino Barcelonés, el Liceo de Isabel II y multitud de palacios y casas particulares, mereciendo, por último, que la concurrencia se extasiara en la plaza de Palacio para admirar el obelisco que la agricultura habia tenido la oportunidad de alzar entre la morada régia y la Lonja, á la desembocadura de la calle de Agullers.

El Instituto Agrícola Catalan de San Isidro, del cual S. M. la Reina es Socia protectora, y que, fomentando con rara inteligencia el desarrollo de la riqueza agrícola en el principado, ha demostrado que los pueblos laboriosos no son exclusivamente industriales ni agrícolas, sino que tienen brazos para todo, fué el que dedicó á SS. MM. esa columna de honor, formada con los productos del campo y los frutos del país.

Para que nuestros lectores puedan formar una idea de ese precioso monumento, que, á la vez que servia de elegante adorno en la plaza, era una exposicion completa de los productos agrícolas de Cataluña, vamos á hacer una ligera reseña, ó mejor diremos, á enumerar la clase de semillas, frutas y demás objetos que constituian la altísima columna.

Formaban el zócalo cuatro gradas, como de dos palmos de altura, siendo en la primera avellanas y aceitunas las que constituian el mosaico, servas verdes y almendras en la segunda, servas blancas y patatas en la tercera; y en la cuarta almendras y nueces. Las gradas tenian la forma octógona, y sus bordes eran de mijo, viéndose en las aristas melocotones y otras frutas, y en los ángulos calabazas y melones.

El primer cuerpo del monumento era circular y estaba revestido de botones de rosál silvestre, entrelazados con guisantes negros; y el segundo le formaban cuadros alternados de maíz blanco y negro, trazando un vistoso ajedrezado. En las cuatro caras de este cuerpo habia otros tantos escudos de armas hechos con vistosas flores, que representaban las armas de Cataluña, las de Castilla, y las iniciales I. A.

Hojas de naranjo y laurel entrelazadas con trigo blanco y la semilla del sorgho azucarado, formando graciosos dibujos, unían el cuerpo anterior con otro de figura de alcachofa, hecho todo de judías blancas y algarrobas, al que seguía otro de judías encarnadas, orlado de peras y limones.

La parte más delgada del monumento, el tubo ó cuello, estaba cubierto de ciprés y adornado con trofeos de aperos de labranza, atados con cintas azules. Racimos de uvas blancas y negras ceñían en espiral esa parte del obelisco, que remataba con una pieza de cañamo y cuatro haces de trigo, en lugar de la estatua que se había modelado al efecto, y que no se puso por miedo al viento, que el día anterior al de la entrada de la Reina había destruido el arco de la Barceloneta.

La corona que ceñía la columna en el penúltimo cuerpo, era toda de capullos de seda amarillos y manzanas encarnadas, con cuatro cabezas de carnero, y en el remate del último trozo del obelisco se veían cuatro cabezas de caballos con los escudos de las cuatro provincias catalanas, entre manojos de maíz, manzanas y acerolas.

Pero todos esos frutos y esos atributos estaban colocados con tal primor, el mosaico de las semillas y las legumbres era tan lindo y tan prolijo, que con razón llamaba la atención de las gentes.

Los pomos de la verja rústica que rodeaban el obelisco eran piñas naturales, y cuatro altísimos alcornoques, en forma de grandes candelabros, alumbraban con las luces de gas que despedían sus ramas el monumento y gran parte de la plaza.

Y, por último, un pastor de los Pirineos, con sus zahones y su pelliza y el fiel mastín de su ganado; un payés del llano de Urgel, con su vestido de pana y su gorro colorado; un labrador del campo de Tarragona y un ampurdanés, con sus pintorescos trajes de campo, daban guardia de honor al pie del obelisco cuando entró la Reina en la ciudad.

Y allí también, como los soldados al pie de sus banderas, se



S. A. R. EL PRÍNCIPE DE ALFONSO
con el traje de payes catalán .

reunió la Junta Directiva del Instituto Agrícola, cuando en uno de los días de la estancia de los Reyes en la ciudad se presentó con las Comisiones de los distritos agrícolas del principado á ofrecer dos preciosos trajes de labradores al Principe de Asturias y á la Infanta Doña Isabel, y algunos canastillos con las frutas más regaladas y de más difícil cultivo que produce el suelo catalán.

Esta ceremonia no tuvo toda la ternura y toda la poesía que hicimos notar en la procesion de aldeanos de Mallorca, porque el carácter de que estaban revestidos los socios del Instituto, y la organizacion que este Cuerpo ha dado á los trabajos agrícolas en Cataluña, no permitió que se presentáran ante la Reina quinientas ó seiscientas parejas de labradores de ambos sexos, como de otro modo habrían acudido, pero tuvo toda la solemnidad y toda la grandeza de que estaban revestidas cuantas funciones hicieron los catalanes para festejar á los Reyes.

Dos graciosos niños de corta edad, vestidos de labradores, conducian los trajes destinados á los Príncipes, y les seguian ocho aldeanas de hermosa presencia, ataviadas al uso de sus respectivas comarcas, y llevando en elegantes canastillos los frutos del campo de Tarragona, los de las riberas del Ebro, los de los llanos de Urgel, de Vich, de Barcelona, de Villafranca, del Vallés y del Ampurdán. Detrás de aquellas lindas labradoras marchaban las Comisiones de socios propietarios rurales y cultivadores de las subdelegaciones que el Instituto tiene establecidas en todos los puntos del principado.

El Marqués de Alfarrás, que á la cabeza de la Comision Directiva presidia la procesion, dirigió á S. M. un sencillo, pero elocuente discurso, en el que resaltaron los sentimientos de lealtad, de adhesion y de amoroso cariño, con que en nombre de los labradores catalanes saludaba el Instituto á la Reina.

Las palabras con que S. M. contestó á la felicitacion del Presidente del Instituto, conmovieron á todos los circunstantes, que

no pudiendo contener el júbilo que rebosaba en sus corazones, prorumpieron en vivas á la Reina y á su Real Familia.

Y esta expansion del regocijo que sentían los representantes de la Agricultura catalana estaba justificada, á pesar de la etiqueta que aquel lugar exigia, porque el tierno Príncipe de Asturias, al despedir á los niños que le presentaron el traje, les dijo, por indicacion de su augusta madre, estas palabras: «Mi hermanita y yo nos pondremos estos trajes para ir á ver á la Virgen de Monserrat; porque queremos mucho á los catalanes y les amamos tanto como nuestros padres».

En la plaza de Palacio, y nuevamente agrupados alrededor de la columna, se repitieron los vivas y las aclamaciones, á las que contestó el pueblo que invadia aquellos alrededores.

Y estas demostraciones del sentimiento popular, estos festejos, que no cesaron un solo momento en los catorce dias que duró la estancia de los Reyes en Barcelona, no tenian lugar ni hora señalados en el programa del Municipio; eran espontáneos, eran nacidos del entusiasmo creciente que despertó la presencia de Isabel II en aquel pueblo que en todos tiempos ha peleado con fiera bravura por la conservacion de sus patrios fueros para hacerse digno del aprecio de los Monarcas.

Siempre que la Reina entraba ó salia de Palacio era victoreada por la muchedumbre, que á todas horas invadia la plaza; numerosos grupos de obreros y de labradores precedian todos los dias el carruaje régio, y no habia que preguntar dónde estaba ni á dónde iba la Reina, sino que basta ver por dónde iba y á dónde se paraba el pueblo para encontrar al Monarca.

Los periódicos de Barcelona, los de Madrid y los extranjeros que tenian sus corresponsales al efecto en la ciudad, publicaron en aquellos dias largos artículos describiendo las fiestas y explicando el entusiasmo de los catalanes; pero todo cuanto dijeron es insuficiente para demostrar hasta qué punto estaban identificados el Monarca y el pueblo.

Y las aclamaciones como el entusiasmo del pueblo catalan eran tanto más significativas, cuanto que por temperamento, por hábito, acaso por un sentimiento de dignidad exagerado, los catalanes son circunspectos hasta parecer altivos, y rara vez expresan una pequeña parte de lo mucho que saben sentir. Indudablemente el pueblo catalan al victorear á Isabel II del modo que lo hizo, habia comprendido toda la grandeza de alma que encierra el noble y elevado corazon de la Reina, y al saludar con respeto al Monarca, aclamaba con júbilo y con cariñosa ternura á la Señora.

Habia además de esto otra causa muy importante para que aquellas demostraciones de lealtad y de respeto fuesen tan espontáneas y tan sinceras. Una causa que no podemos relevarnos de indicar, por mas que aparezca ajena á la índole de este libro y al propósito que nos hemos formado al escribirle. Barcelona, que rara vez ha gozado la libertad y el bienestar que hoy tiene; ese pueblo inteligente y laborioso, á quien por una serie de circunstancias difíciles de explicar, se ha tratado como se trata y se gobierna á los pueblos atrasados é indolentes, Barcelona no podia dejar de mostrarse agradecida á la Reina, que la dispensaba esos beneficios y que hacia justicia á la rectitud de sus sentimientos.

Así, cuando la vieron pasear cogida del brazo del Rey, solos, de noche, por la Rambla, gritaban alborozados: «¡Viva la Reina, que sabe hacer justicia á los catalanes!—Los Reyes, Señora, no han necesitado en Cataluña más escolta que el amor del pueblo, y el pueblo catalan no quiere otra cosa sino el amor de sus Reyes».

En el próximo capítulo, omitiendo por nuestra parte toda clase de reflexiones, daremos cuenta de la ovacion que recibió la Reina al ceñir á sus sienes la corona condal.

CAPÍTULO XXII.

La Condesa de Barcelona.

Feudatarios de Francia fueron los Condes de Barcelona, hasta que Wifredo el Velloso, peleando al lado de Carlos el Calvo, y dándole la victoria contra los normandos, redimió el feudo con el esfuerzo de su brazo, y ganó con su sangre unas armas para el Condado.

Herido estaba el noble guerrero cuando el nieto de Carlomagno corrió á abrazarle y á darle gracias, porque sin su valeroso auxilio aquella batalla habria señalado el último dia del imperio frances. El escudo del héroe catalan estaba colgado á la cabecera de su lecho sin blason que le ennobleciera ni empresa que le ilustrara, y al preguntarle el Monarca extranjero qué recompensa queria por lo que acababa de hacer, el Conde le dijo: «Para mí no quiero nada; para mis gentes, cuanto me des ha de parecerme poco. Ahí está mi escudo sin armas ni cuarteles: dame unas con que pueda llevar mis gentes á la guerra por el camino de la victoria».

No titubeó Carlos el Calvo, y tiñendo los cuatro dedos de su diestra en la sangre que salia á borbotones de las heridas del Conde, los estampó de alto á bajo en el escudo, con estas palabras: «Puesto que ambicionas blasones, ahí los tienes. Esos listones trazados con la preciosa sangre catalana, serán de hoy en adelante las armas de Cataluña; pero como el condado que

ostente ese escudo no puede pagar feudo ni ser tributario de ningun otro señor, por alto y grande que este sea, yo te redimo del tributo y te hago libre del feudo. Barcelona es ya independiente; tú, Conde, eres Soberano de Barcelona. »

Así nació el Condado barcelones, y ese fué el origen de su independencia y soberanía, segun los poetas catalanes, á quienes les gusta, como á todos los hijos de Apolo en general, arrojar sobre la historia una multitud de consejas fabulosas más ó ménos verosímiles. Historiadores más serios, y á quienes debe darse más crédito que á los novelistas, han demostrado la falsedad de esa tradicion que, sin embargo, hemos acogido para dar principio á este capítulo, porque aún hay autores que la estampan en sus historias, á pesar de lo que en contrario ha dicho Sanz y Barrutell, y posteriormente Bofarull en sus *Condes de Barcelona vindicados*. Barcelona no debió su independencia á generosidades de Carlos el Calvo, ni al valor de Wifredo en la supuesta guerra de los normandos, sino á que mientras la Cataluña del siglo ix crecía y prosperaba, la Francia de esa misma época se aniquilaba y consumía estérilmente sus recursos.

Es lo cierto que unido el Condado catalan al reino de Aragon por el enlace de D. Ramon Berenguer IV, por otro enlace tambien, por el que produjo el reinado inmortal de los Reyes Católicos, vino á ser uno de los más bellos florones de la corona de España.

Y al traer á la memoria de nuestros lectores el origen poético del condado de Barcelona, hemos querido asimismo recordarles la noble figura del bizarro catalan, con cuya sangre pinta la tradicion los *palos* (1) rojos que forman las armas de Cataluña.

(1) Es tan general la costumbre de llamar *barras* en lugar de *palos* á los blasones del Real escudo de Aragon, que nos ha parecido indispensable llamar la atencion del lector sobre este punto. La barra se traza en los escudos desde el ángulo izquierdo superior al derecho inferior, y el palo baja verticalmente desde el jefe hasta la punta del escudo.

Con razon decia el Emperador Carlos V, «que tenia en más ceñir á sus sienes la corona conal de Barcelona, que la de los césares de Alemania». Y fielmente interpretó nuestra augusta Soberana los sentimientos del pueblo catalan al ostentar en su frente esa corona cuando se presentó á recibir el besamanos de los barceloneses.

Grande fué el asombro ó inmensa la complacencia de los que iban llegando á rendir homenaje al trono de Castilla y Aragon, cuando con la rodilla en tierra, y al alzar la vista hácia la diadema régia, la vieron convertida en modesta corona conal y esmaltados en su ninbo los blasones que ostenta el escudo acuartelado de Barcelona.

Una sola persona de la régia servidumbre, el Guardajoyas de la Corona, era el único que conocia el secreto de la Reina. Todos los demás quedaron igualmente sorprendidos al verla aparecer en los salones del Palacio, vestida con extraordinaria riqueza y elegancia, pero con cierto aire de antigüedad y de grandeza histórica, en la forma, en los adornos y en todos los detalles de su traje y de su tocado. Era tal el gusto con que la Condesa de Barcelona habia sabido armonizar los recuerdos históricos y tradicionales con las exigencias de la moda, el pasado y el presente se enlazaban de tal modo en la figura de la Reina, que alli se veia á la dama de la edad media, á la señora feudal, sin que desapareciera la elegante dama del siglo presente, la Reina de una gran monarquía.

El besamanos se verificó con todo el fastuoso ceremonial de costumbre, y la elegancia con que se presentaron las señoras de la nobleza de Cataluña, la rica pedrería que ostentaban en sus tocados y el extraordinario valor de sus trajes, todo contribuyó á dar mayor realce y mayor ostentacion á la fiesta.

El Cuerpo Diplomático y el Consular, la Magistratura, el Clero, el Comercio, las Ciencias y las Artes, el Ejército y la Armada, todas las clases de la sociedad habian acudido al Palacio, cuyos

salones apenas podían contener la inmensa concurrencia que se extendía por la escalera y llenaba el extenso patio del edificio.

Y después que hubo terminado esta ceremonia, cuando la Reina iba á despojarse de las ricas galas con que había recibido á los nobles de la ciudad, para vestirse más humildemente, á fin de visitar á los que, postrados en el lecho del dolor no podían llegar hasta las gradas del trono, el pueblo que invadía la plaza de Palacio victoreando y aclamando á la Monarquía, logró que la augusta Señora se asomara al balcón, donde recibió una ovación tan calorosa, tan espontánea y tan unánime, que la Condesa de Barcelona hubo de retirarse enternecida por no poder resistir más tiempo la emoción que sentía su alma.

Pero las aclamaciones de aquel inmenso concurso no eran sino un ligero preludio de la demostración popular que se verificó pocos momentos después. La ciudad de Barcelona, que es grande en todas sus acciones, y que no sabe concebir ningún pensamiento mezquino, creyó insuficientes aquellos actos de respeto y de cariño para patentizar á la Condesa de Barcelona todo el júbilo que rebotaba en sus pechos, y de repente, como por ensalmo, y obedeciendo á un secreto impulso, más de treinta mil personas acudieron á la plaza de Palacio por todas las avenidas de la misma. Precedidos de músicas y banderas llegaron allí los estudiantes de la Universidad, los artistas y los obreros, y la Reina, que se vió obligada á salir nuevamente al balcón, conmovida ante aquel magnífico espectáculo, invitó á los que con tanto entusiasmo la saludaban á que nombrasen comisiones que subieran á la régia Cámara.

Hicieronlo así con el mayor orden, y una comisión compuesta de un abogado, de dos tejedores, de un impresor, de dos estudiantes, de dos carpinteros, de un comerciante y de dos artistas. subió á las reales habitaciones acompañada del Capitán general y del Gobernador civil, y fué recibida en la antecámara de la Reina por S. M. el Rey, que después de manifestarles con cari-

ñosas frases lo mucho que agradecía aquellos testimonios de lealtad, se dignó conducirlos á la presencia de la Reina.

Recibiólos la augusta Señora con bondadosa ternura, y el señor Angelon, distinguido escritor y jurisconsulto, que formaba parte de la comision, la dirigió la palabra en estos ó semejantes términos :

«Señora : Este pueblo , que en todos tiempos ha sido fiel á sus legítimos Soberanos , viene espontáneamente á saludar á V. M. Viene solo , Señora , enteramente solo , porque no necesita excitaciones oficiales para venir á demostrar á su Reina el profundo respeto y la acrisolada lealtad que la profesa. Barcelona entera os saluda ; mirad , Señora , debajo de los regios balcones la muchedumbre que os aclama , los humildes artesanos que os bendicen. El pueblo catalan ha erigido á V. M. un trono más fuerte que todos los tronos del universo , porque es el trono que descansa en el amor del pueblo. Barcelona acogió con entusiasmo á Isabel I porque le trajo el oro de América , y hoy saluda y aclama con delirio á Isabel II porque ha dado al país algo más que el oro , algo más que los intereses materiales : porque le ha dado la honra.»

Con visible emocion contestó la Reina á aquellas elocuentes frases diciendo , que ántes de ir á Barcelona estaba convencida del amor que la profesaban los catalanes ; pero que las demostraciones que estaba presenciando se grabarían eternamente en su corazon y en el de sus hijos , y que así queria que se lo dijesen á todo el pueblo de Barcelona , de quien S. M. esperaba que , más que como á Reina , la mirase como á Madre.

Y como no cesasen las aclamaciones en la plaza, SS. MM. volvieron á salir al balcon invitando á los comisionados á que les acompañáran , lo cual produjo nuevos vivas , aumentando el entusiasmo hasta un punto indecible.

La comision besó la mano á los Reyes para poner fin á aquella escena , y cuando el Monarca salió á visitar los Hospitales y las Casas de Caridad , aún se hallaban en la plaza y en las calles de la carrera los estudiantes , los obreros y gran multitud de gentes de todas clases.

No podemos, ni sirve á nuestro propósito, el hacer una reseña

detallada de los establecimientos de Beneficencia que visitó la Reina en ese día y en algunos otros durante su estancia en Barcelona, y nos limitaremos á decir que todos ellos son, por la grandeza de sus edificios, por la acertada disposicion de sus dependencias y por el esmero con que se asiste á los infelices enfermos, huérfanos ó necesitados que en ellos se albergan, dignos de la gran ciudad, donde al lado de los monumentos que revelan su riqueza y su prosperidad se alzan con no menor magnificencia los alcázares de la caridad cristiana. El Hospital de Santa Cruz, con sus espaciosos departamentos para los enfermos de ambos sexos y su excelente manicomio; el de San Lázaro, el de Convalecientes, el de San Severo y el de San Pedro apóstol, son espaciosos, ventilados y no dejan nada que desear. La Casa de Misericordia, la de Infantes huérfanos, la Provincial de Caridad y la de Maternidad y Expósitos, reúnen asimismo todas las condiciones que requieren esta clase de establecimientos, donde las verdaderas heroínas del Catolicismo, las hijas de San Vicente Paul, aplican á la orfandad, al dolor y á la miseria las limosnas del vecindario, los productos de las rifas y las rentas que la provincia y el Municipio barcelones destinan al efecto.

Del mismo modo habremos de pasar en silencio los pormenores de la régia visita á los templos más notables de la ciudad y á algunos conventos de monjas, porque de otro modo, extasiados con la riqueza de Santa María del Mar y la preciosa filigrana de sus puertas y sus capillas, haríamos interminable este trabajo. Obras hay especialmente consagradas á describir esa joya de la arquitectura ojival, y la no ménos bella de Santa Maria del Pino y la de San Justo y Pastor, y tantos otros templos magníficos como encierra Barcelona, y nosotros sólo diremos algo en otro capítulo de la Catedral, por su importancia histórica y por la ceremonia á que asistieron SS. MM.

CAPITULO XXIII.

Los Campos Eliseos.

La brillante fiesta que el Ayuntamiento de Barcelona dedicó á los Reyes en los Campos Eliseos, es uno de esos acontecimientos que si no se graban en la memoria miéntras están pasando y no se escriben en el momento en que acaban de pasar, es imposible recordarlos con exactitud cuando más tarde se pretende dar cuenta de ellos. Dejan sólo una imágen confusa, como la que tenemos de los ensueños de la infancia en los primeros albores de la juventud, como la que este breve período de la vida del hombre imprime en nuestro corazon, como la memoria que guardan los amantes de los primeros dias de su pasion, como el despertar de un sueño en que la fantasía nos ha mecido en mil risueñas ilusiones. Nombres y fechas en blanco, rayas informes del album del artista, que sólo en sus manos pueden producir grandes creaciones y sólo á su vista representan los magníficos panoramas que quiso reproducir con ellas.

Si cuando el hombre llora la felicidad que perdió con la juventud recordase algo más que la fecha de aquellos dias felices: si pudiese traer á su memoria todos los accidentes de aquella felicidad, jamás seria desgraciado; como soñó cuando joven que aquella edad era eterna, soñaria más tarde que no habia tenido término aquella felicidad. Pero cuando la humanidad es feliz le

falta tiempo para gozar, y no se cuida de escribir lo que siente, porque cree que aquella manera de sentir ha de durarle toda la vida. Cuando pasa la juventud, y el amor se acaba, y la imaginación despierta, entónces se acuerda el hombre del libro de memorias, y allí no halla otra cosa que la fecha en que cumplió los treinta años, el nombre de la mujer que le dió el primer beso, y el número de las imágenes que se le aparecieron en el sueño; y como nada de aquello le hace ya gozar, se avergüenza de haber gozado. No conoce que ha ido á buscar la belleza y el perfume de las flores en el herbario de un naturalista.

Hé aquí lo que nos pasa á nosotros ahora con la fiesta de que hemos de tratar en el presente capítulo.

Si cuando volvimos á la ciudad, en vez de reclinar la cabeza sobre el lecho, para que no cesáran de sonar en nuestro oído las delicadas armonías que acabábamos de escuchar, y en vez de cerrar los ojos para seguir contemplando los millares de luces que se habian presentado á nuestra vista, y el campo de fuego, y la atmósfera de plata en que habian resplandecido tantas hermosuras, y brillado tantos adornos, y aparecido tantos palacios encantados y tantos personajes históricos, hubiésemos cogido la pluma para apuntar lo que acabábamos de ver, podríamos salir con más facilidad del compromiso en que ahora nos hallamos. Pero la fiesta nos pareció corta, quisimos prolongarla soñando con ella; y cuando despertamos, creimos que acaso despues de pasado algun tiempo nos seria ménos difícil escribir este capítulo. Esperábamos que las ideas, que entónces teníamos confusas, se acomodarian ordenadamente en el cerebro, como si cuando esto sucediera, como ahora sucede, no hubiese desaparecido la principal belleza del cuadro: como si el sentimiento pudiera sobrevivir al método y á la clasificación de los ideólogos.

Así el lector, que tenia derecho á que este capítulo se le hubiera escrito un poeta inspirado, se va á encontrar con una rela-

cion prosaica, en la que constará el número de las luces de gas y de los vasos de colores, y el adorno de los jardines, y las piezas que se ejecutaron en el concierto, y la pólvora que se gastó en los fuegos artificiales, y otra porcion de datos que no sirven para resolver el problema. Pero estamos escribiendo una historia, y la historia no tiene páginas para la poesía. Ni siquiera le es permitido al cronista tomar algunas voces prestadas de ese rico vocabulario de la imaginacion.

En el caso presente, como en otros pasajes de este libro, no nos es lícito cerrar los ojos ante los detalles que materializan y empobrecen el cuadro, para ver por el prisma de la fantasía, y escribir con el lenguaje de la ficcion y del misterio, lo que de otro modo acaso valdria más pasarlo en blanco.

Pero si por estas consideraciones hiciéramos caso omiso de la fiesta de los Campos Eliseos, la crónica del régio viaje resultaria incompleta y perderíamos la ocasion de demostrar hasta qué punto sabe el pueblo de Barcelona hermanar las diversiones con el trabajo, y cómo vive la poesía oriental en medio de las máquinas y de los telares sin manchar su espléndido ropaje con el humo del carbon de piedra, ni sofocar las voluptuosas melodias de su canto con el ruido de la lanzadera. Es preciso que sepan nuestros lectores que cuando esa ciudad manufacturera se propone dar una fiesta, parece que aún no han salido de su recinto los admiradores de Carlos de Viana, y que los barceloneses, en vez de estar construyendo ferro-carriles, fabricando paños y tejiendo algodones, pasan la vida inventando placeres y preparando festines.

Lo primero que hicieron en la fiesta nocturna á que nos referimos fué suprimir la noche. Era tal la profusion con que iluminaron la carrera, que desde Palacio conducia á los Campos Eliseos en una distancia de más de tres kilómetros, que las luces se apagaban unas á otras, confundiendo sus resplandores en un solo foco de luz diáfana y brillante en las ramblas de Santa Mó-

nica, de Capuchinos, de San José, de Estudios y de Canaletas : esmaltada y de cien colores en el camino de Sarriá y paseo de Gracia.

En vano al desembocar en la Rambla por el Dormitorio de San Francisco, buscaba la vista los baluartes de Atarazanas. El antiguo astillero de la Marina Real de Jaime I y de Pedro IV había desaparecido; la fortaleza, que más tarde ocupó el lugar de la Dársena, no estaba tampoco allí. Una muralla de fuego ocultaba la maestranza y los cuarteles; y las armas de la ciudad, el nombre de Isabel II, y multitud de alegorías históricas trazadas por millares de luces de gas, cerraban el paso á la imaginación en aquel sitio donde habían recibido el bautismo y la bendición sacerdotal las galeras que por espacio de dos siglos cubrieron con el pendon de Cataluña todos los mares de Europa.

A larga distancia arrojaban su luz los brillantes que aparecían incrustados en aquella muralla; y desde este sitio hasta fuera de la ciudad, en ambos lados de la Rambla, veíanse árboles de luz de igual brillantez y de igual belleza que la de Atarazanas. Admirábase en los unos la cruz de Malta, lucían en otros armas y trofeos militares, y estrellas y espirales graciosas, todo perfectamente dibujado en la atmósfera por millares de luces de gas; y la gente que invadía el paseo oscurecía el fondo del cuadro, haciendo resaltar con mayor brillantez los resplandores de aquella profusa iluminación.

En el camino de Sarriá y en el paseo de Gracia no eran de gas las luces que alumbraban el espacio; pero deslumbrada la vista por el brillante resplandor de aquellas, encontraba doblemente bellos los árboles de piedras preciosas, que tal parecían los vasos de vivísimos y variados colores que lucían allí.

La ilusión era, por lo tanto, gradual y progresiva. Desde la diáfana claridad de las quinientas mil corrientes de gas que ardían en la Rambla, se pasaba á otra zona, donde igual ó mayor número de luces de diversos colores aumentaban la belleza y

la grandiosidad del cuadro; y, por último, al final de ese camino de estrellas, se entraba en el lugar de la fiesta para respirar otra nueva atmósfera, abrir los ojos en otra clase de luz y admirar una decoracion distinta á las anteriores.

En el primer término, la civilizacion, haciendo alarde de uno de sus más importantes descubrimientos, habia quemado por completo las sombras de la noche; en el segundo, el arte y la industria habian esmaltado el campo con graciosa coqueteria, disponiendo el ánimo á soñar con la realidad de los cuentos fantásticos; en el último, la civilizacion, las artes, la industria, la naturaleza y la poesía habian trabajado juntas para hacer en aquella noche cuanto de las *Mil y una* habian recordado los convidados al llegar hasta allí.

La puerta de entrada á los Campos Eliseos parecia el vestibulo de uno de aquellos palacios de rubies y diamantes que las Hadas y los Magos tienen á disposicion de sus protegidos, y sobre el ámbito inmenso de los jardines se dibujaba una atmósfera de fuego, semejante á esas auroras boreales con que la electricidad pretende abrasar la tierra.

Todas las calles del jardin estaban trazadas por líneas de vasos de color que despedian sobre los árboles vivisimos reflejos: el lirio, el tulipan y la azucena habian ensanchado sus pétalos para encerrar en su cáliz una luz y producir un nuevo resplandor; rosas, peonias y magnolias de variados colores alumbraban tambien los jardines, y estas flores del arte hacian un contraste bellisimo con las de la naturaleza, que, faltas de la luz del dia para ostentar sus colores, exhalaban en el ambiente de la noche los más regalados perfumes.

La calle principal, la que conducia desde la entrada al lugar de la fiesta, estaba trazada por grupos de banderas, escudos y pendones, alternados con arcos de luces y de follaje, y á pesar de que los árboles crecian en ambos lados, no descansaba el pié sobre la tierra que producía aquella rica vegetacion. Una ele-

gante alfombra cubría el pavimento, y era grato hundir el pié en los muelles tapices de Persia respirando á la vez el aire libre entre los regalados aromas del Paraíso.

Al final de esa calle aparecía una espaciosa escalinata, en cuya primera meseta tendían sus garras y arrastraban su dorada melena los leones de Castilla, al pié de las columnas de Hércules, que por segunda vez desmentían su emblema, como si un nuevo Colón les hubiera dicho que algo, y aún algos, había más allá de su *Non plus ultra*.

Candelabros de luces de gas, jarrones de elegante forma, grupos heráldicos, escudos con las iniciales de los Reyes y de los Principes, ricas colgaduras de terciopelo y oro adornaban el vestibulo que se alzaba al final de la escalera, y las armas de España con los dos mundos y los leones renataban aquella magnífica portada.

Los Reyes llegaron hasta allí encantados, verdaderamente encantados de lo que hasta allí habían visto; y despues de atravesar un pequeño gabinete ricamente alhajado, se encontraron al otro lado del jardín, en un espacioso palco con una portada igual á la que dejamos descrita, y con otra escalinata que daba frente al edificio, donde ordinariamente se verifican los conciertos y los bailes de los Campos Eliseos.

Al pié de ese gran palco, en dos tablados que se alzaban á los lados de la escalinata, había seis mil convidados, vestidos en su mayor parte de uniforme ó de rigurosa etiqueta, y sentados de espaldas á la tribuna en que estaban los profesores del concierto, y dando frente á los Reyes.

La Reina lucía sobre sus hombros un elegante abrigo de escarlata y oro, que, á pesar de que la noche estaba algo fresca, dejó caer á la espalda para lucir el tocado con que había querido honrar la fiesta; y despues de contestar á las entusiastas aclamaciones con que fué saludada, hizo seña para que todos se sentáran, y ocupó con su esposo los ricos sillones que les estaban preparados.

El Presidente del Consejo de Ministros, el de Estado y el de Fomento, el Duque de San Miguel, las Autoridades y los Jefes de Palacio, permanecieron al lado de los Reyes, y cuando hubieron cesado las músicas de tocar la marcha Real dió principio el concierto.

Ni el tablado que ocupaban los músicos tenía tornavoz, ni la espaciosa plaza y el ámbito infinito en que iban á resonar las melodías del inmortal Rossini, y las de los maestros catalanes Balart, Manent y Marraco, reunian otras condiciones acústicas que las que quisiera darles la brillante atmósfera de aquellos jardines. El gran salon del concierto no tenía otras paredes que unos ligeros arcos de luces de gas, que trazaban dos semicírculos desde el palco régio hasta el edificio que se veía enfrente. Faltaban las bóvedas que robustecen y repiten los ecos, pero en cambio no había ángulos agudos que los absorbieran, ni cortinajes ni muebles que apagáran los sonidos.

No sabemos lo que los maestros del arte pensarían de aquellas sinfonías del *Sitio de Corinto*, y de la *Marta*, y de la *Isabela*, y la *Barcelonesa* y la *Córte*, pero nosotros podemos decir que jamás hemos oído una música que más nos conmoviera, ni escuchado una orquesta de melodías más gratas. Si los grandes profesores tuvieron la desgracia de pensar allí en las reglas del arte y en los preceptos de la acústica, y se dieron á hacer comparaciones y á pensar que acaso aquella orquesta habría producido mejor efecto en la viciada atmósfera de un teatro, nosotros damos gracias á Dios de que nos haya dejado ser profanos al arte. Pero profanos en toda la extensión de la palabra, tan profanos como conviene serlo, para sentir todas las bellezas y toda la poesía que encierra el canto de las aves, cuando se exhala en medio del gran salon de la naturaleza, que no tiene las condiciones acústicas de los salones del arte.

Pero indudablemente estaban en gran minoría los músicos en aquel inmenso auditorio, porque todos quedaron encantados con

el concierto; y sin la presencia de los Reyes los profesores hubieran sido justamente aplaudidos.

Cuando se acabó de tocar la última sinfonía bajaron los Reyes del palco régio, y atravesando por entre los concurrentes, dejaron el salon circular de verano para entrar en el que ordinariamente sirve para los bailes y los conciertos.

En esa gran sala, adornada con buen gusto é iluminada con deslumbradora profusion, se ofreció á los Reyes un refresco digno, por la riqueza del servicio y por el lujo de los platos montados, de las demás partes de la fiesta. Los augustos convidados se dignaron aceptarle, y despues de dirigir las frases más lisonjeras á los individuos del Ayuntamiento por la esplendidez y buen gusto de la fiesta, y de conversar con algunas otras personas, entre ellas el distinguido escritor catalan D. Antonio Bofarull, volvieron al salon circular para presenciar desde el palco los fuegos artificiales.

Esta parte de la funcion, considerada como una fiesta de pólvora, ni fué de lo mejor que hemos visto, ni acaso haríamos mencion de ella; pero la encontramos tan en armonía con aquel mundo de luz en que despiertos habíamos soñado tantas maravillas y tantos placeres, que decimos de ella lo que de la música que momentos ántes escuchamos: «Nunca hemos visto luces más bellas que las de aquellos cohetes, ni árboles de fuego que más recreáran nuestra vista, ni lluvia de oro que nos produjese mayor ilusion.»

Oscurecíase de repente la tierra al aparecer en el cielo un resplandor vivísimo, y como si una nube hubiera bajado á llevarse los faroles que ardian en el jardin, así brillaban de repente millares de luces flotando en el espacio; y aún no se habia extinguido por completo aquella claridad, cuando brotaba en el oscuro horizonte la cruz de Malta, ó la cifra de Isabel II, ó la figura de Jaime I, ó una matrona que representaba la ciudad, y bosques de palmeras, y cascadas y surtidores de agua. Y, por últi-

mo, cuando deslumbrados por aquellas brillantes luces nos parecía que era mayor la oscuridad, el edificio que estaba frente al palco de la Reina apareció lleno de fuego. Una lluvia abrasadora le cubrió constantemente por espacio de algunos segundos, y al rojizo resplandor de aquel infierno que amortiguaba y hacía palidecer la iluminación de los Campos, abandonaron los Reyes el lugar de la fiesta entre los vivas y las aclamaciones de los convidados.

Nosotros no fuimos de los primeros que se retiraron de aquella mansion de deleites, ni lo hicimos sin recorrer los Campos, que fuera del salon circular estaban iluminados por el mismo orden, aunque con ménos profusion que en el salon del concierto. Pero todas las calles estaban alumbradas, y al final de ellas se veía un puente de fuego reflejando su luz sobre las aguas del lago, ó los escudos que brillaban en las pajareras, ó las líneas de esmalte que ardian en la montaña rusa, ó el resplandor que alumbraba el tiro de pistola, los juegos de caballos y las demás dependencias de la posesion.

Cuando los Reyes llegaron á Palacio era la una y media de la noche. Las calles estaban aún llenas de gente, y la iluminación de la carrera se conservaba como al principio de la noche.

El Ayuntamiento de Barcelona debió quedar satisfecho de su obra.

CAPÍTULO XXIV.

El Municipio, la Universidad y la Audiencia.

El Municipio barcelones, nacido modestamente en el pórtico de los primitivos palacios feudales, donde los ancianos padres de familia empezaron á tratar de los intereses del pueblo al amparo y bajo la salvaguardia de los Condes de Barcelona, es una institucion que por su independencia, por su patriotismo y por la importancia y trascendencia de sus deliberaciones, ha ocupado con justicia un lugar preferente en la historia de Cataluña. Hija del carácter independiente de los catalanes, fomentada por el ejemplo de los pueblos extranieros, con quienes Barcelona conservaba estrechas relaciones mercantiles, y alentada por los mismos Reyes para hacer frente con ella al poder absorbente del feudalismo, la institucion popular que gobernó á Barcelona por espacio de muchos siglos, tiene una importancia que nadie puede desconocer y que forma uno de los más gloriosos timbres de la historia de Cataluña.

Cierto es que los sucesores de los antiguos Concelleres no visiten ya la antigua *gramalla* ó toga veneciana de manga ancha y perdida, ni conservan su cabeza cubierta en presencia del Monarca, ni votan recursos pecuniarios para las necesidades del reino, ni reunen aprestos marítimos para humillar la preponderan-

cia genovesa, ni hacen declaraciones de guerra, ni acumulan fueros, privilegios y prerogativas; pero aun cruzan su pecho con la banda roja para significar que están prontos á verter su sangre por el pueblo; y en algunos accidentes del gobierno interior del Municipio, los modernos Concejales observan la tradicion de los magníficos Concelleres.

El edificio en que hoy se reunen los Regidores constitucionales es el mismo en que se constituia y deliberaba el famoso Consejo de los Cien prohombres; pero ha sufrido grandes transformaciones, principalmente en su parte exterior, y aunque el patio y la galería ostentan algunos restos de la fábrica primitiva, el *Salon de Ciento* es la única dependencia que permite recordar las grandes deliberaciones de la Corporacion popular, cuyo archivo es un tesoro inestimable para la historia del principado y para la de los Municipios en general. A pesar de la restauracion que recientemente ha sufrido esa sala y de los colores que alegran el artesonado, todavía se conserva el *Senatus Populusque Barcionensis*, esculpido en aquellos muros, y la rica portada de mármoles es la misma por donde entró la esposa de Alfonso V de Aragon á pedir socorros para el Rey, que se hallaba en Nápoles en gran peligro; y más tarde el Príncipe de Viana, el idolo de los catalanes, por cuya libertad hicieron los más costosos sacrificios; y ántes y despues de esas épocas otros muchos Reyes y Príncipes que respetaron y acrecieron los fueros de la institucion popular.

Tambien habia salido por aquella puerta Juan Fivaller, el arrojado *Conceller en cap*, que, vestido de luto como quien camina á una muerte segura, y precedido de los maceros, enlutados tambien, fué á buscar á D. Fernando de Antequera, para obligarle á respetar los fueros del país, haciendo que los criados de la casa Real pagasen los derechos de consumos que se negaban á satisfacer. Y si la rectitud y la entereza del *Conceller en cap*, que á costa de su vida queria mantener la integridad de los fueros de

EL MUNICIPIO, LA UNIVERSIDAD Y LA AUDIENCIA. 209

la república, es digna de especial recordacion, no lo es ménos la conducta del Rey de Aragon, que, léjos de castigar la arrogancia del Conceller, como tenian por cosa segura sus compañeros al verle partir, dispuso que sus criados pagasen el impuesto, y que se guardáran y cumplieran los fueros y prerogativas del Concejo.

Otros muchos recuerdos acudian á nuestra memoria al espaciar la vista por aquel rico artesonado el día en que S. M. entregaba por su propia mano los premios con que la Sociedad Económica Barcelonesa de Amigos del País recompensaba las virtudes de las clases trabajadoras.

Rasgos de abnegacion heroica, sacrificios sublimes, ejemplos del más desinteresado patriotismo y muchas otras virtudes de las que nacen en el hogar doméstico, regadas por el llanto de la humildad y de la resignacion cristiana, se ofrecieron allí representadas por honrados padres de familia, por artistas laboriosos, por mujeres dignísimas y por algunos de los esforzados voluntarios catalanes, que en la reciente campaña de Africa renovaron con su sangre las memorias del Bruch y de Gerona.

La lectura que hizo el Secretario de la Sociedad de la *Memo-ria* en que se consignaban los nombres y las circunstancias de las personas agraciadas, produjo un sentimiento unánime de admiracion hácia esos héroes del hogar doméstico, que, en lucha constante con el infortunio y la miseria, ponen á salvo en los altares de la fe cristiana los sagrados vinculos de la sociedad y de la familia.

La Reina estaba profundamente conmovida al escuchar aquella larga lista de gentes honradas y virtuosas, y más de una vez al entregar por sus propias manos los premios, se vieron asonar las lágrimas á su hermoso semblante, y otras se alzaba de la silla para salir al encuentro del honrado artesano, que á costa de los mayores sacrificios habia sabido guardar la nobleza del corazon.

Cinco años hace que la Sociedad Económica distribuye esos premios ideados por la Compañía Catalana General de Crédito, y ya otras muchas provincias, entre ellas la de Madrid, han secundado el generoso pensamiento de los barceloneses. Nosotros, que ese día experimentamos una de las emociones más gratas de nuestra vida, no pudimos dispensarnos de abrigar un sentimiento que enturbiaba en gran parte nuestra alegría. Habríamos querido ménos publicidad y ménos ceremonia en aquel acto. La verdadera virtud es modesta y ruborosa, y nosotros quisiéramos conservar la modestia y el rubor. Tenemos en tan alta estima el misterio y el recato con que esas almas desinteresadas se arrojan en medio de las llamas para salvar al vecino que va á ser víctima del incendio, y parten el pan con el hambriento, el hogar con el huérfano, la capa con el desnudo y el corazón con el afligido, que deseáramos que la filantropía moderna registrara los archivos de la antigua caridad cristiana para aprender á recompensar en secreto el mérito contraído en secreto también. Nos desagrade el aire de pública licitacion que tienen esos actos, porque tememos que los pensamientos benéficos que los inspiran puedan degenerar en escenas de vanidad y de especulacion. Por otra parte, cuando la Sociedad alienta con premios indirectos y con limosnas secretas y reservadas á la práctica de las virtudes domésticas, está más segura de moralizar el hogar y la familia que cuando saca á pública subasta la honradez de los ciudadanos ofreciendo primas al mejor de los padres, á la más virtuosa de las mujeres y al más respetuoso de los hijos.

Pero á pesar de estos temores que abrigamos por el mal uso que algun día pudiera hacerse de esa nobilísima institucion, la manera con que los dignos individuos de la Sociedad Económica Barcelonesa proceden en la averiguacion de las virtudes que han de ser premiadas, merece el más sincero elogio y es una garantía de que llegará á evitarse lo que de otro modo vendria á ser una especulacion indigna.

EL MUNICIPIO, LA UNIVERSIDAD Y LA AUDIENCIA. 211

Después de la distribución de los premios á la virtud recompensó la Reina la aplicación de los niños de ambos sexos acogidos en la Escuela de Ciegos y Casa de Caridad, examinó y aceptó algunas de las preciosas labores que le presentaron las señoras de la Junta de Damas, y recorrió todas las dependencias de las Casas Consistoriales, deteniéndose en muchas de ellas para recordar los principales sucesos de la historia de Barcelona, que, como hemos dicho ántes, está encarnada en la del Municipio barcelones.

Las deliberaciones de esa Corporación popular tuvieron por espacio de muchos siglos una influencia directa en todos los accidentes de la vida militar y civil del principado. Ella concibió y llevó á cabo las más atrevidas conquistas, engrandeció la marina, fomentó el comercio, desarrolló la industria y no desatendió ninguno de esos elementos de prosperidad y riqueza, cuando en 1450 obtuvo de Alfonso V el privilegio de fundar una Universidad literaria, que desde sus primeros años adquirió una justa celebridad en el reino y más tarde una fama europea.

Alojada hoy provisional, y no muy dignamente, en el convento del Carmen, no tiene la Universidad de Barcelona un local á propósito para la enseñanza de las facultades mayores, y habiendo corrido vicisitudes análogas á las de la Universidad central, posee, como ésta en Alcalá, un gran palacio deshabitado en Cervera.

Para que la Reina asistiese á la apertura del curso académico de 1860 al 1861, le fué preciso disponer la ceremonia en uno de los salones del magnífico palacio de la Diputación Provincial.

Fué elegido al efecto el de San Jorge, en cuya grandiosa nave greco-romana aún parece que anda errante y sin hallar salida el humo de los documentos que abrasó allí la mano del verdugo, cuando triunfante Felipe V de la coalición de media Europa quiso acabar con todos los privilegios y gracias otorgadas á la ciudad por el Archiduque. Y allí, donde había resonado la voz

verdaderamente rebelde para llamar usurpador al legítimo Rey en presencia de los tres *Brazos* que representaban el Estado, allí la ilustre heredera de Felipe V, en presencia de altos funcionarios, de militares ilustres, de doctores encanecidos en el estudio, y de cuanto más notable encierra la ciudad, mandó á su Ministro de Fomento que declarase abierto el nuevo curso académico.

Esta nueva solemnidad borraré en adelante el recuerdo de los dos hechos históricos á que nos hemos referido. Ni la virulencia con que para excitar los ánimos contra el legítimo soberano se expresó el sobrino de Carlos II resonará en los oídos del que visite aquella sala, ni las sombras que manchan sus paredes recordarán el vergonzoso auto de fe con que el vencedor pretendió tomar venganza del vencido. Los documentos que el de Austria firmó en aquella sala pudieron ser más tarde quemados por el de Borbon, siquiera habria obrado con más cordura mandándolos archivar despues de anularlos; pero los que Isabel II entregó por sus propias manos á los alumnos prodilictos de Minerva, esos no perecerán nunca. No habrá jamás una mano tan sacrílega que pueda quemar los diplomas del estudio de la aplicacion y del mérito. La civilizacion hace incombustibles los privilegios y las regalías del talento.

Desde luégo, á la vista de los adornos que decoraban el salon de San Jorge, huían de la memoria aquellos recuerdos. San Raimundo de Peñafort, Capmany, el célebre Balmes, Carbonell, Salvá, Montaner y otros catalanes insignes, autorizaban aquella solemnidad con la elocuente presencia de sus retratos; la Virgen de la Concepcion, como patrona de la Universidad, presidia la fiesta sobre la silla del trono, y los principales pasajes de la vida de san Francisco de Ásis, hábilmente pintados por el célebre Viladomat, llenaban las paredes del salon. A los lados del trono, pero fuera del círculo que ocupaban el claustro y los convidados de distincion, se veian dos grupos de trofeos, representando el uno las letras y las ciencias, y el otro las bellas ar-

EL MUNICIPIO, LA UNIVERSIDAD Y LA AUDIENCIA. 213

tes y las escuelas profesionales. Damasco carmesi vestía las paredes, y entre los cuadros y en el semicírculo de los arcos, se veían los célebres *victores* universitarios: la V, la corona y la palma que los estudiantes grababan en las casas de sus condiscípulos más aventajados, y cuyo honroso diploma se ve aún en algunas casas de la ciudad.

El discurso inaugural fué leído por el Catedrático de Historia D. Joaquín Rubio y Ors, quien habiéndose propuesto examinar los muchos medios que tienen las Universidades para combatir el error de las escuelas racionalistas, demostró con elocuentes é incontestables argumentos, llenos de erudición y de verdadera doctrina, que las Universidades tienen para eso necesidad de conservarse católicas, vigorizando las creencias que son la fuente de los grandes bienes que la humanidad le debe á la Historia.

El Ministro de Fomento usó de la palabra antes de terminarse la sesión para dar gracias á la Reina por haberse dignado presidir el acto, y después de hacer una brillante reseña de los grandes beneficios que en el presente reinado han recibido las Universidades y todos los ramos del saber humano, anunció que en breve se construiría un edificio digno de la importancia que siempre ha tenido la Universidad de Barcelona.

Ultimamente, al salir SS. MM. del local, después de haber aceptado un delicado refresco que les ofreció el Claustro, el digno rector Sr. Arnau dirigió á la Reina breves, pero elocuentes, frases de gratitud por la merced recibida, y por haberse alzado en su reinado el destierro de un siglo que sufrió la Universidad, perdiendo en ese triste período su casa solariega. La Reina contestó á las palabras del Rector con otras de la mayor benevolencia, y no salió de la casa de la Diputación Provincial sin visitar sus principales dependencias, admirando el buen gusto y la elegancia de ese edificio, que es, sin disputa, una de las mejores construcciones de los siglos XVI y XVII.

Pero el palacio de la Diputación Provincial ni es de una sola

mano ni de una misma época. Por la calle del Obispo, que es donde estuvo antiguamente su fachada principal, asoma un precioso edificio ojival, con sus antepechos calados y sus arcos apuntados, y en la parte que mira á la plaza de la Constitucion, ántes de San Jaime, columnas dóricas, pilastras corintias y un sólido embasamento almohadillado, demuestran que ha trascurrido siglo y medio por lo ménos entre ambas construcciones. El Brazo eclesiástico, el Brazo militar y el Brazo real, están representados en la fachada romana por tres bustos, que, segun opinion de los historiadores barceloneses, son los retratos de los tres diputados que rigieron en el trienio de 1596 á 1599, cuando todos los pueblos enviaban sus representantes á la Diputacion general para formar los tres Brazos ó Estamentos que administraban el principado con atribuciones análogas, aunque superiores á las que hoy tienen las Diputaciones Provinciales.

La parte antigua del edificio, recientemente restaurado por el ilustrado Sr. Peñalver, regente de la Audiencia, sirve de inorada á esta Corporacion judicial, y cumple á nuestro propósito no terminar este capítulo sin dar cuenta de la visita que SS. MM. hicieron á la preciosa capilla de San Jorge, á los espaciosos salones del Tribunal, y á su inmenso y bien ordenado archivo.

El citado Sr. Peñalver, que, como acabamos de decir, habia procedido con un respeto digno de todo elogio al restaurar el edificio, quiso engalanarle con adornos adecuados al carácter de su arquitectura; y al entapizar con ramaje y flores las paredes del patio, dejó perfectamente descubiertas todas las bellezas artísticas de esa joya del arte. Desnudas se veian las esbeltas columnas que forman la preciosa galería del cuerpo superior; nada ocultaba los caprichosos trabajos de las gárgolas ó canales, y los lindos y variados rosetones que adornan la gruesa baranda de la escalera no estaban cubiertos con paños ni telas que, por ricas que hubiesen sido, pobres habrian resultado en competencia con aquellas labores de piedra.

EL MUNICIPIO, LA UNIVERSIDAD Y LA AUDIENCIA. 215

Veíase en el centro del patio una estatua de la Reina, de tamaño algo mayor que el natural, hábilmente modelada por el joven artista D. Agapito Vallmitjana, y las alegorías que representaban las recientes glorias de Africa habian sido esculpidas en el pedestal de la estatua por otro artista de mérito, hermano del autor de la obra principal. En el interior de la galería alternaban los escudos de armas de los partidos judiciales con lindos medallones ojivales, en los que se leían sublimes pensamientos del libro de *Los Proverbios*, sabias disposiciones del *Puero Juzgo*, las prerogativas de la Corona, consignadas en la Constitucion del Estado, sentenciosos aforismos de Bacon y otras inscripciones alusivas á la administracion de justicia.

La portada de la capilla de San Jorge, que es uno de los más bellos y minuciosos trabajos del arte ojival, se descubre desde que se entra en la galería, y estaba asinismo desnuda de todo adorno, á pesar de que por todas partes se veian ricas alfombras y paños de terciopelo y seda. En el interior de la capilla, que es de reducidas dimensiones, estaban tendidos para que los Reyes pudiesen verlos, unos ricos ornamentos bordados de oro, y un frontal gótico de inestimable precio, que todos los años se expone al público el día de San Jorge.

Dos músicas colocadas en el interior del edificio estuvieron tocando piezas escogidas mientras SS. MM. visitaron las salas del tribunal y el archivo, atravesando el patio de los naranjos, que estaba adornado con estatuas, jarrones y macetas.

Los artesonados de esas salas llamaron justamente la atencion de los Reyes, que asimismo se detuvieron á examinar los retratos que cubren sus paredes, y entre los que se ven algunos Reyes godos, entre ellos Ataulfo, Wamba y Rodrigo, los monarcas franceses Carlomagno, Ludovico-Pio y Carlos el Calvo, que se aliaron con los catalanes para acabar con los sarracenos; los Condes feudatarios y soberanos de Barcelona y todos los Reyes de Aragon y de Castilla hasta Isabel II. El venerable san Fran-

cisco de Borja, duque de Gandía y antiguo virrey del principado, ocupa tambien un lugar en la Audiencia; que se honra en haberle tenido por presidente, consagrándole una de las salas en la que se ve la estatua del Santo. Pero lo que llamó más principalmente la atencion de los Reyes fué el archivo, y así se lo manifestaron al Regente y á los demás magistrados que les acompañaban. Custodianse en ese precioso depósito más de 150,000 causas civiles, otra porcion de piezas criminales, y entre estas últimas merece citarse como una de las joyas del archivo un proceso del siglo XIII. Consiste en una «declaracion prestada á 23 de Mayo de 1291 por Estéban Riera, en la causa criminal instruida contra Bartolomé Castelar, por robo y amenazas al primero y á una hermana suya llamada Ermesenda».

Todos esos documentos se conservan con el mayor cuidado en espaciosos salones, y una bien entendida clasificacion permite utilizar cómodamente ese inestimable tesoro, que está reputado por el primero de su clase, especialmente desde que ha aumentado sus manuscritos con la rica coleccion de conclusiones civiles y Reales despachos que le ha entregado el celoso é ilustrado archivero de la corona de Aragon.

Después de ofrecer á SS. MM. un delicado refresco en una de las salas del Tribunal, les presentaron un album de sentidas composiciones poéticas, escritas por los abogados del Colegio, y de preciosos dibujos y copias de los detalles arquitectónicos del edificio y de los ornamentos y alhajas de la capilla.

Finalmente, la Audiencia de Barcelona ha perpetuado la régia visita mandando grabar en uno de los sitios preferentes del edificio esta inscripcion:

«El dia 26 de Setiembre de 1860, SS. MM. la Reina Doña Isabel II y su esposo el Rey D. Francisco de Asis, honraron con su presencia este edificio. El Tribunal, en testimonio de su amor y veneracion, les dedica esta memoria.»

CAPÍTULO XXV.

El Archivo de la Corona de Aragon y la Catedral.

Cuando los Reyes llegaron al antiguo palacio de los Condes de Barcelona, donde hoy se custodian los inestimables documentos históricos de once siglos, nadie habria dicho que aquel edificio encerraba generaciones dormidas, dinastías olvidadas y personajes perdidos en la noche eterna de la humanidad. Parecia, por el contrario, que los Condes de Barcelona y los Reyes de Aragon y de Castilla habian vuelto á la vida en aquel panteon diplomático, y que las actas de las antiguas Cortes no estaban calladas ni los procesos dormidos, y que los pergaminos hablaban, y las cartas reales se movian, y que todos aquellos documentos habian sacudido el polvo de los siglos para turbar el silencio que reina siempre en los archivos.

Oíase en el interior del edificio un rumor tan extraordinario, que no parecia sino que habian resucitado los escribanos y procuradores que antiguamente se reunian allí, dando lugar con su continuo murmullo á que la sala que ocupaban se llamase sala del *Gorgoll* ó *Borboll*. Y remontándose á épocas más lejanas, creíase oír el rumor de la muchedumbre que se agolpó á contemplar el cadáver del desgraciado Carlos de Viana, rasgando el paño mortuario en pequeños pedazos que guardaban las gentes como otras tantas reliquias. Y creíase que de un momento á otro

iba á salir el féretro del que apellidaban Santo, seguido por más de quince mil personas de todas clases y condiciones, incluidas las vírgenes del Señor, que abandonaron la clausura por acompañar los restos del ilustre mártir.

Pero el murmullo que se oía dentro del palacio no resonaba hacia el *Tinell mayor*, donde estuvo expuesto el cadáver del Príncipe, ni donde ántes y despues se habian celebrado con gran pompa los juramentos de los Reyes, sino en el patio por donde entró la embajada que el moro granadino envió á Fernando el Católico, miéntras vagaba ignorado entre la concurrencia el humilde genoves, que andaba buscando una persona á quien regalar su Nuevo Mundo.

Y el ruido que sonaba no era parecido al grito de terror que lanzaron los cortesanos de Pedro el Ceremonioso cuando le vieron abrir la caja en que la Reina le enviaba la cabeza de Bernardo de Cabrera, ni el que á todas horas se oía en aquellos muros cuando la Santa Inquisicion quitó al palacio la santidad que le habia dejado la historia. Aquel ruido era producido por los agentes de Bolsa y los corredores de cambios que, ahuyentados de la Lonja por las obras que se estaban haciendo para el baile régio, se habian refugiado en el piso bajo del archivo. Era el murmullo de los mercaderes que estaban contratando á la puerta del templo de la ciencia, dentro del santuario de la historia.

Los Reyes atravesaron el patio entre las aclamaciones de los bolsistas, para quienes fué una sorpresa la régia visita, de que tampoco tenian noticia los empleados del Archivo, y despues de admirar el rico entallado de la suntuosa bóveda de la escalera, penetraron en el gran salon del piso principal, donde se ven 6,417 volúmenes de registros desde la época de Jaime I.

En esa sala, en las espaciosas del piso segundo y en otras piezas del edificio que los Reyes recorrieron en su mayor parte, es admirable el orden y la limpieza con que se conservan los inestimables tesoros, que hacen del archivo de la corona de Aragon

EL ARCHIVO DE LA CORONA DE ARAGON Y LA CATEDRAL. 219

uno de los más ricos depósitos diplomáticos de Europa. Justa es la fama que goza en el mundo literario, y tienen razon los sabios de todos los países para pronunciar con respeto el nombre del difunto archivero D. Próspero Bofarull, el cual, no sólo ordenó y formó el archivo tal cual hoy existe, sino que publicó en diferentes obras los más importantes documentos, y contribuyó con sus noticias á esclarecer los principales períodos de nuestra historia en los libros más notables que se han escrito en la primera mitad de este siglo. Su hijo, el actual archivero, es una persona de gran ilustracion: se consagra con incansable celo á la conservacion de la riqueza que le está confiada, y perfeccionando el sistema de clasificacion establecido por su padre, ha logrado que aquellos tesoros históricos sean fácilmente consultados por los hombres estudiosos, y que, sin el menor trabajo, pueda encontrarse la más insignificante noticia en los códices de más remota antigüedad.

Basta entrar en cualquiera de las salas del archivo, lo mismo en la de los procesos y causas célebres que en las de los 18,475 pergaminos, para comprender el buen orden cronológico con que han sido colocados aquellos papeles, y lo fácil que ha de ser el registrar una época cualquiera, y aún los distintos períodos de cada reinado. Al tomar en la mano un privilegio del año 800 parece que acaba de soltarle de la suya el canceller que le expidió en nombre del Soberano, segun está limpio del polvo que ordinariamente invade los archivos. Para alcanzar una bula pontificia ó reconocer una carta Real ó examinar un registro de Cortes, no hay que andar haciendo equilibrios ridículos en una escalera, ni cortar las telas de la araña, ni practicar todas aquellas operaciones que antiguamente daban fama á los archivos, sino que basta tender la mano y desenrollar el pergamino que no gime inquisitorialmente ligado y bajo doble rejilla de alambre, y se encuentra al aire libre, sin polvo ni inmundicia, como si no hubiesen pasado sobre él once siglos. Desde Wi-

firedo el Velloso hasta Fernando VII, se hallan en el archivo de la Corona de Aragon documentos importantísimos de todos los soberanos de Barcelona, de Aragon y de Castilla, si bien es ménos numerosa la parte que corresponde á la union de las dos coronas. Y es tan acertada la clasificacion cronológica de esas épocas y tal el método con que se han colocado los documentos, que el archivo viene á ser un gran diccionario, donde es casi tan fácil como en estos libros hallar las noticias que se descan.

Mucho agradó á los Reyes ese método, que sin dificultad pudieron apreciar en su breve visita, y así se lo manifestaron al Sr. D. Manuel Bofarull, miéntras este entendido literato hacia ver á SS. MM. las piezas más notables de aquella vasta coleccion, y aprovechaba la ocasion de darles gracias, porque en su glorioso reinado, en 1853, se habia alojado el archivo tan digna y espaciosamente como lo está en el dia.

Nosotros sentimos infinito no haberle podido visitar con mayor detenimiento, y duélenos ahora abandonarle sin referir algunas de las curiosas noticias que contiene la *Memoria* que leyó el actual archivero el dia de la inauguracion del nuevo local, y aún las que hemos visto en la *Noticia de la vida y escritos de D. Próspero Bofarull*, que acaba de publicar el Sr. Milá y Fontanals; pero cada vez se estrechan más las distancias, y quedarnos mucho camino que andar y poco espacio para referir todos los accidentes del régio viaje.

La visita de la Reina á la Catedral es uno de los sucesos de que hemos ofrecido ocuparnos, y difícilmente podríamos faltar á nuestro propósito, recordando, como recordamos con verdadero entusiasmo, el efecto que nos produjeron sus espaciosas naves, la rica capilla de Santa Eulalia, el magnífico coro y las alhajas históricas que encierra el templo.

En la capilla de Santa Eulalia, que está construida debajo del presbiterio, oyeron misa SS. MM. En ese oratorio subterráneo, cuyas paredes se hallan empelechadas con ricos mármoles, se

EL ARCHIVO DE LA CORONA DE ARAGON Y LA CATEDRAL. 221

conserva el cuerpo de la Santa en una urna de rico alabastro, sobre cuyos preciosos bajorelieves vierten constantemente su tibia luz una porcion de lámparas de esmerado trabajo. Lleváronse allí aquellas santas cenizas por D. Pedro el Ceremonioso, al cual acompañaban D. Jaime III Rey de Mallorca, sus sobrinos los hijos de Jaime II, la viuda de este Monarca, las Reinas de Aragon y Mallorca, y otros muchos Príncipes é Infantes, con un lucido acompañamiento, en el que se veian las comunidades religiosas de ambos sexos, doce Abades mitrados, un Cardenal, siete Obispos, todos los nobles de la Côte, los obreros de la ciudad y los Concelleres. Comitiva que si pudo acomodarse en la Catedral, no haria lo mismo en la capilla ó panteon de la Santa, donde apenas podrian entrar las once personas que componian la familia Real. No era tan numeroso el cortejo que seguia á nuestros Reyes y á los Principes, y fácilmente pudieron asistir allí al santo sacrificio de la Misa, pasando despues á adorar el cuerpo de la Santa, y á orar un breve rato en el altar mayor, ántes de dirigirse á la sala capitular, donde debia celebrarse la ceremonia de tomar la Reina posesion de una canonjía, como lo habian hecho algunos de sus antepasados.

En el presbiterio adoraron las principales reliquias que en gran número posee la Catedral, y contemplaron todos los ricos detalles del ábside y del referido altar mayor. Pero en esa parte de la Catedral, como en el coro y en las capillas, lo que llama principalmente la atencion y absorbe el ánimo son los recuerdos históricos. Por mas que al entrar en el templo la vista se pierda en aquellas altísimas naves, y un sentimiento artístico haga lamentar el deplorable celo de los Churrigueras, que estropearon con sus retablos la pureza ojival de las elegantes bóvedas de las capillas, pronto se hace abstraccion de aquellos pilares y aquellas bóvedas para pensar en los sucesos que han ocurrido en aquel recinto. Siempre un monumento como la Catedral de Barcelona, aunque no tuviera más historia que la fecha de su construccion

ni despertára otros recuerdos que el estado de las artes en los siglos xiv y xv, seria una obra digna de ser visitada y de ocupar largas horas la atencion del viajero; pero la admiracion sube de punto y el alma se embriaga de gozo al pensar que aquellas piedras tan ricamente talladas han presenciado sucesos de importancia y servido de abrigo á los más insignes varones de los tiempos pasados. ¿Cómo era posible olvidar la gran figura del Emperador Carlos V ni sus triunfos en Italia, miéntras se veia á Isabel II oyendo misa en la misma capilla en que lo hizo Francisco I, cuando el Virey de Nápoles y el capitán Alarcon le guardaban prisionero de guerra? ¿Los fueros y las constituciones de Barcelona no habian sido juradas en el presbiterio por casi todos los Monarcas de Aragon y de Castilla, incluso los Reyes Católicos y el mismo Carlos V? ¿Y cómo olvidar que en aquel mismo sitio habian vencido los catalanes la tenacidad de Juan II y de su esposa, la astuta madrastra de Carlos de Viana, logrando que este Principe prestára, como Lugarteniente general, el juramento de guardar y hacer guardar las *libertades, privilegios, usos y costumbres* de Cataluña, *segun mejor y más plenamente* hubiesen usado de ellos? Y si desde estas ceremonias y las magnificas exequias del Emperador Maximiliano y las del mismo Principe de Viana, que fueron de una suntuosidad extraordinaria, llevamos la memoria á personajes de menor importancia, los recuerdos que inspira la Catedral serán interminables.

El presbiterio mismo, testigo de grandes competencias sobre cuestiones de autoridad y preferencia entre el Municipio y los Inquisidores, recuerda un suceso digno de ser notado, porque es una prueba del respeto que siempre tuvieron los Monarcas á las preeminencias y á las deliberaciones del famoso Consejo de Ciento.

El establecimiento del Santo Tribunal en Barcelona fué una muestra que dió Fernando el Católico de lo poco que conocia el carácter independiente de los catalanes, y más que todo, porque

EL ARCHIVO DE LA CORONA DE ARAGON Y LA CATEDRAL. 223

esto no habria sido razon para dejar de plantear allí lo que lo estaba en otros puntos del reino, los hábitos creados en cuatro siglos de trato continuo con las naciones más civilizadas. La suspicacia del Tribunal no podia sentar bien á los Concelleres, y desde que fray Alonso Spina, primer inquisidor que llegó á Barcelona, quiso que prestáran juramento en sus manos, y ellos se negaron á hacerlo como no fuese al tenor de una fórmula de antemano redactada por los prohombres del Municipio, desde entonces fueron frecuentes las disputas entre el Consejo y la Inquisicion. Y no porque los Concelleres dejasen de ser lo que más tarde se decia cristianos rancios y de ningun error sospechosos, sino porque eran fieles guardadores de sus prerogativas y preeminencias, y no querian verlas holladas por un nuevo poder, que de todos los otros, incluso el eclesiástico, habia sido muy mal recibido.

Despues que el Tribunal hubo azotado á un dependiente del Consejo y jugándole alguna otra broma por el estilo, sin atreverse, sin embargo, á tostar á ninguno de sus individuos, no sin que de todos esos atropellos protestáran con valor y dignidad los Concelleres, antojósele en mal hora al obispo de Astorga, Don Diego Sarmiento, que era inquisidor en 1555, poner su silla en el presbiterio de la capilla de la Lonja, en festividad á que asistia el Cuerpo Municipal. Era esa prerogativa especial del Monarca ó de su Lugarteniente, y los Concelleres, sin alborotarse, mandaron quitar la silla; pero como el Inquisidor hiciera prender al dia siguiente al que consideró autor de aquella resolucion, el Consejo acudió á la Infanta Doña Juana, Lugarteniente por Carlos V, y obtuvo, en una carta que la Princesa dirigió al Obispo, una aprobacion tan explicita de lo que habia hecho, que los Inquisidores hubieron de resignarse por entónces á los fueros é independencia del Municipio. Pero no dejaron de trabajar para salir con su empeño, y en una de las grandes solemnidades de la Iglesia, algunos años despues del suceso referido, volvieron

á renovar la cuestion de las sillas en el presbiterio de la Catedral, sin que esta vez pasára la cosa tan tranquilamente como en la anterior.

Desde ántes de dar principio á la funcion envió el Cabildo á decir á los Inquisidores que quitáran los dos sillones y la alfombra que habian puesto en el altar mayor, porque eso era privativo del Rey, del primogénito ó de su representante; y áun el Obispo, ante quien insistieron los enviados del Inquisidor, les dijo: «Que quiten las sillas y se sienten á mi lado en el coro, que es su puesto, y no quieran trabar contienda con los Concelleres, que por fuerza han de defender las preeminencias reales que les tiene encomendadas el mismo Rey. Yo soy prelado, y si me quiero sentar en el altar mayor, lo hago en un escaño, junto á los Concelleres».

No hicieron más caso del Obispo que habian hecho de los canónigos, y llegada la hora de la funcion se fueron á sentar en los sillones, entrando en el presbiterio con todos sus familiares. Dos enviados del Municipio llegaron á decirles cortesmente que quitáran las sillas, ó de lo contrario la ciudad se veria obligada á tomar una resolucion, y los Inquisidores replicaron que ellos representaban á su Santidad, y que aquello era en servicio de Dios, de su Santidad y de su Majestad.

Cuando los Oficiales de la ciudad dieron cuenta del resultado de su comision, los Concelleres mandaron que sus maceros buscasen por el recinto de la iglesia cuantos caballeros y ciudadanos encontrasen hábiles para constituir un Consejo de Ciento; y como fuese temprano áun y no se pudiera realizar ese pensamiento, resolvieron los Concelleres enviar un nuevo mensaje con dos ciudadanos de los que estaban en la iglesia, los cuales fueron asimismo desairados por los Inquisidores. Entónces decidieron abandonar el templo, llevándose tras de sí á casi todos los fieles que en él habia; y miéntras se dirigian á las Casas Consistoriales, enviaron un mensaje al Virey, quien despues de

EL ARCHIVO DE LA CORONA DE ARAGON Y LA CATEDRAL. 225

consultar el caso, mandó á decir á los Inquisidores que no contendieran con la ciudad, porque la razon estaba de parte de los Concelleres. Nuevamente se obstinaron las gentes del Santo Oficio en no quitar las sillas del presbiterio, y ya entónces, formalmente reunido el Consejo de Ciento, resolvió dar por escrito su acuerdo al Veguer, que no era otro sino que los Concelleres quitáran al punto las sillas y recogiesen la alfombra.

No fué menester para tomar este acuerdo que tres oradores hablasen en pro y tres en contra, ni allí donde estaban unánimes en defender las prerogativas del Monarca y del Municipio hubo necesidad de votaciones secretas, y aún duraban los oficios divinos cuando ya se habia deliberado y consultado al Virey y tomado acuerdo. Sin faltar á las conveniencias parlamentarias, que para estos casos era una suerte que no hubiesen venido al mundo, se extendió lo acordado y se puso en noticia del Lugarteniente del Rey, el cual por su parte tambien se dispuso á ir á la Catedral. Y lo hizo colocando su silla en el presbiterio, y diciendo al pasar á los Inquisidores: «Padres, quitad esas sillas». Pero los padres no hicieron más caso del Virey que habian hecho de los Concelleres, y al ocupar aquél su asiento le dijo al Veguer: «Andad y decidles que quiten las sillas, y si no quieren hacerlo quitadlas vos mismo, y que los Concelleres ocupen su puesto».

Tampoco esta vez obedecieron los Inquisidores, pretestando que habian de consultarlo con el Virey, el cual se negó á oírles; y cuando los oficiales del Veguer trataron de cumplir por la fuerza lo que se les habia mandado, uno de los Inquisidores, resistiéndose y luchando á brazo partido con los dependientes del Municipio, dijo al *Cap de guayle*, ó Jefe de ronda: «Yo os mando, so pena de excomunion y de mil ducados, dejéis las sillas; catad lo que haceis, yo os lo mando».

Ni la multa ni la excomunion hizo que los dependientes del Municipio dejasen de insistir en cumplir las órdenes del legi-

tino y único representante del Rey, que lo era nada ménos que el gran Felipe II; y ya iba pasando el negocio á tumulto, porque la iglesia estaba llena de gente, cuando el Lugarteniente atravesó el presbiterio y dijo con vehemencia á los oficiales reales: «Vayan fuera esas sillas y quebradlas; ¿no lo habia yo mandado?»

Con este ultimatum se quitaron las sillas, se enrolló la alfombra, el Virey volvió á su puesto y los Inquisidores se arrodillaron sin volver á decir palabra alguna. Unicamente hablaron para desechar la oferta que despues de quitadas las sillas les hicieron los Concelleres para que les honrasen ocupando su puesto en el escaño de la Municipalidad.

Este suceso, que nos ha parecido curioso recordar en este capitulo, consta extensamente descrito en uno de los *dietarios* que enriquecen el archivo municipal, y aún allí se añade que cierta acusacion de herejía, que poco tiempo despues se fulminó contra la ciudad, se atribuyó al resentimiento de los Inquisidores. Pero si Felipe II pudo ser sorprendido en los primeros momentos de la acusacion, despues recibió muy bien al Embajador que le envió el Municipio; y en la carta que le entregó para sus amados y fieles Concelleres, Consejo y Hombres buenos, les dijo, que ninguna cosa de lo que se habia dicho de ellos *habia hecho mella ni mudanza* para que S. M. dejase de tenerlos en la opinion que ántes y por tan buenos y fieles vasallos como siempre habian sido, y les mandaba que se aquietáran y se persuadieran de que siempre tendria de ellos la cuenta que era razon para hacerles la merced que su fidelidad y buenos servicios merecian. Y el Obispo de Cuenca, que acompañó otra carta á la del Rey, les decia en ella que la mayor venganza que se podia tomar de la tal acusacion era reirse de ella, como él se habia reido, y pedir á Dios que perdonase á quien siembra zizaña entre los súbditos y los Príncipes, que ciertamente hace muy mala ganancia para su alma.

EL ARCHIVO DE LA CORONA DE ARAGON Y LA CATEDRAL. 227

Desde este suceso fueron más frecuentes y más acaloradas las cuestiones entre la Inquisición y el Municipio, sin que éste dejara de velar ni un solo momento por las regalías del Monarca y las libertades públicas.

En el coro, que también visitaron detenidamente los Reyes, recuérdase otro suceso más grato que el que acabamos de referir, y cuyos personajes componían la principal nobleza de la corte de España en el siglo XVI. Aludimos al primer capítulo que la insignie Orden del Toison de oro, presidida por el Emperador Carlos V, celebró en aquel lugar. En cada uno de los ricos sillones del coro, y bajo sus delicados doseletes ó cúspides, se ve el escudo del caballero que allí estuvo sentado, ó del que debía haber ocupado aquel sitio, porque en algunos de ellos se lee esta palabra: *traspasé*. El César invicto ocupaba un solio de rico brocado de oro, y otro trono cubierto de terciopelo negro recordaba la persona del difunto Emperador Maximiliano I. Cristerno, Rey de Dinamarca, Segismundo, Rey de Polonia, los Duques de Alba, de Escalona, del Infantazgo, de Béjar, de Nájera, de Cardona y de Saint-Mayr, el Condestable y el Almirante de Castilla, los Príncipes de Visiñano y de Orange, el Marqués de Astorga, el Conde Guare, y el señor de Beauraign, eran los caballeros que formaron el capítulo que se celebró el 5 de Marzo de 1519, según se lee en las inscripciones latinas y francesas que hay á la entrada del coro.

Pretenden algunos que en ese mismo sitio se había celebrado anteriormente la institución de la Orden de Montesa, cuando se unió con la antigua de San Jorge de Alfama; pero Bofarull, en su *Guía de Barcelona*, dice que esa ceremonia se verificó en la capilla real del Palacio mayor. De todos modos, si en el coro de la Catedral no se celebró la institución de la Orden, hubo allí mismo una gran fiesta en memoria y al día siguiente de aquella solemnidad.

Desde el coro se dirigieron los Reyes á la sala capitular, don-

de se verificó la ceremonia á que ántes hemos aludido en los mismos términos y con iguales formalidades que se practicaron cuando tomó posesion de la canonjia el Sr. D. Carlos III, de feliz recordacion; cuyo acto, inmortalizado por un pintor catalan de merecida fama, se ve en un gran lienzo en esa misma sala. Salvas las variantes necesarias en la fórmula del juramento, Isabel II siguió el ejemplo de los antiguos Condes de Barcelona, y la campana *Tomasa* anunció el suceso á la poblacion.

Terminado el acto, examinaron los Reyes con particular atencion la magnífica custodia, que es una de las obras más ricas y de mayor belleza que hemos visto en esta clase de alhajas. Y si al valor intrínseco de aquella profusa pedrería, y al mérito artístico de la preciosa filigrana que forma el conjunto de la obra añadimos el valor histórico de cada una de las alhajas que la adornan, haciéndonos eco de los cicerones de la Catedral, bien podremos decir que es la primera en su clase. Sirvela de pedestal nada ménos que la silla que sirvió de trono á Martin I de Aragon, y más tarde de palanquin triunfal á D. Juan II de Aragon, cuando entró en Barcelona orgulloso con la victoria de Perpiñan. La rica banda bordada que circuye el calado sillón y sujeta la custodia, fué regalo de una Reina que perdió la vista por haber querido abrir el sepulcro de santa Eulalia; la pluma de gruesos brillantes que se ve en el primer cuerpo de la custodia, lució primero sobre el birrete de Felipe IV; Filiberto de Saboya regaló la palma de ricos ópalos que se ostenta en el cuerpo superior; y algunas otras alhajas de las que adornan la custodia fueron ganadas en los torneos por los más valientes caballeros del siglo xvi.

No abandonaron los Reyes la Catedral sin visitar el altar en que se encuentra el Santo Cristo de Lepanto: crucifijo de tamaño natural, de regular escultura, y que tiene el mérito de haber estado en la proa de la galera capitana *Victoria*, que ocupaba D. Juan de Austria en la memorable batalla. El cuer-

EL ARCHIVO DE LA CORONA DE ARAGÓN Y LA CATEDRAL. 229

po del Crucificado, que tiene una posición algo violenta, aunque natural, se inclina bastante á la izquierda, y esto hace que los devotos digan y crean que la imagen se estuvo moviendo de un lado á otro para librarse del fuego enemigo: milagro que no necesita de una fe ciega para su confirmación, sino que, por el contrario, se patentiza, al decir de los creyentes, con los muchos proyectiles que hay en el madero sin que se advierta ni una sola rozadura en el cuerpo de la imagen.

Algunas otras reliquias, y no pocos objetos dignos de ser visitados, entretuvieron la atención de los Reyes, que fueron constantemente acompañados por el señor Obispo y gran parte del Cabildo.

CAPÍTULO XXVI.

Bailes, teatros y toros.

Si el comercio de Barcelona hubiese preparado el baile que ofreció á los Reyes en el gran salon gótico de la Lonja, único resto de la antigua fábrica, de ese gran edificio del siglo pasado, la fiesta habria sido magnífica y verdaderamente régia; pero ese salon, que diariamente sirve para la reunion de los agentes de cambio, está aislado y no puede comunicar con otras salas donde era forzoso establecer las demás dependencias indispensables hoy en esta clase de funciones. Antiguamente, en que, como decia Moratin, al café se iba á tomar café, hacíase lo propio con las demás cosas, y en un salon de baile no habia necesidad de hallar á la mano un gabinete de tocador, y una sala para jugar, y otra para quemar un cigarro, y una porcion de salones mayores que los del baile para pasar la noche cenando, con otras cien dependencias que hoy son absolutamente precisas. Asi lo comprendieron los comerciantes de Barcelona, y renunciaron, no al salon, que esto habria sido indigno del genio emprendedor del país, sino á la parte de esa estancia que les estorbaba para poner á un solo piso todas las salas del baile. Conocieron que no era fácil bajar las habitaciones del piso principal hasta la planta baja donde está el salon, y decidieron subir el piso de este hasta ponerle al nivel de los otros.

La obra no era fácil ni barata, pero empezaron por resolverse á emprenderla y acabaron por llevar á cabo la empresa.

La parte superior del salon, cuya nave atraviesa los dos pisos del edificio, quedó unida al principal, perforaron sus paredes por donde les hizo falta, cubrieron con ricas alfombras el nuevo pavimento, y gracias á la fuerza de voluntad de los comerciantes y á la inteligencia del arquitecto D. Elías Rogent, la obra quedó como si tal cual estaba hubiera existido desde la fundacion del edificio. Por otra parte, las ricas telas de seda que cubrian las paredes, el lujoso cortinaje de las puertas y los balcones, la elegancia de los muebles, el valor de las estátuas y la magnificencia de los espejos que repetian la ya profusa iluminacion de los candelabros y las arañas, todo contribuía á borrar de la memoria la forma ordinaria del edificio. Nosotros mismos no podríamos hacer mencion de ese prodigio del arte si al día siguiente al de la fiesta no hubiésemos tenido ocasion de ver la solidez con que se había improvisado tan atrevido pensamiento.

Perdone, pues, el lector que hayamos comenzado por enseñarle la funcion desde los bastidores, ó mejor dicho desde los fosos del teatro. Hemos debido hacerlo de otro modo. Hemos debido introducirle al lugar de la fiesta por donde lo hicieron los convidados. por la puerta de los Encantes; y enseñarle el gran patio, brillantemente iluminado por las luces de gas que dibujaban las líneas de la severa arquitectura toscana; y hacerle admirar las estátuas que ordinariamente le adornan, y los grupos que, representando la locomocion terrestre y marítima por medio del vapor, se habían improvisado junto á la fuente de Neptuno; y hacerle subir por la suntuosa escalera de mármol, de dos ramales y siete entradas. Y una vez llegado al piso principal, conducirle por la extensa galería y las salas de descanso al salon del baile y á las espaciosas y régicamente adornadas estancias, exclusivamente destinadas para los Reyes. Y en cada una de esas grandes masas de luz donde brillaban tan ricos adornos, dejarle contemplar la

deslumbradora pedrería y los elegantes trajes que lucían las principales señoras de Cataluña, muchas damas de la Corte, y no pocas hermosuras extranjeras. Y cuando la belleza de aquellas mujeres le hubiese trastornado el sentido, y los helados que profusamente circulaban por todos los departamentos de aquella mansión del placer y de la alegría no hubiesen podido templar el ardor que abrasaría su frente, le hubiésemos sacado á respirar el aire libre sobre la espaciosa terraza de la fachada principal del edificio. Pero también esta manera de enseñarle el baile de la Lonja habría tenido sus inconvenientes. Una vez puesto el lector en el hermoso jardín que se había improvisado en la terraza, no habría querido volver á las salas del baile, y hubiese renunciado á la espléndida cena que se sirvió á las dos de la madrugada. Habríase quedado inmóvil contemplando aquellos árboles, que en una sola noche habían cumplido cinco y seis años de vida, y respirando el aroma de las flores nacidas de repente al atrevido *fiat* de los Directores de la fiesta; y los millares de luces de gas que subían por aquellas columnas como sube la hiedra por el tronco del árbol, y el ruido de las aguas que, saltando de una en otra concha para verterse en un lindo estanque, habían brotado como si un nuevo Moisés hubiese herido la piedra, todo le habría convidado á terminar allí la noche. Sólo podría haberle apartado de aquel jardín fantástico la noticia de que la Reina estaba bailando el primer rigodon con el Duque de Tetuan, y el Rey con la Duquesa del mismo título, teniendo á los costados al Ministro de Estado con la esposa del Corregidor, y al Capitán general de Cataluña con una señora del Cuerpo Consular. Pero no habría podido llegar á ver esta escena, porque todos los concurrentes se agruparon á observarla, y era materialmente imposible penetrar en el salón mientras la Reina estuvo bailando ese rigodon y otro con que honró después al bravo Marqués de los Castillejos.

Y en medio de aquella riqueza verdaderamente deslumbradora

dora, y cuando todas las señoras se habian esmerado en vestir costosos trajes y aderezos y adornos de gran valor, la Condesa de Barcelona, la Señora de dos mundos, en cuyo obsequio se aglomeraba tanto esplendor y tanta magnificencia, llevaba por toda diadema una sencilla corona de flores azules, y por todo adorno unos lazos azules, en un vestido blanco de modesta gasa.

Isabel II reinaba allí por obligacion como Señora de la fiesta, pero no habia querido reinar por su riqueza deslumbrando con sus joyas las de las señoras que vestian sus mejores galas, porque tenian el deber de contribuir al mayor esplendor del baile.

Antes del de la Lonja, el Casino Barcelonés habia tenido la honra de que los Reyes asistieran al que dieron sus socios en los elegantes salones del edificio, que está contiguo al teatro Principal, y no fué esta fiesta ménos digna en su clase de que hagamos de ella especial mencion.

Existen en Barcelona diferentes sociedades ó círculos de recreo, todos ellos establecidos en edificios á propósito y alhajados con lujo y de una manera verdaderamente confortable; recientemente se ha inaugurado una de estas sociedades con el título de Círculo Ecuestre, que bien puede decirse que no habrá en el extranjero ninguna de su clase que le lleve ventaja. El edificio ha sido construido desde luégo para el objeto expresado; y es tal la suntuosidad de aquellos salones y la riqueza de los muebles y objetos que los adornan, que parece un palacio de Principes lo que no es otra cosa que lugar de conversacion de los aficionados á montar á caballo. Y al lujo y las comodidades con que está alojado el socio, corresponden la espaciosidad del picadero y la elegancia de la caballeriza, que es digna del más caprichoso lord inglés.

No son ménos confortables los otros círculos, y en todos ellos fueron desde luégo presentadas y muy bien recibidas todas las personas de la régia servidumbre, y muchos de los forasteros que en aquellos días habia en la ciudad.

Pero el Casino Barcelonés es el más antiguo; sus dependencias se comunican con las del teatro Principal, y en diferentes ocasiones las personas que componen la sociedad han dado bailes y algunas funciones extraordinarias en los salones del Circulo. El que dispusieron para que la Reina se dignase honrarlo la misma noche en que asistió al teatro, fué brillante por el lujo con que estaban decorados é iluminados los salones, por la profusion y el esmero con que se sirvieron toda clase de helados y dulces, por lo escogido de las orquestas, y principalmente por la elegancia y la riqueza con que se habian vestido las más hermosas damas de Barcelona, entre las cuales habia no pocas de nuestras lindas madrileñas. El gabinete destinado para tocador de S. M. estaba tapizado de tul, con viso azul celeste, siendo de este último color todos los muebles que allí habia, con molduras doradas y magníficos espejos de vestir. Todos los enseres y objetos del tocador eran de plata y de mucho gusto, y la pieza en que debia servirse el refresco á SS. MM. estaba lujosamente decorada, siendo precioso el ramillete que ocupaba el centro de la mesa, cuyos manteles eran de moaré blanco, con blonda de oro, y estaban graciosamente recogidos por ramos de flores, formando pabellones sobre los frontales de la mesa, que eran de raso verde.

Hasta que los Reyes entraron en el Casino y aceptaron el refresco, no dió principio el baile, que presenciaron en un estrado que frente á la orquesta habian dispuesto en el gran salon circular.

A la entrada y á la salida fueron calorosamente victoreados por la inmensa concurrencia que invadia el lugar de la fiesta, que agradó infinito á los Reyes, segun lo manifestaron á los señores que componian la Junta Directiva; de los cuales diremos, tomando una frase prestada á los modernos hablistas, que hicieron los honores de la casa mejor que podria haberlos hecho la dama más amable y discreta del gran mundo. Y esta sociedad, segun tuvimos el gusto de oir esa noche, sabe algo más que ha-

cer los honores de un baile: supo desprenderse de 50,000 reales para los heridos de Africa, gastar otro tanto en obsequiar á los oficiales del ejército, y emplear 6,000 duros en el baile de que hemos hablado y en la preciosa decoracion é iluminacion del edificio.

El Capitan general, el Gobernador civil, el Obispo, el Regente de la Audiencia, el Comandante de Marina y el Alcalde Corregidor, son socios honorarios del Casino Barcelonés.

Tambien el Círculo del Liceo, que ocupa un local no ménos espacioso y bien alhajado que el del Casino, ofreció á los Reyes un delicado refresco la noche que asistieron á la representacion de *Los Mártires* en el magnífico teatro, rival de la *Scala* de Milan, de *San Carlos* de Nápoles y del *Real* de Madrid, y cuyas dimensiones exceden á las de todos estos.

En el momento que escribimos estas lineas, ese gran *Teatro del Liceo de Doña Isabel II* ha desaparecido presa de un voraz incendio. Los 935 sillones, las 266 lunetas y los 319 asientos numerados han quedado reducidos á cenizas; los ricos adornos de los 133 palcos, los frescos del techo, la maquinaria, todo se ha perdido. Los esfuerzos de las Autoridades han sido inútiles para salvar los efectos de aquella joya del arte. Por fortuna los propietarios y accionistas del teatro son catalanes, y poco despues de publicado este libro ya habrá renacido de sus cenizas ese fénix de los teatros, en el cual han trabajado desde su inauguracion, en Abril de 1847, las principales compañías de ópera italiana, y nuestros primeros actores. Aun humeaban los restos del antiguo coliseo, y ya los socios se habian reunido y acordado enviar un arquitecto á visitar los principales teatros de Europa, para reconstruir el del Liceo con arreglo á los últimos adelantos en esta clase de edificios, y empleando el hierro en toda la armadura del escenario.

El día en que asistió la Reina, último recuerdo que conservarán los barceloneses de la fastuosa existencia del teatro, el golpe

de vista era deslumbrador. Tres mil personas vestidas de rigurosa etiqueta ó de uniforme, luciendo las señoras ricos trajes de Corte en una atmósfera de diáfana y brillante transparencia, los elegantes adornos de la platea y la animacion que se advertia en todos los semblantes, ofrecia un conjunto fácil de apreciar con la vista, pero difícil de explicar con la pluma. La ópera se puso en escena con un lujo y una propiedad admirables; pero no se cantó como hubieran deseado los barceloneses, que son en este punto difíciles de contentar, porque tienen una gran inteligencia en el arte, y están acostumbrados á oír mejores compañías que la que actuaba esa noche.

También la representación que la compañía de verso dió en el *Teatro principal*, la noche á que anteriormente nos hemos referido, fué digna de los augustos viajeros, que otro día asistieron al teatro del *Circo Barcelonés*, que hoy lleva el nombre de la célebre actriz italiana *Ristori*.

Pero hemos hablado de las funciones de los teatros ántes de dar cuenta de todos los bailes que se dispusieron en honor de los Reyes, y vamos á remediar nuestra falta, porque estamos persuadidos de que no nos perdonaria Euterpe que pasásemos en silencio *el baile de payeses ó artesanos*.

Y si el lector se imagina que vamos á llevarle por callejones oscuros y plazas solitarias para llamar á una casa donde á la luz de tres candiles rasgúan una guitarra y sacuden unas castañuelas, el lector padece una lamentable equivocacion. Ciertamente es que no vamos á subir escaleras de mármol, ni á ser servidos por criados de calzon corto y peluca empolvada; pero vamos á ver bailar redowas y lanceros, y polkas, y rigodones, y dancitas americanas; y todo esto por una sociedad de finos modales y de extraordinaria cultura.

El Ayuntamiento constitucional de Barcelona decia en las esquelas de convite, que habia acordado dedicar á S. M. la Reina un *baile de artesanos* en el *entoldado* construido en las

afueras de la puerta del Angel, y nosotros tuvimos el honor de ir á ver el baile.

Por el camino, que no estaba á oscuras, sino muy iluminado, íbamos recordando todos los toldos que habíamos visto en las mayores solemnidades campestres que podíamos traer á la memoria, y creíamos que por mucho que hicieran los barceloneses no lograrían sorprendernos. Un baile de entoldado no pasaria de ser un baile debajo de un toldo; y este no podia ser una gran cosa puesto que dos dias ántes de la funcion el campo sobre que habia de verificarse estaba sin la menor señal de los trabajos que más tarde se hicieron. Pero nos engañamos mucho al discurrir de semejante manera.

Lo primero que se ofreció á nuestra vista al llegar al lugar de la fiesta fué un extenso pórtico de columnas y arcos de vasos de colores, en cuyas naves pendian arañas y lámparas, que semejaban el interior de una mezquita, alumbrada como jamás tuvieron las suyas los hijos de Mahoma. Y atravesando esta hermosa columnata entramos en un salon inmenso, alumbrado por ciento cincuenta arañas de cristal, decorado con ricas telas y graciosos adornos. A un lado y á otro se alzaban dos anchas tribunas corridas para los convidados, y enfrente de la puerta de entrada un espacioso palco régio, colgado de terciopelo y seda, con tribunas laterales para las Autoridades y personas de la régia servidumbre. Y detras de ese palco habia un gabinete de descanso y un tocador, y una gran pieza con un espléndido ambigú, y todo tapizado con lujo y amueblado con riqueza y buen gusto.

Y como ni aquel inmenso techo oscilaba ni las paredes se movian á impulsos del viento que reinaba aquella noche, no acertábamos á descubrir donde estaba el toldo ni qué era lo que el Ayuntamiento llamaba entoldado. Porque para que el lector comprenda toda la razon que teníamos al asombrarnos de lo que estábamos viendo, es preciso decirle, que en aquel gran salon, considerablemente mermado por las galerías laterales y el pal-

co régio, bailaban dos mil parejas de artesanos ó payeses, con los cuales vino á sucedernos lo mismo que con el toldo.

Buscábamos el operario de las fábricas, ennegrecido por el humo del carbon de piedra, y estropeada su blusa por las ruedas del telar, y no veíamos otra cosa que hombres vestidos de negro, con chaleco y guante blanco, el pelo rizado y la bota charolada; y en vez de operarias ó payesas de saya corta y pañuelo atado á la cintura, nos encontrábamos con mujeres vestidas de seda, con adornos á la cabeza y guante blanco.

Pero esta transformacion en los trajes no era lo que más nos sorprendia, porque desde que no hay Alcaldes de Casa y Córte que ordenen y manden las telas de que cada ciudadano ha de vestirse, hemos visto á los artesanos y á las clases ínfimas del pueblo confundirse en sus trajes y en sus diversiones con las clases más elevadas de la sociedad. Hemos visto, y vemos todos los dias festivos, al artesano de la córte disfrazado con la levita y el frac del cortesano, y á la criada de servir arrastrar por el suelo un palmo de vestido de seda, y bailar la polka íntima como la baila su señora, y hasta en casos dados fingir un ataque de nervios lo mismo, ó mejor aún, que su señorita.

Esos accidentes exteriores, que tienden á confundir al primer golpe de vista todas las clases de la sociedad en una sola, los conocíamos ántes de ir á Barcelona; pero no es esto lo que allí sucede. Los artesanos de Barcelona no han convertido en levita su chaqueta, sino que se honran mucho vistiendo esa prenda, y en el baile de que hablamos no habia uno solo que no la usára. Lo que llamó la atencion de cuantos veíamos por primera vez esos bailes no eran los trajes, sino las maneras corteses de los hombres, la compostura de las mujeres y diferentes pequeños detalles que revelaban la cultura y la civilizacion de aquellas gentes, cuyo mérito principal consiste en que léjos de avergonzarse de pertenecer á la clase artesana, cifran en ello todo su orgullo.

Si en vez de conservar en sus trajes la forma característica de la clase á que pertenecian, por mas que las telas fuesen superiores, hubiesen tratado de remedar los vestidos de la clase alta, aquel baile nos habria parecido una sociedad de indianos ricos, cuyos hábitos y maneras no hubieran estado en consonancia con el frac del cortesano ni con el deshonesto escote de la dama del gran mundo. Pero sucedia todo lo contrario, y por eso aquellos artesanos excitaron nuestra admiracion, logrando agradar sobremanera á los Reyes, que vieron con sumo gusto el estado de cultura en que se encuentra el pueblo barcelones. Así se lo manifestaron repetidas veces á las Autoridades de la ciudad, y á las personas que se hallaban en el palco régio.

Nosotros, como no bailábamos ni tomábamos parte activa en aquella fiesta, tuvimos tiempo de sobra para examinarla en todos sus detalles, para apreciar todos sus accidentes, y aún para salirnos fuera de aquel deslumbrador recinto fijando la imaginacion en otros lugares de ménos claridad, pero de mucho más calor. Cerrábamos los ojos en aquel salon, donde todo era felicidad y alegría, para abrirlos en el tenebroso despacho del escritor socialista, que pasa las noches en vela para labrar la felicidad teórica de los que prácticamente han aprendido á ser felices, y sin querer asomaba la sonrisa á nuestros labios. Mientras el pobre filósofo se quemaba las cejas por resolver los grandes problemas sociales, para hallar la quinta esencia de la felicidad de las clases obreras, estas clases eran felices, gozando en un espléndido festin el ahorro de sus jornales, para volver al día siguiente á disfrutar una nueva felicidad consagrándose al trabajo en las fábricas y en los talleres. Bien hubiéramos querido que esos modernísimos redentores de la humanidad se hubiesen hallado allí para comunicarles algunas de nuestras inocentes observaciones, y estamos seguros de que no les habrian parecido del todo infundadas. Pero ellos se han propuesto gobernar el mundo desde su gabinete, y no logran otra cosa sino trastornar

de vez en cuando la sociedad con sus irrealizables y funestas utopías. Afortunadamente cada día van siendo más conocidos esos falsos apóstoles del socialismo, que prometiéndolo todo no dan nunca nada, y á medida que ellos van siendo más impalpables y sus doctrinas ménos tangibles el pueblo se va haciendo más positivo y ménos sensible á las elucubraciones fantásticas.

Los bailes de entoldado, no en tan gran escala como el que referimos, son una de las diversiones favoritas de los operarios de las fábricas, y todos los días de fiesta celebran algunos. Pero la noche de que hablamos, como que la fiesta se daba en honor de la Reina y para que pudiese conocer algunas de las costumbres del pueblo catalán, además de los bailes modernos, se ejecutó el *ball rodó*, que es una danza del país en extremo graciosa y característica.

Los Reyes permanecieron en el baile más tiempo del que habían pensado al dirigirse allí, y era ya la una de la madrugada cuando, después de haber aceptado un delicado refresco, regresaron al Palacio, siendo victoreados en el tránsito con un entusiasmo indecible.

Verdad es que, como hemos dicho en algunos de los capítulos anteriores, de estas ovaciones no debemos hacer mención especial porque eran constantes, y cansaríamos al lector si hubiéramos de reproducirlas en esta historia, como las reprodujeron los barceloneses.

Y el entusiasmo cada vez creciente que despertaba la presencia de la Reina, nos trae á la memoria, para terminar este capítulo, lo que ocurrió en la plaza de los toros el día que asistieron los Reyes.

Hallábanse SS. MM. en Sabadell; y como no se creía posible que regresaran á tiempo para asistir á la corrida, la plaza estuvo casi desierta mientras se lidió el primer toro; pero el telégrafo avisó que los Reyes habían salido del pueblo, y empeza-

ron á poblarse los asientos hasta formar un lleno completo. reinando en los tendidos una animacion *inusitada*, al decir de los periodistas de Barcelona, que saben bien los grados de entusiasmo que señalan esas fiestas en el termómetro de la civilizacion catalana.

Ya tenia el diestro los trastos á punto para matar el cuarto toro, cuando los ecos de la marcha Real anunciaron la llegada del Monarca, y en el acto se suspendió la suerte, levantáronse los espectadores y agitando los pañuelos y los sombreros recibieron á los Reyes victoreándoles con indecible entusiasmo.

Salió de nuevo la cuadrilla á hacer el saludo, brindó respetuosamente el espada con aquellas frases de *por V. M., por su Real Familia, por España y por los españoles*, y continuó la lidia, repitiéndose los vivas y las demostraciones de respeto y de cariño á los Reyes al retirarse del palco régio, que estaba lujosamente decorado.

CAPITULO XXXI.

Cristóbal Colon, audiencias y poesías.

Entre los varios festejos que el ilustrado Ayuntamiento de Barcelona dispuso para solemnizar la llegada y estancia de los Reyes en aquella ciudad, no podemos dispensarnos de citar uno, que, aunque por causas inevitables no lució lo que habria sido de desear y lo que esperaban los autores del pensamiento, es digno de quedar consignado en esta Crónica. Aludimos á la representacion de la entrada de Cristóbal Colon en Barcelona de vuelta de su descubrimiento del Nuevo Mundo.

Sabido es de todos, que cuando el ilustre Almirante volvió á la Península á decir á los Reyes Católicos, dónde quedaba y qué cosa era el Nuevo Mundo que acababa de descubrir, los Reyes se hallaban en Barcelona, y allá se dirigió desde Sevilla el sabio genoves. Hiciéronsele entónces grandes festejos, porque los Reyes quisieron que se le honrase como á persona de régia estirpe, y aunque los pormenores de esas fiestas no constan en los dietarios y registros de la ciudad, sábese, sin embargo, lo bastante, para que la Comision nombrada al efecto pudiera representar una ceremonia análoga á la que tuvo lugar el día 3 de Abril de 1493. Indudablemente que para la Reina Doña Isa-

bel II, nada mejor podían haber pensado los barceloneses que representarle en cuadro vivo uno de los episodios del reinado de Isabel I.

Esta fiesta, que á pesar del suceso histórico que en ella se representaba, y acaso por esto mismo, podría haberse convertido en una mogiganga ridícula, estuvo brillante, y habría producido una ilusion completa si en la plaza de Palacio no se hubiese apiñado de tal modo la gente, que era casi imposible ver reunidos tres ó cuatro jinetes de aquella lucidísima cabalgata, cuyo órden era el siguiente :

Iban delante los trompeteros de la Côte de los Reyes Católicos abriendo paso á una cuadrilla de hombres de armas, que escoltaban con sus partesanas á los dos portaestandartes custodios de las Reales insignias, y precedidos de maceros con cota de armas, en las que se veían los blasones de los dos reinos.

Seguían el gremio de panaderos con su traje blanco y su gorro encarnado; el de herreros, con un enorme dragon, lanzando fuego por la boca; el de pelaires, ó fabricantes de lana, con sus mantos de comendadores de San Juan, su coro de voces y su pendon blanco; el de curtidores, con su baile de salvajes, alrededor de un castillo defendido por un leon y unos leoncitos; el de freneros, con mantos blancos, y distinguiéndose de los otros gremios en llevar sombrero; el de cerrajeros, con su pendon encarnado; el de barqueros, con su estandarte verde; el de sastres, cuyos prohombres llevaban mantos largos con mangas de terciopelo negro y halcones en el puño; el de merceros, arrojando palomas y bailando alrededor de San Julian, que iba á caballo, con traje de caza y rodeado de otros cazadores á pié; y por último, los plateros, con mantos azules, salpicados de estrellas de plata, y con adornos de igual metal en las gorras.

Detras de las cofradías de los gremios, que eran numerosas y estaban muy bien vestidas, marchaban músicas, y los portaestandartes del Consulado de mar, de la Diputacion y de la ciu-

dad, todos con cota de armas y los escudos respectivos; siendo de notar, porque esto comprueba la importancia que siempre tuvo el municipio barcelonés, que al portaestandarte de la ciudad seguían dos escuderos llevándole el casco, el escudo y la espada. A continuacion iban los maceros del Consulado, los Cónsules de mar, con preciosas gramallas encarnadas y becas azules; los maceros de la Diputacion, los diputados, con gramalla y beca encarnada y con el floron que los distinguía de los Concelleres pendiente del cuello; los maceros de la ciudad y los Concelleres segundo, tercero, cuarto y quinto, con gramallas de damasco encarnado y llevando en el dedo meñique el anillo de oro distintivo de su dignidad.

Seguían á las corporaciones populares sus escuderos ó criados, con el escudo de armas en el pecho, y cerraban esta seccion del séquito algunos ballesteros del municipio, corporacion que, atendidas las prerogativas é inmunidades de que entónces gozaba, hacia en toda la procesion el principal papel.

Los seis indios que Colon presentó á los Reyes Católicos, con una porcion de marineros y pajes que llevaban pájaros, frutas, minerales de oro y otros objetos preciosos, seguían á la Corporacion popular, formando la vanguardia del acompañamiento de Colon.

Varios trompeteros y hombres de armas, todos á caballo, heraldos y otras gentes precedían al estandarte Real, que se suponía ser el mismo que enarboló el Almirante en Guanaine, ó isla de San Salvador. Y por último, detras del estandarte Real, escoltado por gran número de nobles de Castilla y de Aragon, entre ellos varios caballeros de las Ordenes militares, venía el héroe de la fiesta.

Ocupaba su derecha el Conceller *en Cap*, iba á su izquierda el Veguer de la ciudad, y el Almirante, que montaba un caballo ricamente enjaezado, ostentaba sobre sus hombros un rico manto de púrpura.

Al pasar por debajo del balcon principal, donde se hallaba la Reina, se descubrió respetuosamente y pronunció un discurso, en el que, recordando el importante descubrimiento del Nuevo Mundo, dió gracias á SS. MM. porque se dignaban aceptar aquel festejo que el Ayuntamiento de Barcelona habia dispuesto como un recuerdo de las antiguas glorias, y un homenaje de admiracion á Isabel I y de amor á su idolatrada Reina Isabel II.

La cofradia de los herreros, la de los curtidores y la de los merceros, habian representado sus respectivos entremeses en presencia de los Reyes; y si no hubiera sido tan excesiva la concurrencia en la plaza de Palacio, la decoracion exterior de este edificio, que le da aspecto de un lindo alcázar gótico, y aquellos grupos de guerreros y artesanos del siglo xv, todo habria producido una ilusion completa.

Y ya que la comitiva del sabio genoves nos ha traído, no al Palacio en que Isabel la Católica oyó la relacion del afortunado viaje marítimo, sino al que en aquella época estaba recién construido y destinado á la venta de paños, por cuya razon se llamaba *Halla* ó mercado, entraremos en él, no para hablar de sus salones, que no tienen nada de particular, sino de algunas de las muchas personas y corporaciones que acudieron allí á rendir homenaje á la Reina.

El besamanos de Corte que con motivo de los dias de S. M. el Rey se celebró el 4 de Octubre, estuvo tan concurrido como podria haberlo estado en Madrid, y las señoras lucieron riquísimos trajes, con mantos del mejor gusto y de gran valor. Además de esta recepcion oficial y pública, diariamente recibia la Reina en audiencia particular multitud de personas y corporaciones, viéndose entre las primeras muchos industriales y artistas que iban á presentar obras de mérito, expresamente construidas para los Reyes ó para los Príncipes, y sin aspirar ni querer algunos de ellos más recompensa que la de saber que las personas Reales se dignaban aceptar su regalo.

Casi todos los Ayuntamientos del Principado y los Cabildos del mismo, diputaron Comisiones de su seno para que felicitaran al Monarca, y la histórica Comision organizadora de somatenes, la del valle patriarcal de Andorra, y los franceses residentes en Barcelona, todos tomaron parte en aquellas respetuosas audiencias que la Reina concedia á expensas de su tranquilidad y de su descanso. El último dia de su estancia allí, recibió trescientas cuarenta personas, en audiencia individual la mayor parte de ellas.

Los franceses trataron de presentarse todos con banderas en la plaza de Palacio, miéntras una Comision de su seno subia á felicitar á la Reina, pero el vice-cónsul M. de La-Garde, que por ausencia del Cónsul presidia la Comision, pensó que pasando de diez mil los franceses que se habrian reunido, podria darse otro carácter á lo que sólo era una expresion de entusiasmo y agradecimiento, y fué á Palacio con diez ó doce de sus compatriotas.

En un discurso breve, pero entusiasta, manifestó á la Reina los sentimientos de sus representados, los cuales se asociaban de todo corazon á los barceloneses para felicitar á la Reina de España, á cuya generosa proteccion estaban muy reconocidos los industriales establecidos en la ciudad.

La Reina le dió las gracias, manifestándole cuán grato le era que los naturales de una nacion amiga y vecina se hallasen bien establecidos y contentos en España, y le dispensó el honor de asistir á la comida con dos individuos de la Comision.

Igual honor merecieron los Presidentes de los Ayuntamientos y de los Cabildos que diariamente acudian á Palacio; y todos los dias se sentaban á la mesa de los Reyes individuos del Tribunal de Comercio, diputados á Córtes y provinciales, presidentes de las Sociedades de crédito, militares, eclesiásticos, títulos de Castilla y otras personas notables.

Entre los infinitos presentes que se hicieron á los Reyes, y de

los cuales nos seria imposible dar noticia en esta obra, no debemos omitir los que las musas catalanas rindieron á los piés del Trono, cantando todas las solemnidades de aquellos dias de regocijo y de entusiasmo, y haciéndose fieles intérpretes de la animacion y de la alegría del pueblo barcelones.

Pará que nuestros lectores tengan una idea, no de lo que valen los poetas catalanes, que tiempo há que han hecho su informacion y sus pruebas, sino para procurarles un buen rato, vamos á darles algunos trozos de dos distintas poesias. Una en dialecto del país, que sin nombre de autor se presentó á la Reina el dia en que visitó la España Industrial, y otra de D.^a Josefa Masanés, escrita con motivo del ensanche del puerto.

La primera, despues de felicitar á la Reina porque se habia dignado honrar los talleres, concluia con estas estrofas:

Y eran nostres germans los que volaren
A platjas marroquinas
A fer sentir lo bruel de nostre lleó;
Y l' grapat que ls' tallers abandonaren,
Vestint las barratinas,
Més que nostres germans, nosaltres som.
Puig tots nosaltres esperavam tanda,
Esperavam la hora
En que ns' cridás la patria pèl combat:
Si ns' tornan á insultar de una altra banda,
Deixant la llensadora,
En cada catalá hi aurá un soldat.
Soldats per defensar la nostra terra;
Defensar la corona,
Que un jorn lo vostre fill ha de cenyir:
Y si en nostras montanyas erit de guerra
De nóu tambe resona,
Anirém per son nom á combatir.
Mes ja te prou llores: en las batallas
No creixen los més nobles
Per lo front adornarne de un gran Rey.

Y puig los nostres pits son sas murallas,
Digáuli que sos pobles,
Mes que guerrer, lo volen dictant lleys.

Féu que nos obri dels traballs la via :
Nosaltres robellarse
Las fraticidas armas hem dcixat.
Féu que astesa la industria de ell ne sia,
Y veurá duplicarse
La riqueza y l' poder de sos estats.

Que ella en lo temps de páu nos dona vida;
Ella en lo temps de guerra
Abasteix los exercits y ls' fá forts;
Ella ls' tresors dels altres regnes crida,
Los nostres desenterra,
Y ella munta lo rang de las nacions.

Miráulas, en industria las primeras,
Primeras avuy día,
Mes que per sa noblesa, pèl poder :
Protegiula, y lo poble que os venera,
Primer en hidalguía,
Per son prestigi lo veuréu primer.

Ben vinguda siáu, gentil Matrona,
Que ab la vostra visita
Honráreu la morada del treball.
Per vos se desfá en festes Barcelona,
Y serne solícita
Lo Catalá vostre primer vassall.

Titúlase la segunda *Las marítimas glorias catalanas*, y después que la poetisa pregunta al Monarca si sabe lo que quieren las olas que pugnan por romper la escollera, dice :

Yo quiero, dice el mar, con fuerte embate,
Paso abrírne al traves de la escollera,
Que cual férrea barrera
Me repele, Señora, y me combate;
Quiero el dique salvar que me quebranta,
Y la huella besar de vuestra planta.

Y acariciarla con vaiven tranquilo
Quieren mis frescas aguas rumorosas,
Como las deleitosas
Puras corrientes del soberbio Nilo
Acarician con beso regalado
El cáliz del nenúfar argentado.
Yo quiero que en mi linfa tersa y pura,
Que el sol jaspea con esmaltes rojos,
Siempre de vuestros ojos
Se refleje la cénica ternura,
Y que os rindan mis limpidos cristales
Del amor catalán parias leales.

.
Cuatro siglos, y aún más, han transcurrido,
Fecha lejana y á la par gloriosa,
En que la poderosa
Voluntad de un Monarca esclarecido
A labrar comenzára esta cadena
Con que Barcino mi furor enfrena;
Y desde entónces, pertinaz me afano,
Procurando romper su yugo altivo;
Y en vez de ser cautivo,
Más de una vez me trasformé en tirano,
Pues sólo admite mi poder, coyunda
Del blando cetro de Isabel Segunda.

¡A vos me rindo, á vos, Reina potente,
De Isabela primera sucesora,
Cual ella emprendedora,
Alma sin par benéfica y clemente,
Que, por lo grande, noble y generosa,
El renombre tendreis de *Bondadosa*!

.
Ahí están las que en Génova vencieron,
Las que imperios en Grecia conquistaron,
Y en Nápoles reinaron,
Y sus leyes navales impusieron,
Con generoso intento y noble audacia,
Desde Favencia al Bósforo de Tracia.

Por mi llanura con fugaz presteza
 Vereis nombres brillar que os son amados,
 Porque están enlazados
 Con la gloria española y su grandeza;
 ¿Acaso no se honró la *marca Hispana*
 Con la indomable raza Catalana?
 ¿Catalana no fué la cuna régia
 De esos Jaimés y Pedros belicosos,
 Cuyos hechos famosos
 Contemplar puede vuestra vista egregia
 En los reinos por ellos conquistados
 Y en el blason de España cuartelados?
 Que el Catalan es Español, lo dice
 Su temerario arrojo sin segundo:
 Region no tiene el mundo
 Que su audacia ó saber no patentice.....
 ¡Oh! no desdeñe el bravo pueblo hispano
 Ser del invicto Catalan hermano.

Aceptad, Reina, la ovacion ferviente
 Que os tributa este pueblo sin falsia,
 Grande por la valia
 De su noble fiereza independiente,
 Y cuya altiva voluntad los Reyes
 Doblan más con su amor que con sus leyes.

.

Tal en mi seno, hermosa Soberana,
 Hoy vuestra mano pródiga y bendita
 El poder resucita
 De la antigua marina catalana,
 Que los Reyes y pueblos acataron
 Y con su amparo y amistad se honraron.

Sembrad así perennes beneficios,
 Que fértil es mi deliciosa orilla;
 Si vos, sol de Castilla,
 Fecundizais los gérmenes propicios,
 Reflorece vereis sobre mis olas
 Las marítimas glorias españolas.

Otras muchas poesías, entre ellas algunas escritas en su idioma patrio por los franceses residentes en Barcelona, deberíamos citar si tuviéramos espacio de que disponer; pero no podemos prolongar este capítulo, y le terminaremos copiando las estrofas que Dámaso Calvet, el sentido trovador provenzal, les dirigió *à las noyas catalanas en lo ball de artisans ofert* á S. M. la Reina.

Ninetas catalanas,
De primavera tots los jorns vestidas,
Com las gentils romanas
Omplian de llurs deesas los altars,
Deixáu vostra cabanya,
Y dels cors lo present portáu unidas
A la deesa de Espanya,
Que vingué nostres camps á passejar.
Veníu, las tendras ninas,
Que en lo mirall del mar vos fèu la trena;
Las perladas petxinas
Y de Bagur portáu li lo coral;
Que encara que tinga ella
De ricas joyas sa morada plena,
En tota sa Castella
Eixos arbres marins no trobará.

Veniu, las moradoras
Del Ampurdá en la pintoresca plana;
Veníu las que las voras
Rojencas habitáu del Llobregat,
Y vostra boniquesa
Admirará la noble Soberana,
Que, no en tot, l'asperesa
Trobará del torons de Monserrat.

Veníu, las que robáreu
La blancor al Monseny, las que en las faldas
Del Canigó os criáreu,
Ab lo pit com sa néu y l' cor mes alt;
Veníu, veníu, llaugeras
Més que l'isart de Nuria y las Escaldas,

A lluir aquí ensiseras
Vostre flexible cos apitjerat.

Deixáune de Girona

Los murs gloriosos que jamay s'entregan;
Deixáu de Tarragona
Las antiguas moradas dels romans ,
Que llurs camps també deixan
Las que ab aigüas petríferas los regan ,
Puig no s'empedreeixan
En San Miquel del Fay los cors lleals.

Deixáune las saladas

Corrents del Cardoner, gayas pajesas ;
Deixáune las rosadas ,
Ab que rellúen los torons de sal ;
Y com duyan las ninas
En Roma llurs presents á las deesas ,
Portáuili de eixas minas
Los més brunyits virolents cristalls.

Veniu , que vos esperan

Dels eignes inspirats las melodías ,
Y á la Reina ponderan
Vostra hermosura ls' impacients galans ;
Galans, que devallaren
Per vosaltras del Bruch , que las ombrias
Suredas ne deixaren ,
Y ls' cendrosos y espessos olivars.

Galans son de la colla

Los que béhuen las aigüas robelladas
Allá hont lo cep no brolla ,
Y que en las fonts de ferro batejats ,
Conté llur sanch la mena
Que roban á las capas enfonzadas
De la rica cadena ,
Hont s'alsan Ribas , Camprodon, San Juan.

Y ls' chichs de las planuras

Pel Francolí y per l'Ebro corregudas ;
Y aquells que en las alturas
Vihuen hont lo de Urgell sos forts alsá :

Y ls' que en Lleyda detenen
Del Segre inundador las avingudas,
Y las aigües li prenen
Per llurs camps celebrats fertilisar.
La primitiva rassa
Que en la altiva montanya *Maleida*
Los ossos y l'erg cassa,
Veuréu com ha deixat la vall d'Aran.
La véu de las cascadas,
Y l' negre *Juétu*, que rondinant los crida,
No óuhen; sols las balladas
Que á la Reina d'Espanya han de donar.

Y aquets de barretinas,
Que l' pendó han passejat de Catalunya
Per serras marroquinas,
Y aquells que lo passejan per los mars;
Per nostra Reina amada
També aquí los tenim, y en terra llunya,
En llurs cants de la albada
Son nom benchirán com á lleals.

Veníu, y l' cor, pajesas,
Alegráu de Isabel la Dadivosa;
Y com de llurs deesas
Los romans ne voltaban los altars,
De dansas catalanas
Balláune al séu devant la mes airosa;
Que entre las soberanas
Cap de més digna n' trobaréu jamay.

CAPÍTULO XXXII.

Ensanche de la ciudad, obras del puerto y el icíneo.

Barcelona no cabe ya dentro de sí propia. El perímetro de aquella gran ciudad marítima, que por espacio de siete siglos llenó el mundo con la fama de su nombre, es mezquino para las empresas que hoy prepara la colonia industrial. El carbon de piedra que funde en sus talleres, abrasa sus entrañas; el vapor que arrojan sus máquinas vicia la atmósfera, y el ruido de sus telares aturde el sentido. Era estrecha la cárcel de piedra en que la encerraron cuando sus escuadras excitaban la envidia de pueblos muy poderosos, y Barcelona ha roto aquellas murallas. Miétras creyó que sus baluartes sólo existían para tiranizarla y no para defenderla, y quiso quebrarlos por el liviano placer de ser libre, la muralla quedó en pié, burlándose del error en que estaba su protegida. Se rió de sus impotentes deseos, como se rie la madre cariñosa de la impaciencia del niño, que sin haber aprendido á andar quiere soltar los andadores.

Barcelona no debía pedir el ensanche de sus muros en nombre de la libertad, sino en nombre de la razón. Debía decir que necesitaba un alojamiento mayor para sus artes y su industria, y no que se le antojaba tener una casa sin puertas para entrar y salir libremente en ella. Por eso nada se adelantó en el derribo de la muralla cuando en 1841 el esforzado patriota Llinás,

á la voz de *comensem* (empecemos), derribó por sí propio una piedra de la cortina interior de la ciudadela. A pesar de que el país estaba en revolucion, y de que á la ceremonia del derribo se la habia revestido de toda solemnidad y toda pompa, conservando la piedra arrancada en el archivo municipal, el derribo no siguió adelante. El baluarte que Llinás decia haberse construido « para domeñar la noble y erguida cerviz de sus abuelos, y que en aquel momento iba á hundirse á sus piés », no se hundió tan fácilmente. Ha sido preciso que el ensanche de la ciudad sea una necesidad material y no un deseo patriótico, para que Barcelona rompa sus murallas, y haga un solo pueblo de la ciudad y de sus arrabales, no dejando en derredor de sus edificios otros muros que las montañas, ni más fosos que el Llobregat y el Besós.

Autorizado ya el ensanche de la ciudad por Real decreto de 31 de Mayo de 1860, querian los barceloneses solemnizar la inauguracion de esa gran reforma, y á pesar de que algunos de los propietarios de fincas urbanas en el interior de la poblacion no veian con gusto esa fiesta, así y todo se llevó á cabo la víspera del dia señalado para la partida de la Reina.

Accedió la augusta Señora á honrar con su presencia la inauguracion, y á las cuatro y media de la tarde del dia 4 de Octubre, se trasladó al lugar en que estaban las derruidas murallas, y ocupó la elegante tienda que habia sido preparada al efecto.

A una señal dada y á los gritos de viva la Reina, cayó al suelo una columna en la que estaba escrito en caracteres góticos el *non plus ultra*, que indicaba el supuesto límite del mundo, y sobre el crucero de las principales vías de ensanche apareció otra columna, de orden corintio, con la siguiente inscripcion en caracteres dorados: *Plus ultra, reinando Isabel II.*

El ilustrado Corregidor de la ciudad dió las gracias á la Reina en un breve, pero elocuente, discurso: la gran via de la Cruz recibió en el acto el nombre de *Carrera de Isabel II*; la

ENSANCHE DE LA CIUDAD, OBRAS DEL PUERTO Y EL ICTINEO. 303
otra gran via que desde el mar cortará á esa perpendicularmente, se llamó *Carrera de Isabel la Católica*, y la plaza ó cruceiro de ambas, *Plaza de las dos Isabelas*.

Pero como el ensanche de Barcelona no podia limitarse al derribo de las murallas, ni á proyectar, como lo han hecho en el plano aprobado que tenemos á la vista, una poblacion diez ó doce veces mayor que la que hoy existe, sino que era preciso que el mar contribuyese tambien á la gran reforma, pensaron los barceloneses en las obras del puerto, de las cuales tenian una verdadera necesidad.

Una fatalidad constante habia presidido á todos los proyectos de ensanche del puerto de Barcelona, y toda la actividad y esfuerzos de los barceloneses se habian limitado á sacar más ó ménos quintales de arena para impedir que la tasca, ó banco de arena, se fuese tragando la dársena. El primer departamento de la antigua marina Real, y uno de los puntos de escala más concurridos de la costa, careció de muelle por espacio de muchos siglos, y nunca le tuvo en armonía con la importancia de sus arsenales ni del gran movimiento de su comercio marítimo. Era por esta razon de una importancia inmensa el suceso que habia de verificarse pocos momentos despues de haberse inaugurado el ensanche de la ciudad por la parte de tierra.

Así como en esta ceremonia no tomaron parte todos los barceloneses, porque no á todos les reporta tan inmediato beneficio, á la que con extraordinaria magnificencia dispuso la Diputacion Principal para inaugurar las obras del puerto, no hubo una sola persona que no se asociára con el mayor entusiasmo. Toda Barcelona se hallaba en el muelle, ó á bordo de las doscientas embarcaciones que, cargadas de gente, flotaban en las aguas del puerto. Era la última fiesta que los catalanes daban á sus Reyes, y bien puede decirse que tanto la Diputacion Provincial, que hacia los honores de la funcion, como el Crédito Mobiliario Barcelones, contratista de las obras, y el público, todos hicie-

ron cuanto no es posible imaginar, para resumir y condensar en esa funcion la riqueza y el buen gusto de las anteriores, la animacion y el entusiasmo que se advirtió en todas ellas.

Tanto por esto, como por ser el último capítulo que escribimos de Barcelona, vamos á hacer una reseña detallada de la fiesta, para que nuestros lectores puedan formar una idea aproximada del conjunto.

Ochocientas personas de lo más notable de la ciudad, convidadas por la Diputacion y la Empresa constructora, se hallaban repartidas en siete vapores españoles, en cada uno de los cuales habia una música militar, ó coros de Clavé ó del Orfeon. Esos vapores, seguidos de una infinidad de lanchas y botes y embarcaciones de todas clases, acompañaron la embarcacion Real, que era remolcada por el vapor *Monjuich*, en el cual iba otra música. Y estos, los coros y las bandas militares llenaron constantemente el aire de las más dulces armonías, á las que de vez en cuando respondian á coro los entusiastas vítores de la concurrencia que poblaba la bahía.

La embarcacion Real tenia la forma de una galera de la edad media con una gran proa dorada, coronada por una farola y pintada lateralmente de blanco con greca azul, y dividida en cuarenta compartimientos con los nombres de los principales puertos que España posee en ambos mundos. Un entarimado de sesenta centímetros de altura, cubierto por un toldo de seda azul y blanco, con orlas y fleco de oro, en las que campeaban los escudos de Castilla y Aragon, servia de estancia á los Reyes y á las personas de la régia comitiva, y los antepechos corridos de ese tablado, estaban cubiertos de terciopelo carmesí con oro. Alrededor de esa cámara régia, que tenia ocho metros de largo por ocho de ancho, habia unos pasillos que permitian hacer con toda libertad el servicio de la embarcacion, quedando asimismo en la popa un espacio libre para el wagon ó trough de arrastre que contenia la piedra para la ceremonia. Era este

ENSANCHE DE LA CIUDAD, OBRAS DEL PUERTO Y EL ICTÍNEO. 305
wagon de chicaranda y de construccion igual á los que sirven hoy para las obras del puerto y tenia toda la ferreteria pulimentada.

Para que S. M. pudiera apreciar la gran extension y condiciones del nuevo puerto, habian señalado los dos espigones de resguardo por medio de cincuenta lanchas simétricamente colocadas y flotando en todas ellas el pabellon nacional.

Al llegar la embarcacion Real al sitio en que las lanchas acusaban perfectamente la entrada del nuevo puerto, paró el *Monjuich* su máquina; y el Ministro de Fomento, prévia la venia de S. M., leyó el siguiente documento, escrito de antemano en un pergamino :

«En el año cinco mil ochocientos cuarenta y tres de la creacion del mundo, mil ochocientos sesenta de la era cristiana, décimo quinto del pontificado de nuestro Santo Padre Pio IX, y vigésimo octavo del glorioso reinado de Doña Isabel II de Borbon (Q. D. G.), encontrándose esta excelsa Señora en la ciudad de Barcelona, y queriendo inaugurar las obras de mejora y ensanche de su puerto, segun el proyecto formado por el ingeniero jefe de primera clase, hoy inspector, D. José Rafo, y aprobado por Real orden de 29 de Mayo del corriente año, se ha dignado en este dia, en celebridad de los de S. M. el Rey, su augusto Esposo, echar en el mar la primera piedra para la ejecucion de las expresadas obras.— Loor á la Reina, y salud y favor á los navegantes que arriben al puerto de esta antigua ciudad marítima y comercial.»

Un *viva* á la Reina puso fin á la lectura del documento, el cual fué colocado, con várias monedas del año de la inauguracion, en un bote de cristal que, lacrado y sellado, se introdujo en la piedra destinada á la ceremonia. Tenia esta piedra un metro cúbico, y sin embargo, estaba de tal manera dispuesta sobre el wagon, y este corrió sobre los rails para volcarla con tal facilidad, que bastó que S. M. la Reina, desde el antepecho de la plataforma empujase suavemente con un baston para que la piedra desapareciera en las olas, que al abrirla paso arrojaron un monte de espuma.

En este momento los vivas y las aclamaciones atronaron el espacio, y el vapor remolcador siguió navegando fuera del nuevo puerto y haciendo rumbo hacia el monte de su nombre.

Era ya la hora del anochecer, y los botes no pudieron seguir á la embarcacion Real, que, solo con algunos de los vapores, llegó á la falda de Monjuich, mientras las barcazas, preparadas al efecto, arrojaron con gran facilidad una porcion de piedras, de dos metros cúbicos algunas de ellas.

Esta visita que la Reina, invitada por la Compañia del Crédito Mobiliario, hacia á las canteras que han de dar los materiales para el nuevo puerto, estaba fuera de la ceremonia oficial: pero no por esto fué ménos brillante ni ménos digna de mencion que aquella. La vertiente oriental de la montaña, cuyas rocas de aspecto primitivo y desnudas de toda vegetacion, no revelan la proximidad á que el célebre Monjuich se encuentra de la ciudad, habia sido perfectamente engalanada. El improvisado desembarcadero estaba lleno de mástiles con banderas y gallardetes, é igual decoracion se descubria en los picos de la montaña. Dos grandes sauces cimbreaban sus ramas, formando un arco de triunfo, en el que se leia la respetuosa dedicatoria que la Empresa hacia á S. M. la Reina, y sobre una rica alfombra, en medio de una procesion de bachas de cera, que hacia indispensables la llegada de la noche, y entre músicas y aclamaciones, llegó la augusta Señora á la tienda que le habia sido preparada para descanso y para haber visto desde allí, á permitirlo la hora, el desprendimiento de grandes piedras ó derroque que al efecto se habia preparado.

Estaba dividida la tienda en cuatro grandes compartimientos, todos de forma exagonal, uno en el centro y los otros tres unidos á tres de los seis lados del primero, el cual tenia tres puertas, una de entrada y dos que conducian á una linda plataforma, desde donde se veian el mar y las canteras.

Damasco carmesí y amarillo, simbolizando la bandera nacio-

ENSANCHE DE LA CIUDAD, OBRAS DEL PUERTO Y EL ICTÍNEO. 307
 nal, cubria las paredes de aquella estancia, profusamente iluminada por arañas de cristal y candelabros de plata, y las mesas de SS. MM. y las de los convidados estaban cubiertas con profusion y riqueza. Aquellos salones y aquel lujo al pié de una roca árida y desierta, donde ordinariamente no se ve otra cosa sino la piedra que rueda desde cuarenta ó cincuenta metros de altura, y las olas que suben á bañarla, tenia algo de extraño y de maravilloso. Pero mayor extrañeza y mayores maravillas vimos en el momento de volver al mar para dirigirnos á la ciudad.

Apénas hubo entrado la Reina en la embarcacion Real, cuando la montaña empezó á arder por distintos puntos, como si la fabulosa deidad que, al decir de los fabulistas, allí tuvo su residencia, hubiera lanzado los rayos de sus iras sobre su Mons-Jovis ó Monte de Júpiter. Una porcion de fogatas indias ardian en todos los picos de las canteras, y llamas y resplandores de variados matices arrojaban una luz fantástica sobre las aguas del mar. Y no era sólo el monte el que ardia, sino que una línea de fuego acusaba la entrada del nuevo puerto, como si durante la visita á las canteras se hubieran terminado las obras, y sobre ellas se hubiese improvisado una vistosa iluminacion.

Y así, de sorpresa en sorpresa, dejando á uno y otro lado embarcaciones empavesadas y llenas de luces de color, tronando en el aire millares de cohetes, y retumbando en el frágil casco del barco Real las salvas de la escuadra, cruzó la Reina la bahía, cuya atmósfera era un inmenso globo de luz.

La muralla del mar estaba cubierta en toda su extension de vasos de colores; los edificios de aquella parte de la ciudad estaban asimismo profusamente iluminados; el desembarcadero parecia desde el mar la entrada de un gran palacio de abrillantada pedrería, y el camino hasta Palacio apareció alumbrado por luces de Bengala.

Era toda la iluminacion, y los adornos que ella descubria, de extraordinario gusto y de verdadera magnificencia, y comple-

taban la grandeza del cuadro las músicas que por todas partes se escuchaban, los vivas que salían de los entusiastas corazones barceloneses, y la animación y la alegría que se advertía en todos los semblantes.

S. M. la Reina se retiró á Palacio altamente satisfecha, y así lo manifestó repetidas veces á los diputados provinciales y á los individuos del Crédito Mobiliario; y los convidados todos, entre los que había muchos diplomáticos extranjeros, y los señores Duque de Osuna y D. Antonio Ríos Rosas, embajadores á la sazón de la Corte de España en Rusia y Roma, todos declararon que no habían visto una fiesta más animada ni más bella.

Así puso fin la industriosa ciudad de Barcino á las muestras de entusiasmo con que por espacio de quince días estuvo acreditando el amor que profesaba á su augusta Condesa.

Y aquí deberíamos dar nosotros por terminada esta parte de nuestro trabajo, si no creyéramos cometer una grave falta al alejarnos del puerto de Barcelona sin nombrar siquiera una humilde embarcación que allí flotaba esa noche, oscurecida, y que acaso está destinada á hacer una gran revolución en el arte de navegar. Aludimos al *Ictineo* ó barco-pez, de la invención de D. Narciso Monturiol, cuya primera prueba se hizo en presencia del Presidente del Consejo de Ministros y de otras personas notables, durante la estancia de los Reyes en la capital del Principado. Sería esta omisión tanto más notable, cuanto que allí donde se dió el primer paso, y paso colosal, para la navegación submarina, había hecho Blasco de Garay, trescientos años ántes, su primer ensayo para la navegación por medio del vapor.

Ni lo consiente la índole de este trabajo, ni nosotros podríamos, aunque quisiéramos, enumerar las ventajas que habrán de resultar á los navegantes del nuevo sistema inventado por el señor Monturiol. Por otra parte, los grandes resultados que, no sólo para el arte de la navegación, sino para todas las ciencias

ENSANCHE DE LA CIUDAD, OBRAS DEL PUERTO Y EL ICTÍNEO. 309

que se refieran al conocimiento y estudio del globo, pueden obtenerse con este descubrimiento, saltan á la vista de todos con la simple explicacion del aparato.

El *Ictíneo* tiene en su exterior la forma de un pez, con cuatro aletas, dos en la proa y otras dos en la popa, y se compone de dos barcos: el que semeja un pez, ó sea el exterior, es el que se ve á flor de agua cuando el barco está á flote, y el interior el que lleva la tripulacion: en el espacio que media entre uno y otro barco circula el agua. Las aletas de proa están dispuestas para bogar y las de popa para ciar, pudiendo girar el buque sobre su eje vertical. Muévelo el hélice que tiene en la popa, y baja y sube y se mantiene entre dos aguas á favor de otro hélice que se ve en la parte inferior. En los tambores cercanos al eje vertical hay unos cristales que permiten á los operarios ver en todas direcciones, y tiene además dos luces eléctricas giratorias que pueden iluminar todo el espacio que es visible debajo del agua alrededor del *Ictíneo*.

La prueba que tuvimos el gusto de presenciar fué completamente satisfactoria. El barco-pez ocultó en su seno cuatro ayudantes del señor Monturiol, y empezó á navegar con su espina dorsal á flor de agua, hasta que por fin se sumergió en el fondo del mar, apareciendo y reapareciendo á su capricho, mientras las gentes que iban en los botes le seguian admirados. Más de dos horas permanecieron los tripulantes del *Ictíneo* en completa comunicacion con nuestra atmósfera, y sin embargo aparecieron sin el menor síntoma de malestar.

El señor Monturiol ha hecho el descubrimiento, ó mejor dicho, ha inventado el *Ictíneo*, no por una casualidad, como nacen la mayor parte de los grandes inventos, sino despues de largos estudios, que se revelan en la erudita y extensa *Memoria* que ha publicado para dar á conocer su obra. Creyendo el sabio catalan que la navegacion submarina puede resolver grandes problemas hasta ahora no resueltos, porque nadie, hasta ahora, ha des-

cendido en el Océano á más de veinte y cinco metros de profundidad, se aplicó con afán á vencer las tres grandes dificultades de ese sistema de navegacion : la vida, el movimiento y la luz. El *Ictíneo* parece permitir al hombre respirar debajo del agua, moverse en todas direcciones y ver los objetos que le rodean.

El señor Monturiol, á quien nosotros felicitamos cordialmente, es digno de la proteccion que en estos momentos le está prestando el Gobierno, y todos los hombres de ciencia deben ayudarle para realizar su pensamiento en beneficio de todas las ciencias y de todas las artes.

PARTE SEGUNDA: 1888

2.1 ESTADO DE BARCELONA EN VÍSPERAS DE LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL

En 1888 Barcelona tenía 450.000 habitantes y era la segunda ciudad más importante de España. Según nos indica la historiadora Muntsa Lamúa, la situación de Barcelona a finales de la década de los ochenta del XIX era de relativa tranquilidad después de los angustiosos conflictos de la Revolución de 1868 y del llamado sexenio revolucionario: inestable monarquía de Amadeo I, segunda guerra carlista y proclamación de la primera república en 1873, con las primeras reacciones del movimiento obrero.

Sin embargo, aquella efervescencia social y política no afectó al buen desarrollo económico de la ciudad: el comercio y las manufacturas prosperaron y la bolsa y el comercio resistieron con firmeza. Barcelona se convirtió en el objetivo para todo aquel que fuera a la búsqueda de un trabajo y quisiera medrar; algunos historiadores han considerado aquel fenómeno como el sustituto del anterior «ir a hacer las Américas». La ciudad, que había empezado con unas modestas empresas familiares de indianas –tejidos de algodón estampados– en el siglo XVIII, se había convertido en el motor que accionaba la industria textil abastecedora de España. Barcelona y la región de Cataluña fueron los pioneros de la revolución industrial en España. A finales de 1833 se instaló la primera fábrica textil completamente mecanizada en la calle Tallers, llamada la Fábrica Bonaplata o también conocida como «El Vapor», se construyó la primera línea de ferrocarril en territorio español, dentro de la península ibérica, entre Barcelona y Mataró en 1848, y en 1855 se fundó *La Maquinista Terrestre y Marítima* con sede en Barcelona.

El incremento demográfico fue espectacular: de los 100.000 habitantes de 1800 se pasó a casi 600.000 en 1900, no únicamente

por la entrada de numerosa mano de obra obrera sino por la agregación de algunos municipios circundantes (Sarrià, Gràcia, Horta, Sant Andreu de Palomar). No obstante, las carencias seguían siendo difíciles de vencer. A pesar de su prosperidad e incipiente pujanza, la ciudad estaba condenada a desarrollarse encorsetada, constreñida dentro de los límites de las antiguas murallas que el gobierno nunca quiso eliminar, haciendo caso omiso de las repetidas peticiones que la ciudadanía barcelonesa le elevó. Barcelona era una plaza estratégica y, como tal, sometida a jurisdicción militar. Finalmente, la realidad se hizo tan obvia y las presiones tan fuertes que en 1854 se decretó su demolición.

Hasta 1853, Barcelona sólo había podido crecer en altura, añadiendo pisos a los edificios ya existentes. Se introdujeron algunas reformas urbanísticas para dar algo más de elasticidad al denso entramado urbano, como el trazado de las calles Ferran VII, Jaume I y de la Princesa, o el derribo del Palau Menor, situado junto al Ayuntamiento. Sin embargo, todo aquello fue un simple preludio de lo que se iba a poder hacer a partir de la desaparición del perímetro amurallado: la planificación urbana de un sector de 13.989.942 m², que sería conocido por l'Eixample, a partir de 1859, según un proyecto diseñado por el ingeniero Ildefons Cerdà. Finalmente se podría acometer la urbanización de la antigua carretera, trazada en 1821, que unía la parte antigua de Barcelona con el municipio de Gracia y que en aquella época era una zona de paseo y de recreo, con teatros, restaurantes y parque de atracciones, pero todavía sin pavimentar en su totalidad.

La reforma urgía, pero la realidad era que avanzaba muy lentamente. Todavía entre 1880 y 1890 muchos barceloneses morían a causa de enfermedades infecciosas padecidas por la falta de higiene derivada del hacinamiento en que vivían. En 1880, el plan Cerdà había avanzado con un ritmo lento y Barcelona, a pesar de ser una ciudad con muchas posibilidades, se encontraba sujeta a limitaciones penosas, algunas de vital importancia, como la falta de agua, de instalaciones de servicios y viviendas. En 1882, apenas unas pocas calles disponían de alumbrado eléctrico; las restantes mantenían las arcaicas farolas de gas.

Con todo, y pese a los contratiempos, Barcelona estaba preparándose para asumir la iniciativa de un hecho sin precedentes en España: la celebración de la primera Exposición Universal en 1888.

2.2 LOS ORÍGENES DEL PROYECTO DE LA EXPOSICIÓN: DIFICULTADES INICIALES

Se suele considerar que la organización de la exposición universal de 1888 fue el reflejo de la buena relación entre la restaurada monarquía y la burguesía industrial catalana, que había apoyado el regreso monárquico de 1875, en busca de una paz social que permitiese el desarrollo económico.

Las exposiciones universales, iniciadas en Londres en 1851, vivían un momento de gran apogeo. Eran consideradas los mayores eventos políticos, económicos y sociales del mundo, en los que cada país exponía los avances tecnológicos, y hacía gala de su potencial económico e industrial. Organizar una exposición era una oportunidad de desarrollo económico para la ciudad organizadora y de gran prestigio internacional. No obstante, también conllevaba riesgos. Así, la exposición de Viena de 1873 provocó antes de su inauguración una fiebre especuladora en la bolsa que, en víspera de la apertura, condujo al derrumbe de los valores bursátiles y a la ruina de muchas familias. El precedente inmediato había sido París en 1878, cuya muestra fue el escaparate que permitió mostrar a una Francia recuperada del desastre de 1870.

La iniciativa de volcar a Barcelona al exterior mediante la celebración de una exposición universal partió de Eugenio Serrano de Casanova, ex-militar carlista gallego afincado en la ciudad, buen conocedor de algunas de las muestras europeas, a través de sus viajes por Europa. Serrano presentó una instancia exponiendo el proyecto al Ayuntamiento, el cual, contemplando la idea con buenos ojos, firmó un convenio en junio de 1885 por el que se cedían para tal evento, los terrenos antaño ocupados por la Ciudadela, que había sido demolida y cedidos sus terrenos por el general Prim a la ciudad como jardín, en 1869. De la vieja Ciudadela sólo sobrevivieron la capilla (actual parroquia castrense), el palacio del gobernador

(actual Instituto de secundaria Verdaguer) y el Arsenal (actual sede del Parlamento de Cataluña).

El Ayuntamiento proyectó la fecha de la celebración: entre septiembre de 1887 y abril de 1888.

A la vista de cómo se iban sucediendo los acontecimientos, con un calendario tan ajustado, con obras que se ejecutaban con gran lentitud y con deficiencias estructurales que presentaban algunos de los pocos edificios levantados, el alcalde de Barcelona, Francesc de Paula Rius i Taulet (1833-1889), después de haber aportado una suma de 500.000 pts., que no mejoró la crisis que estaba sufriendo el proyecto, decidió asumir la dirección de la empresa para asegurar su continuidad en abril de 1887. Lo que había empezado como una maniobra especulativa del capital privado, se convirtió en un proyecto netamente municipal.

El reto era grande y el tiempo escaso. En realidad, la voluntad de inaugurar en la fecha prevista era casi una utopía. Fue designado como director de las obras el arquitecto Elies Rogent i Amat (1829-1897), en sustitución del maestro de obras Josep Fontseré i Mestres (1829-1897). Al tiempo que se convertía en parque público, el antiguo recinto de la Ciudadela fue elegido como escenario de la exposición universal de 1888. En total desacuerdo con ello Josep Fontseré, que había ganado el concurso para la transformación de la Ciudadela en parque con el lema «Los jardines son a las ciudades lo que los pulmones al cuerpo humano», presentó su dimisión al Ayuntamiento y fue sustituido como queda dicho por Elies Rogent. Rogent, además de variar casi todo el proyecto original, emprendió una campaña de movilización ciudadana para poder acometer con éxito la propuesta.

En un primer momento la opinión pública se opuso al proyecto, por considerarlo descabellado y costosísimo, pero, poco tiempo después, comprobando el ritmo vertiginoso con que avanzaban los trabajos y la eficacia con que se solventaban los obstáculos, cambió de criterio y siguió con entusiasmo el desarrollo de los acontecimientos. No en vano trabajaron entre 1000 y 2000 trabajadores, noche y día, ininterrumpidamente.

Dos fueron los obstáculos que tuvo que salvar Elies Rogent. En primer lugar, la reforma o desmantelamiento de todo lo realizado hasta entonces, lo que fue causa del incremento de lo presupuestado. No era lo mismo empezar una obra de cero, que tener que derribar o retocar, conservando en lo posible, las construcciones antes realizadas.

En segundo lugar, un contratiempo añadido, fue la presencia de dependencias militares dentro del parque de la Ciudadela, escenario de la exposición. Desde la cesión de la Ciudadela al municipio barcelonés, la zona había quedado fuera de la jurisdicción militar y se habían edificado unos nuevos cuarteles alejados del recinto para albergar a las tropas. Sin embargo, unos cuantos militares continuaban habitando los edificios que no se demolieron con el resto de la fortaleza. Justo en el centro del parque se ubicaban el palacio del gobernador, la capilla, el Arsenal, dos sectores destinados a cuarteles y almacenes y, un poco más alejado del conjunto, el *Fuerte de Don Carlos*.

Después de continuadas conversaciones entre Rius i Taulet con el ministerio de la Guerra para proceder al desalojo y reconversión de las construcciones (manteniéndose las tres más arriba indicadas), un comunicado ministerial notificaba que todo se haría según lo propuesto, pero previo pago de 500.000 pesetas en concepto de indemnización. Gracias a la acción de Manuel Girona i Agrafe (1818-1905), banquero y político, pudo indemnizarse al ministerio y conseguirse la supresión de un paso militar que cruzaba parte de la zona.

El planteamiento general consistió en emplear parte de los edificios ya concluidos por Fontseré, y construir otros proyectados por el nuevo equipo, aprovechando al máximo las posibilidades de los jardines de la Ciudadela, conjugando, de esta forma arquitectura con paisajismo, siguiéndose el gusto de la época.

El calendario definitivo, más realista, fue el de inauguración el 20 de mayo de 1888 y clausura el 9 de diciembre de ese mismo año; un espacio de tiempo de 35 semanas frenéticas que situó a Barcelona entre las ciudades con vocación de proyección industrial en el mundo.

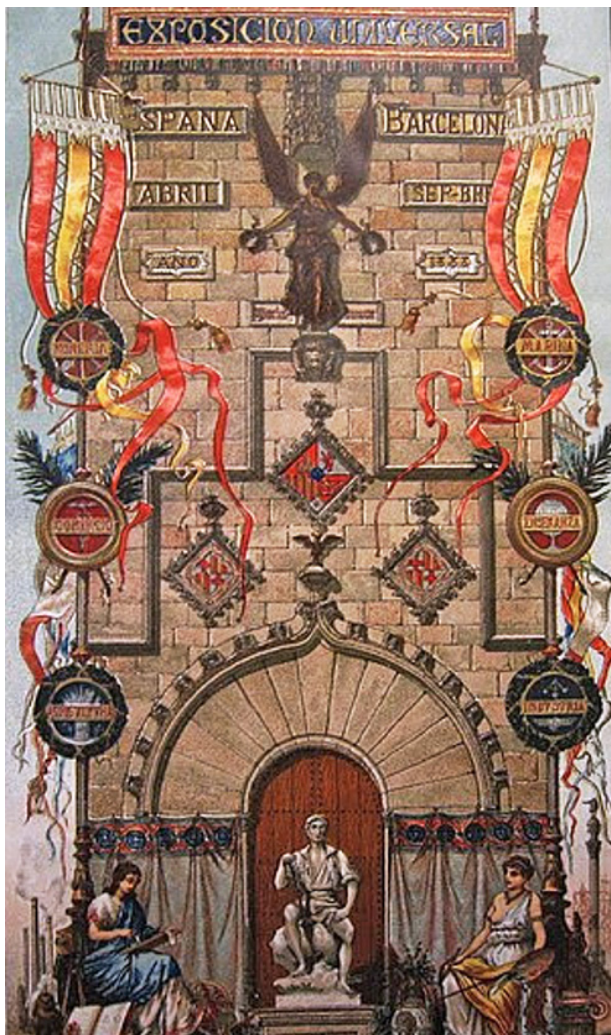


Superposición del plano del actual parque y de la antigua Ciudadela militar de Barcelona

La remodelación del parque de la Ciudadela había sido llevada a cabo por Josep Fontserè en 1872, inspirándose en jardines europeos como el Regent's Park de Londres o las Tullerías de París. Junto con la zona verde proyectó una plaza central y un paseo de circunvalación, así como una fuente monumental y diversos elementos ornamentales, dos lagos y una zona de bosque.

Fontserè colaboró con el entonces estudiante de arquitectura Antoni Gaudí para el proyecto de la *Cascada Monumental*, que destaca por su obra escultórica, en la que intervinieron varios de los mejores escultores del momento: destaca el grupo de *La Cuadríga de la Aurora*, de Rossend Nobas, así como *El nacimiento de Venus*, de Venanci Vallmitjana. Asimismo, Rafael Atché realizó los cuatro grifos que expulsan agua por la boca, en la parte inferior del monumento.

2.3 LA CULMINACIÓN



Cartel de la Exposición

Finalmente dieron su fruto los esfuerzos del llamado *comité de los ocho*, integrado por Rius i Taulet, Elías Rogent, Lluís Rouvière, Manuel Girona, Manuel Duran i Bas, Josep Ferrer i Vidal, Claudi López Bru, marqués de Comillas, y Carlos Pirozzini, verdaderos artífices del evento.

El día 19 de mayo de 1888 se hallaban atracados en el interior del puerto de Barcelona y fondeados frente al mismo cinco escuadras de cinco países europeos: España, Austria, Francia, Italia y Reino Unido; el resto de los buques provenían de distintos países tan dispares como: Alemania, Estados Unidos, Holanda, Portugal y Rusia. En total desde el día 19 de mayo hasta el día 26 permanecieron en Barcelona hasta 71 barcos de guerra. Dos buques llevaban pabellón español, destacando uno de ellos por llevar también el estandarte real: este buque era el cazatorpedero «Destructor» al mando del capitán Fernando Villaamil, y su real pasajero era la reina regente María Cristina. La reina regente se hallaba a bordo del «Destructor» junto a su séquito real para pasar revista a las unidades de guerra nacionales y extranjeras que habían venido a presenciar la inauguración de la exposición universal de Barcelona. El otro buque que los acompañaba era el cañonero «Pilar», que les iba dando escolta.

Según contaba la prensa local, el puerto de Barcelona gozaba de una imagen *«increíble de grandiosidad y belleza nunca vista hasta ese momento»* por a la gran cantidad de grandes buques y pequeñas embarcaciones en constante actividad en el puerto, más aún cuando al caer el sol, cada uno de los buques de todas las naciones presentes iniciaban el arriado solemne de la bandera con sus respectivas ceremonias.

La reina regente María Cristina aprovechó los siguientes días para visitar algunos barcos de las escuadras extranjeras; los barcos que recibieron su visita fueron el acorazado italiano «Italia», los austriacos «Tegethoff» y «Panther», el alemán «Kaiser» y el francés «Colbert».

El 20 de mayo de 1888 a las cuatro de la tarde, y entre las salvas de la numerosa escuadra que llenaba el puerto, se inauguró oficialmente la exposición universal de Barcelona con la presencia del rey Alfonso XIII que tenía dos años, la reina regente María Cristina, el presidente del consejo de ministros Práxedes Sagasta y el alcalde de Barcelona Francesc de Paula Rius y Taulet. Otras personalidades asistentes fueron el príncipe Alfredo, duque de Edimburgo, el duque de Génova, los príncipes Eduardo de Gales y Ruperto de

Baviera, los ministros de la guerra, fomento y marina, el capitán general marqués de Peña Plata y diputados, senadores, miembros del ayuntamiento de Barcelona y delegaciones diplomáticas.

El recinto de la exposición se extendía sobre 380.000 m², abarcando la superficie del actual parque de la Ciudadela, el zoológico y parte de la estación de Francia y del hospital del Mar en la Barceloneta.

El más importante de los edificios del recinto era el llamado palacio de la Industria, que ocupaba unos 70.000 m², tenía forma de abanico y estaba dividido en trece naves dedicadas a las salas de la exposición.



Palacio de la Industria

2.4 COYUNTURA POLÍTICA. LA CONSOLIDACIÓN DE LA REGENCIA

La muerte inesperada de Alfonso XII en 1885 provocó una grave crisis política y de estabilidad de la monarquía, en un momento en que la Restauración de la dinastía alfonsina llevaba pocos años vigente tras la experiencia republicana y las guerras car-

listas. Ante esta crítica situación, la imagen de María Cristina adquirió una especial relevancia. Inicialmente, no concitaba grandes apoyos debido a que era extranjera, sus gustos se consideraban poco castizos—por ejemplo, no le gustaban los toros— y era seria, austera y muy religiosa. Según un diplomático inglés, antes de 1885 los españoles la veían como «una extranjera de maneras frías e inexpresivas».

Sin embargo, a la muerte del rey Alfonso XII, sus expresiones públicas de dolor impactaron a la opinión pública, contribuyendo a perfilar y mejorar su imagen, que se irá afianzando con el tiempo, por su fidelidad de viuda consagrada al recuerdo de su esposo. Es innegable que a la altura de 1886 el proyecto de Sagasta era consolidar la figura de la regente.

En 1888 la regencia ya había conseguido conjurar las dificultades de los primeros momentos, pero todavía se consideraba fundamental reforzar la imagen de María Cristina. Por ello, el gobierno de Sagasta, como hemos visto, planificó la participación de la regente en innumerables actos en Barcelona y los alrededores: banquetes, recepciones, regatas, funciones de gala, revistas militares o visitas a edificios públicos, hospitales, asilos, colegios, cuarteles y fábricas. La presencia de la reina en la exposición de Barcelona ofrece diversas lecturas. Una de ellas es el aumento su popularidad entre la población catalana, debido a las numerosas visitas reales y a sus donativos y actos de caridad.

María Cristina era considerada intermediaria entre el pueblo y el gobierno. Por ello, se le presentó una petición de representantes de comisiones de obreros para que se estableciera el sufragio universal. Además, la prensa dinástica subrayó la imagen de la regente como mediadora entre una nación próspera y los representantes de las potencias extranjeras: se aludía a la valoración favorable de María Cristina en la prensa extranjera y se llegó a afirmar que el duque de Edimburgo, segundo hijo varón de la reina Victoria, le comunicó a la regente que la paz estaba asegurada, pues al acudir a Barcelona las potencias europeas habían aproximado sus posiciones y alejado el fantasma de la guerra.

Por otro lado, aparecía como encarnación del poder central frente al incipiente catalanismo, que no se presentaba opuesto a la nación española. Así, se la nombró reina de los Juegos Florales, en un acto en que se pronunciaron brindis en su honor en catalán y se lanzaron gritos de viva a la condesa de Barcelona. El presidente de la Lliga le entregó un mensaje, dirigido a la reina regente y condesa de Barcelona, en que se solicitaba la autonomía para Cataluña, apelando a las promesas realizadas por la esposa de Carlos de Austria —otra archiduquesa de Austria y otra Cristina de Habsburgo, se decía— y a su procedencia del Imperio Austro-Húngaro, donde se procuraba atender a todas las nacionalidades. De hecho, el nacionalismo periférico no empezó a ser un problema político para la corona y un cuestionamiento de la nación española hasta el siglo xx; con anterioridad, las relaciones de la regente con el catalanismo, como puede observarse, no eran en absoluto malas.

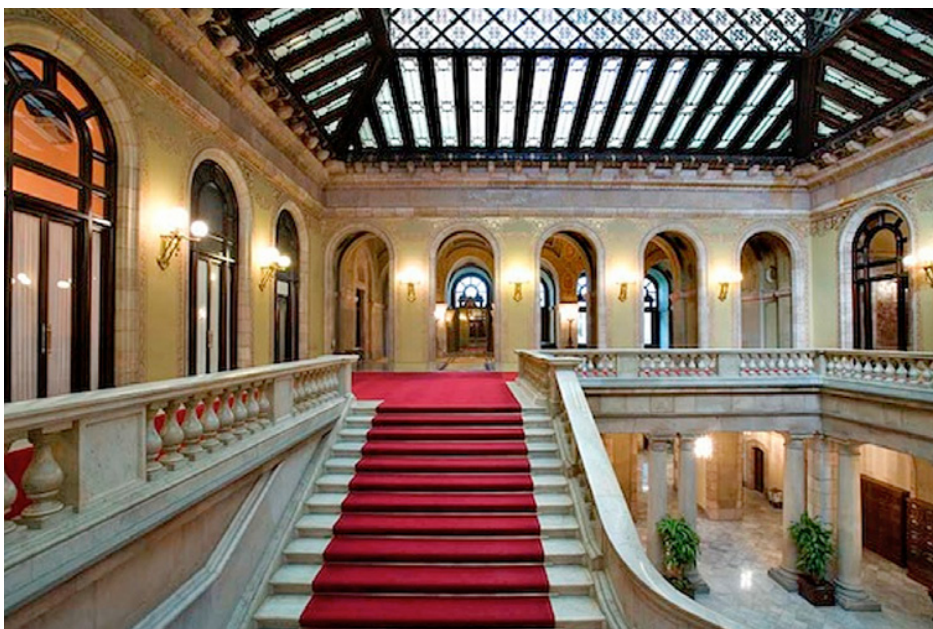
2.5 ALOJAMIENTO DE LA FAMILIA REAL

El incendio en 1875 del palacio real que ocupó Isabel II en 1860, planteó la necesidad de habilitar un edificio que acogiera con dignidad a la familia real. Se decidió usar el antiguo Arsenal de la Ciudadela como residencia real. Pere Falqués, arquitecto municipal, sin modificar excesivamente su aspecto general, fue el encargado de la remodelación del conjunto: redecoró la austera fachada con esgrafiados, abrió tres balcones en el primer piso y amplió en altura el cuerpo central donde colocó el escudo, con el blasón de la casa de Borbón que presidía la puerta de socorro de la Ciudadela.

Su trabajo se centró principalmente en el interior del edificio, donde se situaron, aparte de las habitaciones privadas, las diversas estancias de carácter representativo, como eran el salón de Fiestas, el comedor y el salón del Trono (actual hemiciclo del Parlament de Cataluña). Todo el conjunto fue embellecido con una ostentosa decoración neobarroca. Las salas se embellecieron con pilastras de diversos tipos de mármol y techados de artesanado de madera. Lo más destacado fue la transformación de uno de los patios en escalera de Honor, de mármol y cubierta por una elegante claraboya de

hierro y vidrios de color, uno de los espacios más conocidos en la actualidad del edificio.

A pesar de los trabajos realizados, el edificio no llegó a interesar a la familia real como residencia en la ciudad y en 1895 se paralizaron los trabajos encaminados a su definitiva transformación en palacio real.



Escalera de Honor del Arsenal construida en 1888 para la familia real

Finalmente, en el paseo Sant Gervasi 5, encontramos un pequeño edificio de estilo árabe: se trata de una construcción de 50 metros cuadrados que colinda con los jardines de la Torre Castanyer.

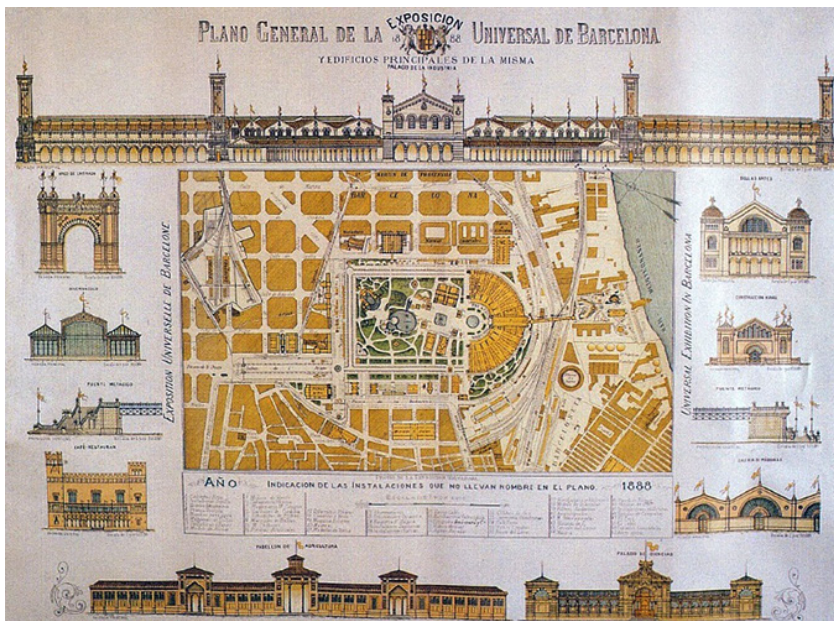
Fue concebido como pabellón de juegos de los hijos de la reina regente María Cristina: el pequeño rey Alfonso XIII y sus hermanitas, la princesa de Asturias María de la Mercedes y la infanta María Teresa. Este es el motivo por el que el edificio se conoce como Pavelló de Jocs.



Pavelló de Jocs

2.6 DESCRIPCIÓN DEL RECINTO

Seguimos lo expuesto por Mon Barcino el 23 de enero de 2016.



En este plano general se reproducen los edificios más representativos de la Exposición. Domina con su planta cóncava el palacio de la Industria

La entrada a la exposición se efectuaba a través del Arco de Triunfo, diseñado por Josep Vilaseca. De inspiración neomudéjar, tiene una altura de 30 metros, y está decorado con una rica ornamentación escultórica realizada por diversos autores, entre los que destacan Josep Reynés, Josep Llimona y Antoni Vilanova.

A continuación, venía el Salón de San Juan (actual Paseo Lluís Companys), una larga avenida de 50 metros de ancho, donde destacaban las balaustradas de hierro forjado, los mosaicos del pavimento y unas grandes farolas, todo ello diseñado por Pere Falqués.



Paseo Sant Joan con la vista del Arco Triunfo

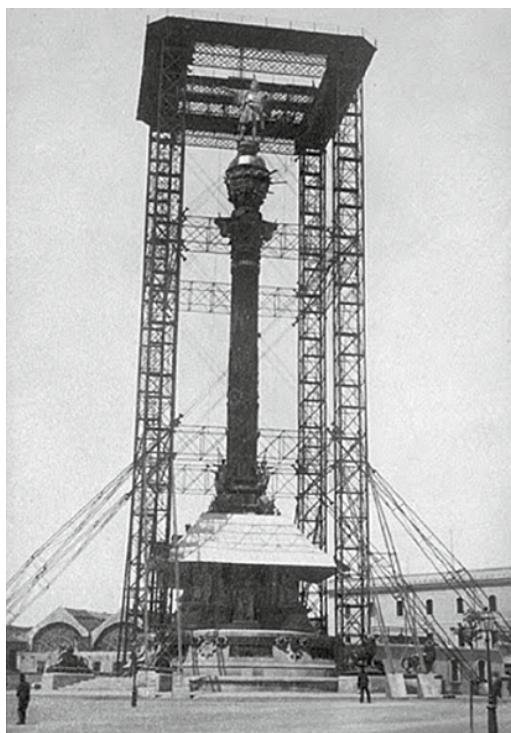
El primer edificio tras el acceso por el Arco de Triunfo era el palacio de Bellas Artes. En el lado opuesto se ubicaba el palacio de

Ciencias, obra de Pere Falqués, de estilo neoclásico, donde también se disponía una gran sala para celebrar congresos.

La vegetación constituyó uno de los elementos esenciales del parque de la Ciudadela, y así para las especies vegetales que requerían un clima más cálido que el nuestro, se construyó el Hivernacle en 1884, obra que combina el hierro y el vidrio, del arquitecto Josep Amargós.

Por su parte para las especies que necesitaban estar protegidas del sol, Josep Fontseré diseñó el Umbracle (1883).

El monumento a Colón fue también realizado con motivo de la exposición universal de Barcelona de 1888. Se trata de una obra en la que destaca una columna de hierro de unos 60 metros coronada por la estatua de Cristóbal Colón. Fue concebida por el arquitecto Gaieta Buïgues y la escultura la realizó Rafael Atché.



Construcción del monumento a Colón

En el paseo de Colón se erigió el Gran Hotel Internacional, obra de Lluís Domenech i Montaner. Con cuatro plantas, fue construido en un tiempo récord de 69 días y concebido como instalación temporal, con capacidad de 600 habitaciones para alojar a más de 1000 visitantes de la exposición. La rapidez de su construcción y su naturaleza de obra efímera explican el que se emplearan materiales de baja calidad. A pesar de la movilización ciudadana para su conservación, fue derruido tras la finalización de la exposición.

La iluminación eléctrica se convirtió en una de las principales manifestaciones de modernidad y cosmopolitismo durante la celebración de la exposición universal. En el exterior del recinto ferial, la luz eléctrica iluminó algunas de las calles principales de la ciudad y en el interior del recinto se instalaron fuentes luminosas, convirtiéndose la Fuente Mágica en una de las principales atracciones de la exposición.

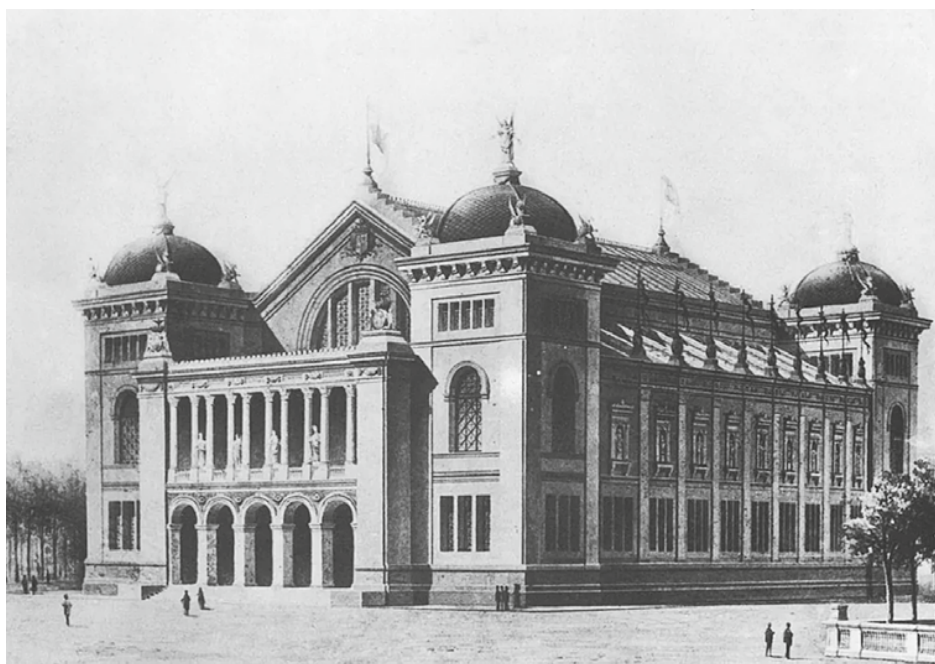


Gran Hotel Internacional

2.7 EL DESAPARECIDO PALACIO DE BELLAS ARTES

El palacio de las Bellas Artes fue uno de los edificios más emblemáticos construidos con motivo de la exposición. El edificio se

construyó fuera de lo que hoy se conoce como el parque de la Ciudadela, en la confluencia de la calle Comercio, paseo Pujadas y en lo que fue el Salón Víctor Pradera (actual Lluís Companys). Fue destinado a la celebración de exposiciones artísticas, conciertos y eventos culturales y sociales. La construcción corrió a cargo de August Font i Carreras, que anteriormente había dirigido las obras de restauración de la Basílica del Pilar de Zaragoza, y había creado la fachada neogótica de la catedral de Santa Eulalia de Barcelona. Fue también el arquitecto de la Plaza de Toros de las Arenas. La estructura se realizó en hierro, lo que permitió cubrir un gran salón de actos; destacaban cuatro torres de ladrillo visto en cada una de las esquinas.



El edificio tenía una planta rectangular y medía 91 x 50 metros, en gran parte ocupados por un impresionante salón central, *Gran Saló de la Reina Regente*, con 2.000 metros cuadrados de superficie. En dicho salón tuvo lugar la inauguración oficial de la exposición

universal el 20 de mayo de 1888, al que como hemos indicado asistieron la reina regente María Cristina y Alfonso XIII.

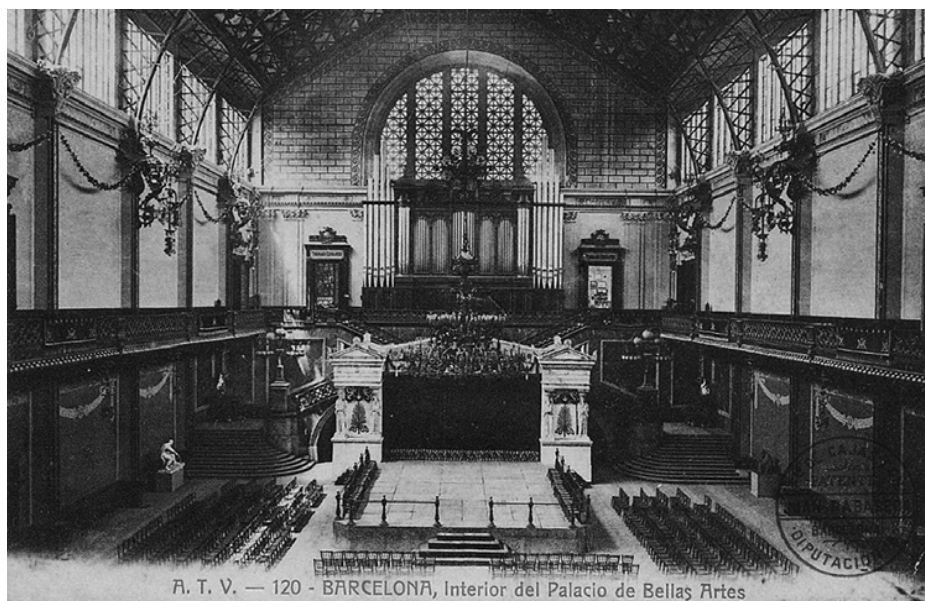
El *Gran Salón de la Reina Regente*, contaba con un gran órgano construido para la ocasión por Aquilino Amezua Jaúregui, que tenía cinco teclados manuales, pedal y 70 juegos y funcionaba con electricidad. Era uno de los mejores órganos de su tipo en Europa.

El 18 de enero de 1890, una vez finalizada la exposición, se creó una comisión municipal para la conservación de los edificios construidos. Desde entonces fue escenario de fiestas, congresos y conciertos, e incluso fue la primera sede del museo municipal de Bellas Artes de Barcelona entre 1891 y 1915. También se celebraron en el local varias ediciones de los Juegos Florales.

El 16 de abril de 1904, se celebró en el *Gran Salón* el acto de inauguración de la creación oficial de la Caja de Pensiones para la Vejez y de Ahorros de Cataluña y Baleares, conocida en la actualidad como «La Caixa»; en 1910 el congreso de Solidaridad Obrera, donde se fundó la CNT, y en 1919 la primera edición del Salón del Automóvil de Barcelona. La Orquesta Sinfónica de Barcelona y la Banda Municipal de Barcelona ofrecieron con regularidad conciertos en el recinto.

Durante la guerra civil el palacio sufrió, como muchos otros edificios con alto valor artístico, los bombardeos de la aviación aliada a Franco. El peor de todos se produjo en 1938, ya que la aviación legionaria italiana desplegó unos de los más dañinos bombardeos que sufrió la ciudad: una de las bombas impacto de lleno en el palacio y lo dejó semidestruido.

En 1940 se barajaron varias posibilidades para su remodelación entre ellas un proyecto para transformarlo en la estación central de autobuses de la ciudad. El palacio fue derribado, argumentando su mal estado y aprovechando la ocasión para poder vender todo el hierro de la estructura, en el verano de 1942.



El Gran Salón de la Reina Regente

2.8 BALANCE FINAL PARA BARCELONA

Aparentemente, el evento fue un éxito indudable, con un total de 12.223 expositores y una afluencia de público de 425.000 visitantes. El certamen demostró una gran capacidad organizadora por parte de las autoridades y las instituciones y empresas públicas y privadas de la ciudad condal, y sentó las bases de una ciudad moderna e integrada con Europa, a la altura de las grandes ciudades que habían celebrado exposiciones hasta aquel entonces. Económicamente también fue un éxito: 5.624.657 pesetas de gastos, frente a 7.657.000 de ingresos. Fueron acuñadas por instituciones públicas y privadas numerosas medallas conmemorativas de tan relevante evento.

En el *debe*, tal vez no hubo la afluencia de visitantes que se esperaba. Tampoco los productos presentados por los diferentes países fueron del más alto nivel, ya que se reservaron para la del próximo año de París, que iba a coincidir con el centenario de la Revolución Francesa en 1889. En todo caso, quedó patente la

conciencia de capitalidad industrial de la ciudad y fue el punto de partida de una importante renovación urbana y de promoción comercial que tendría continuidad en la exposición internacional de 1929.

En el *haber*, la ciudad recibió un gran impulso urbanístico. Se reformó todo el frente marítimo, primero con la construcción del *Moll de la Fusta* en el antiguo muelle de la Muralla, del paseo de Colón con la estatua del mismo, se dio forma a Las Ramblas y en el puerto se construyó un muelle transversal, más tarde conocido como Muelle de Barcelona. También se inauguró el servicio turístico de *Las Golondrinas*, frente al Portal de la Paz, junto al monumento de Colón; y en el paseo San Juan y en terrenos de la exposición se construyó el palacio de Justicia. Para la ocasión se dotó de iluminación eléctrica a algunas calles de la ciudad como La Rambla, el paseo de Colón, la plaza de San Jaime y el interior del recinto de la exposición.

Algunos de los edificios que han sobrevivido hasta nuestros días se conservan en el interior del parque de la Ciudadela, salvo el Arco de Triunfo, de Josep Vilaseca i Estapà (1858-1917), que era la entrada principal del recinto ferial:

- el Invernadero, obra de Josep Amargós i Samaranch, el único construido enteramente con la nueva tecnología de hierro y vidrio, en sustitución de uno anterior destruido por una tormenta;
- el Umbráculo, proyectado por Fontseré y acabado por Amargós;
- el pabellón de la Minería y del Carbón, edificio proyectado en el taller de Fontseré como depósito de las aguas de la fuente de La Cascada y
- el café-restaurant de la exposición, de Domènech i Montaner, en la actualidad Museo de Zoología, conocido como castillo de los tres dragones.



Museo de Zoología o castillo de los tres dragones

En cambio, entre 1920 y 1936 desaparecieron edificios emblemáticos, como el palacio de la Industria y el Comercio, el pabellón administrativo, de Amargós, el palacio de Bellas Artes, como vimos anteriormente, la galería de las máquinas, de Adrià Casademunt, o la sección marítima, de Gaietà Buigas i Monravà emplazada en el *Fuert de Don Carlos*.

2.9 PABLO AUDOUARD DEGLAIRE, FOTÓGRAFO OFICIAL DE LA EXPOSICIÓN

Pablo Audouard Deglaire (La Habana, 1856-Barcelona, 1918) fue un fotógrafo español muy conocido por sus retratos y como fotógrafo oficial de la exposición universal de 1888.

Nació en La Habana en 1856, su padre era fotógrafo y estudió pintura en su adolescencia. Con veinte años se traslada a Barcelona donde trabaja con retratos fotográficos en un estudio de Las Ramblas. En 1879 ingresa en la Sociedad Francesa de Fotografía en la que participa activamente hasta 1894, obteniendo una medalla de oro en París en 1889.

En 1887 es nombrado fotógrafo oficial, junto a Antonio Esplugas, de la exposición universal de Barcelona de 1888. Mientras que la función de Esplugas era hacer fotografías de las personas y grupos que asistían a la exposición, Audouard se encargaba de hacer fotografía arquitectónica. Así mismo, disponía de la exclusiva en la venta de reproducciones.

En este libro reproducimos a continuación su álbum de la exposición, conservado en la Biblioteca Nacional de España. Fue adquirido en *Subastas Soler y Llach*, en marzo de 2006.

2.10 BIBLIOGRAFÍA

MORENO SECO M., *Discreta regente, la austriaca o doña Virtudes. Las imágenes de María Cristina de Habsburgo*.

Webgrafía:

<https://salondeltrono.blogspot.com/2013/02/la-exposicion-universal-de-barcelona-de.html>

Más los autores citados en el texto.

RELACIÓN DE IMÁGENES CONTENIDAS EN EL ÁLBUM

1. Arco monumental de entrada	155
2. Vista parcial, tomada desde una torre del Palacio de la Industria	157
3. Vista parcial, tomada desde una torre del Palacio de la Industria...	159
4. Instalaciones al aire libre: Pabellón de Sevilla.....	161
5. Palacio de Bellas Artes.....	163
6. Palacio de Bellas Artes: Solemne acto de inauguración por SS. MM...	165
7. Palacio de Bellas Artes: Sección Arqueológica	167
8. Palacio de Bellas Artes: Sección Arqueológica	169
9. Palacio de Bellas Artes: Instalación de la Real Casa	171
10. Palacio de Bellas Artes: Sección española de pinturas.....	173
11. Palacio de Ciencias.....	175
12. Palacio de Ciencias: Salón de congresos.....	177
13. Palacio de Agricultura.....	179
14. Palacio de Agricultura: Interior.....	181
15. Instalaciones al aire libre: Pabellón del Círculo de Liceo	183
16. Gran cascada	185
17. Instalaciones al aire libre: Pabellón del Marqués de Campo.....	187
18. Instalación de la Compañía General de Tabacos de Filipinas	189
19. Instalaciones al aire libre: American Soda Water	191
20. Umbráculo.....	193
21. Umbráculo.....	195
22. Grupo de instalaciones al aire libre	197
23. Instalación al aire libre	199
24. Instalaciones al aire libre: Pabellón de Audouard y C.a., Fotógrafos....	201
25. Hemiciclo	203
26. Palacio de la Industria: Instalación de la República Oriental del Uruguay	205

	Págs.
27. Palacio de la Industria: Instalación del Japón	207
28. Palacio de la Industria: Sección de Chile	209
29. Palacio de la Industria: Instalación del Paraguay	211
30. Palacio de la Industria: Sección de Bélgica	213
31. Palacio de la Industria: Sección francesa – salón de honor	215
32. Palacio de la Industria: Sección de Túnez.....	217
33. Palacio de la Industria: Sección francesa	219
34. Palacio de la Industria: Sección española	221
35. Palacio de la Industria: Nave central, sección oficial del gobierno ...	223
36. Palacio de la Industria: Nave central, sección oficial del gobierno ...	225
37. Palacio de la Industria: Sección de España.....	227
38. Palacio de la Industria: Sección de España.....	229
39. Palacio de la Industria: Sección española. Nave de Gerona	231
40. Palacio de la Industria: Sección de Gerona.....	233
41. Palacio de la Industria: Sección de España.....	235
42. Palacio de la Industria: Sección de Austria	237
43. Palacio de la Industria: Sección de Austria	239
44. Palacio de la Industria: Sección húngara	241
45. Palacio de la Industria: Sección de Hungría	243
46. Palacio de la Industria: Sección de Hungría	245
47. Palacio de la Industria: Sección alemana.....	247
48. Palacio de la Industria: Sección de Italia	249
49. Palacio de la Industria: Sección de Inglaterra.....	251
50. Palacio de la Industria: Sección de los Estados Unidos	253
51. Palacio de la Industria: Sección de los Estados Unidos	255
52. Galería de Máquinas	257
53. Galería de Máquinas: interior	259
54. Palacio de la Industria: Fachada posterior de la nave central.....	261
55. Sección Marítima: Viaducto.....	263
56. Viaducto	265
57. Sección Marítima: Palacio de Instalaciones Navales.....	267
58. Muelle de la Sección Marítima	269
59. Sección Marítima: Instalación de la Compañía Trasatlántica	271
60. Pabellones de Aduana y Colonias.....	273

Pablo Audouard Deglaire,
fotógrafo oficial de la
Exposición de Barcelona
1888

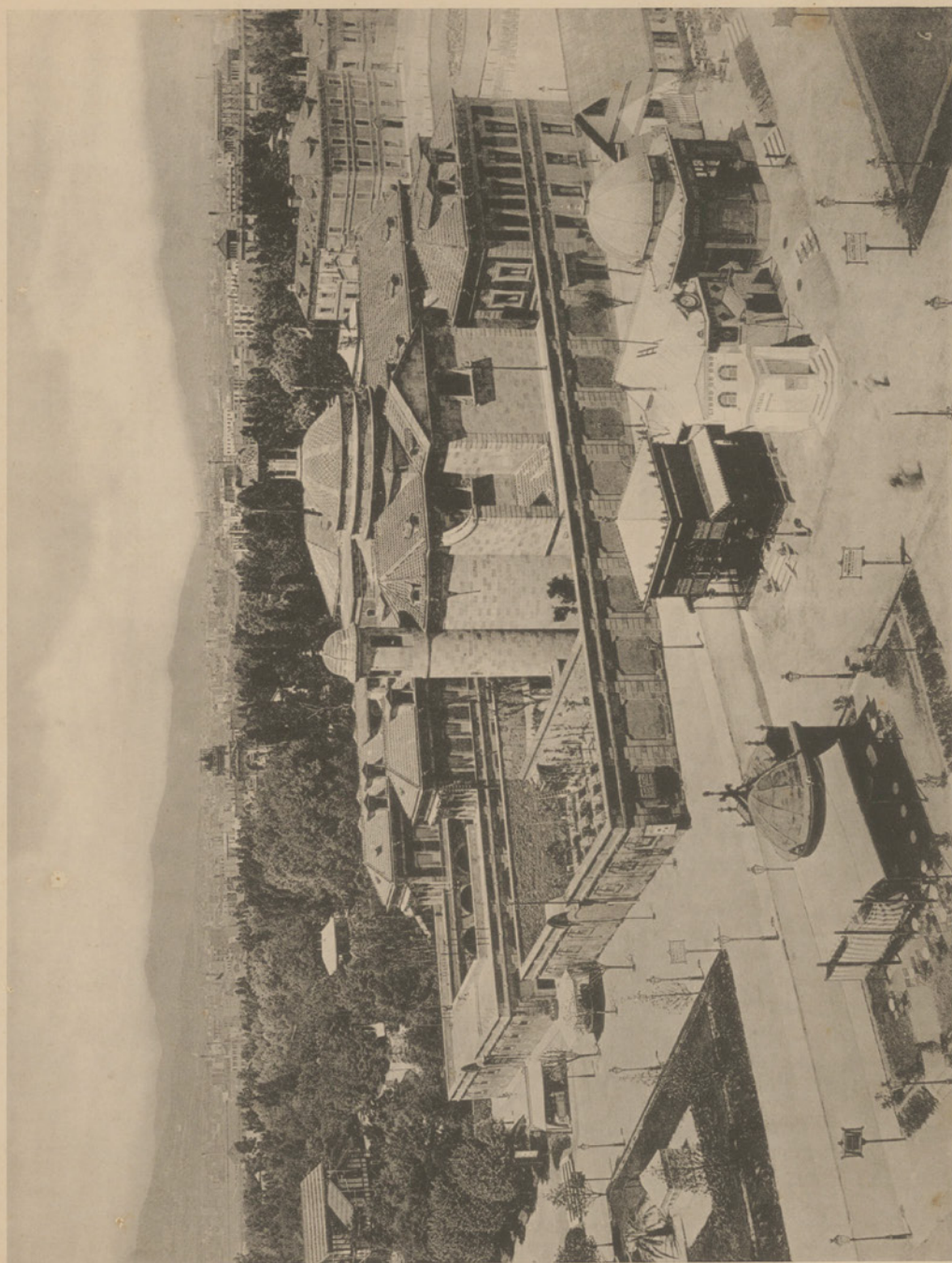




ARCO MONUMENTAL DE ENTRADA



VISTA PARCIAL TOMADA DESDE UNA TORRE DEL PALACIO DE LA INDUSTRIA



VISTA PARCIAL, TOMADA DESDE UNA TORRE DEL PALACIO DE LA INDUSTRIA



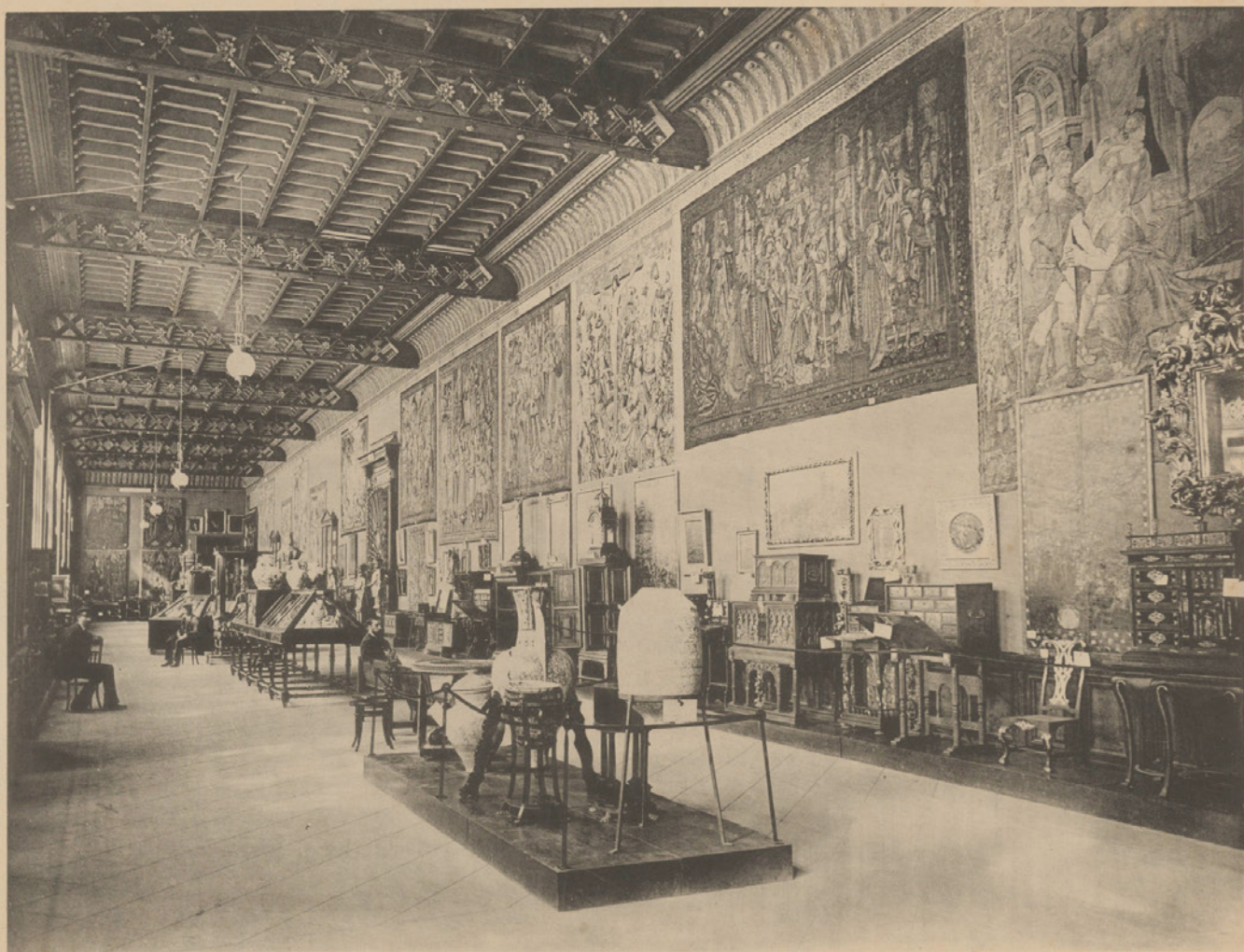
INSTALACIONES AL AIRE LIBRE: PABELLÓN DE SEVILLA



PALACIO DE BELLAS ARTES



PALACIO DE BELLAS ARTES: SOLEMNE ACTO DE INAUGURACIÓN POR SS. MM.



PALACIO DE BELLAS ARTES: SECCIÓN ARQUEOLÓGICA



PALACIO DE BELLAS ARTES: SECCIÓN ARQUEOLÓGICA



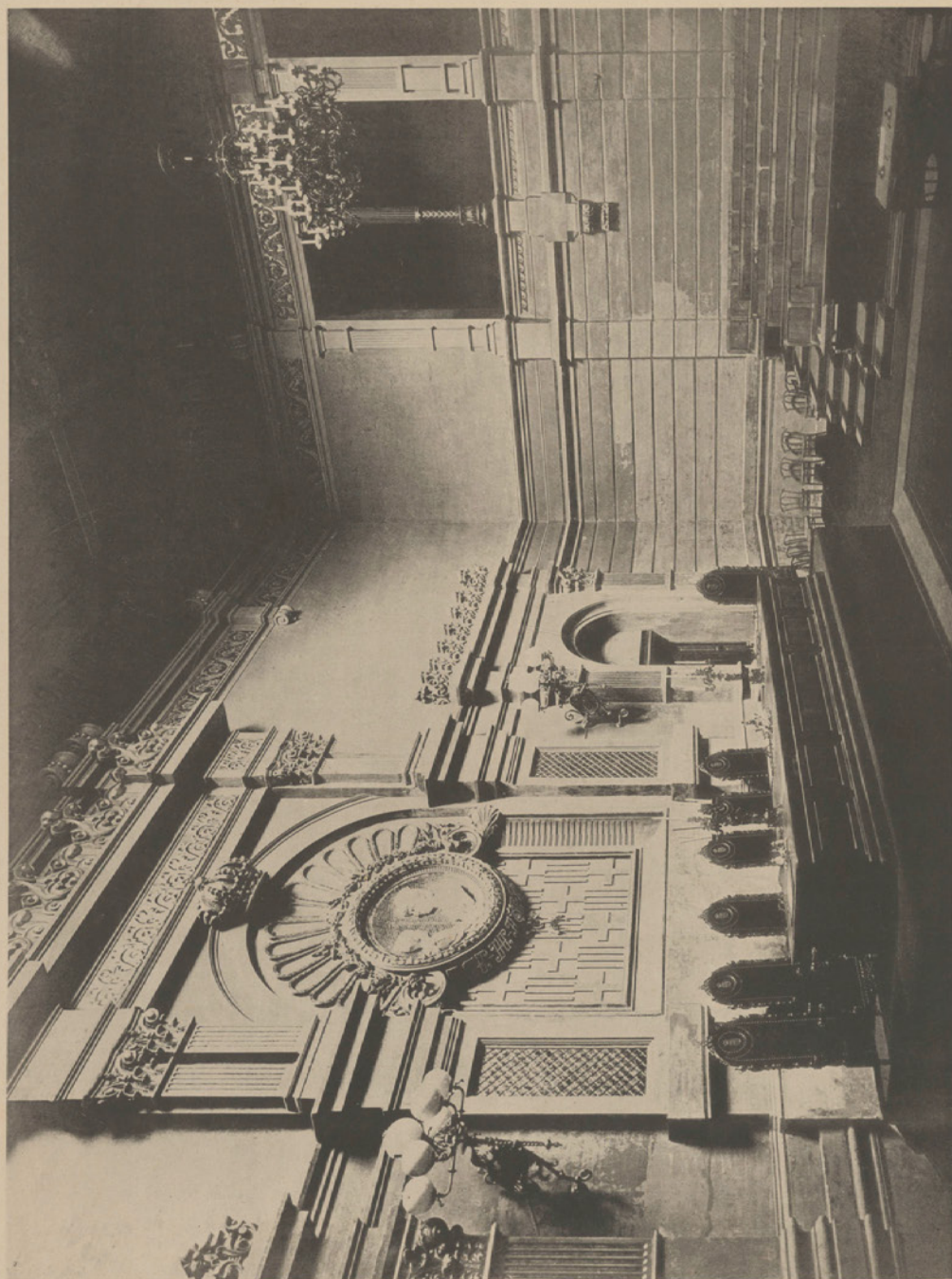
PALACIO DE BELLAS ARTES: INSTALACIÓN DE LA REAL CASA



PALACIO DE BELLAS ARTES: SECCIÓN ESPAÑOLA DE PINTURAS



PALACIO DE CIENCIAS



PALACIO DE CIENCIAS: SALÓN DE CONGRESOS



PALACIO DE AGRICULTURA



PALACIO DE AGRICULTURA: INTERIOR



INSTALACIONES AL AIRE LIBRE: PABELLÓN DEL CÍRCULO DEL LICEO



GRAN CASCADA



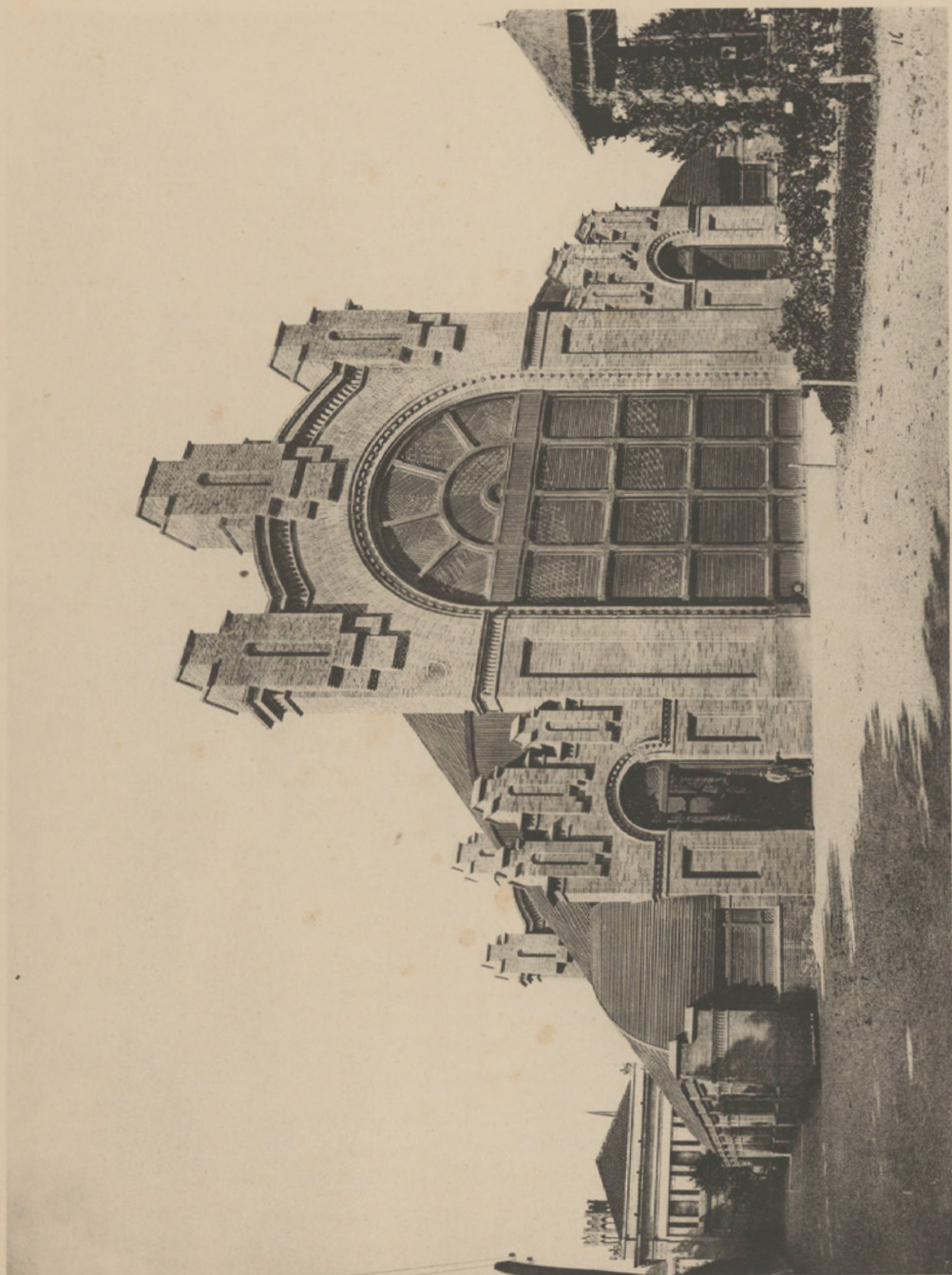
INSTALACIONES AL AIRE LIBRE: PABELLÓN DEL MARQUÉS DE CAMPO



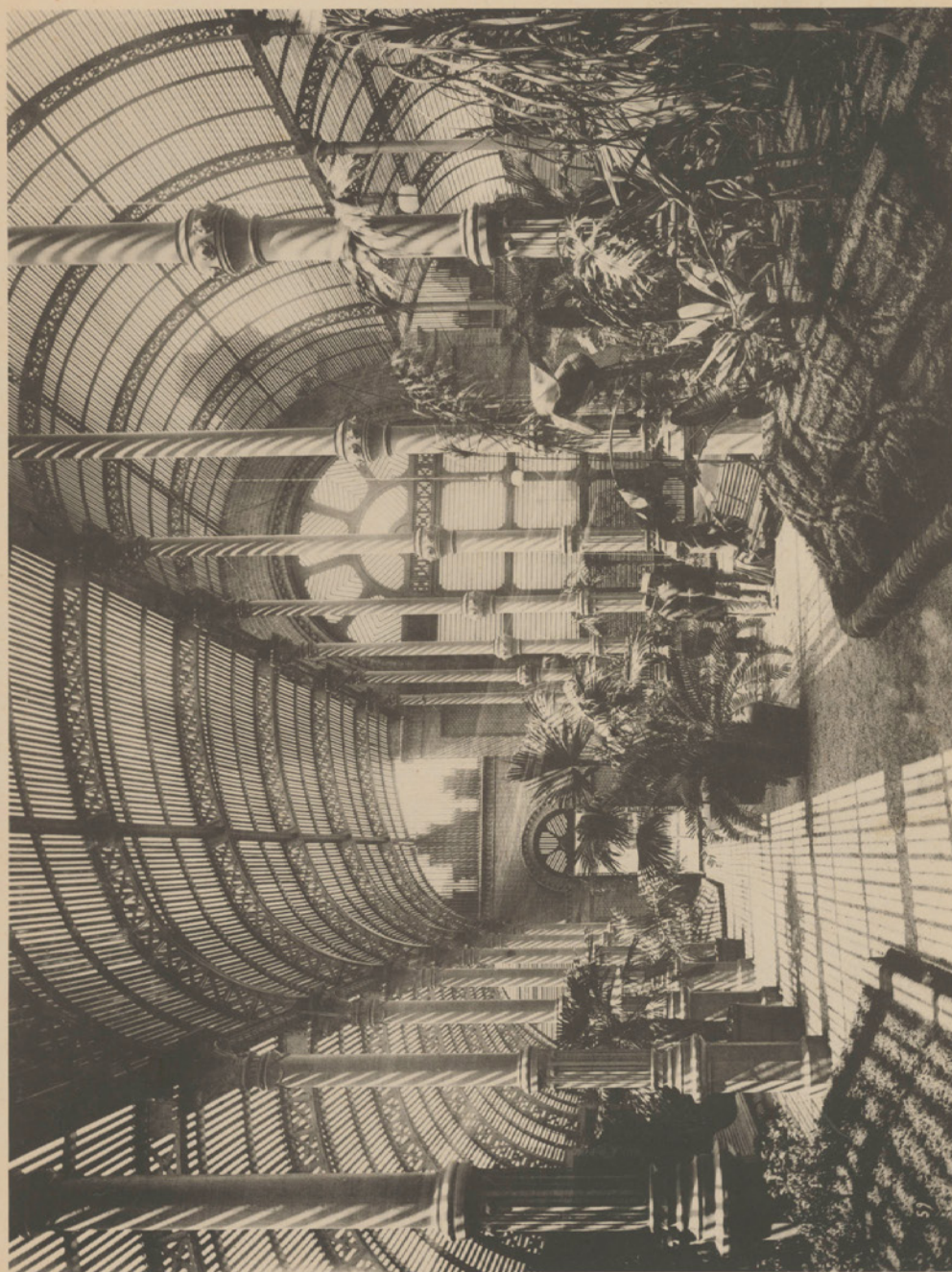
INSTALACIÓN DE LA COMPAÑÍA GENERAL DE TABACOS DE FILIPINAS .



INSTALACIONES AL AIRE LIBRE: AMERICAN SODA WATER



UMBRÁCULO



Umbriáculo



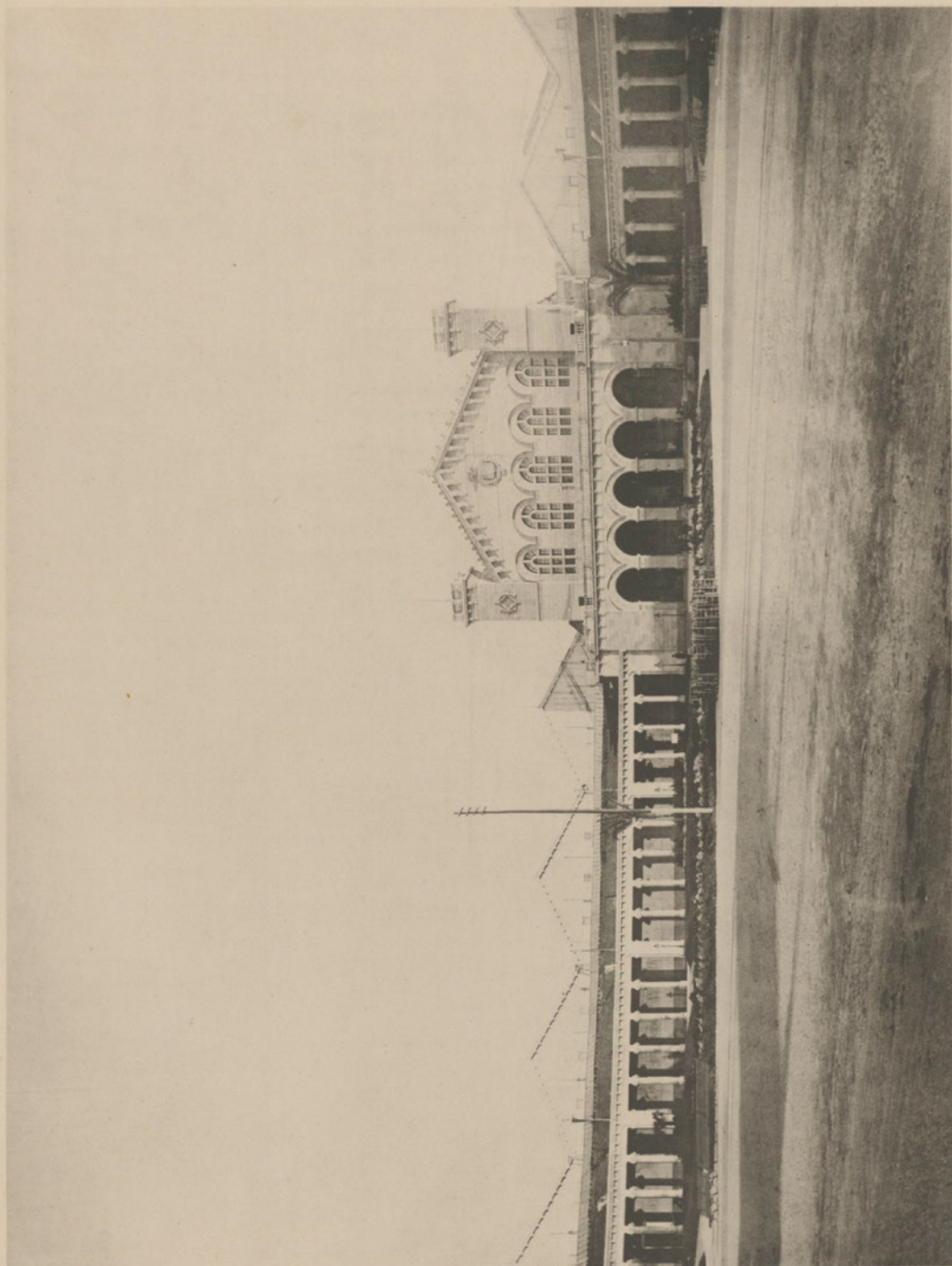
GRUPO DE INSTALACIONES AL AIRE LIBRE



INSTALACIÓN AL AIRE LIBRE



INSTALACIONES AL AIRE LIBRE: PABELLÓN DE AUDOUARD Y C.ª, FOTÓGRAFOS



НЕМЦЕЛО



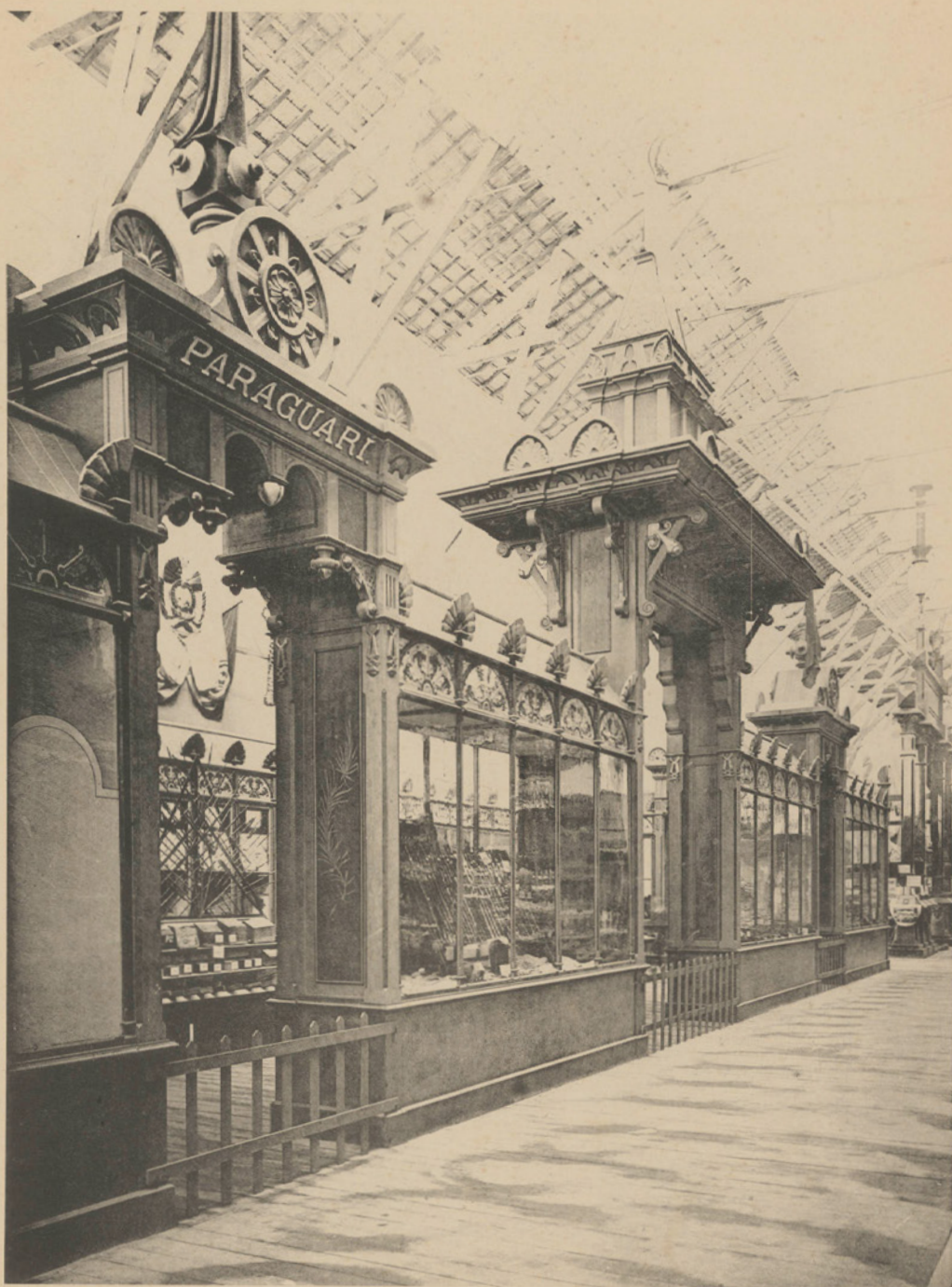
PALACIO DE LA INDUSTRIA: INSTALACIÓN DE LA REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY



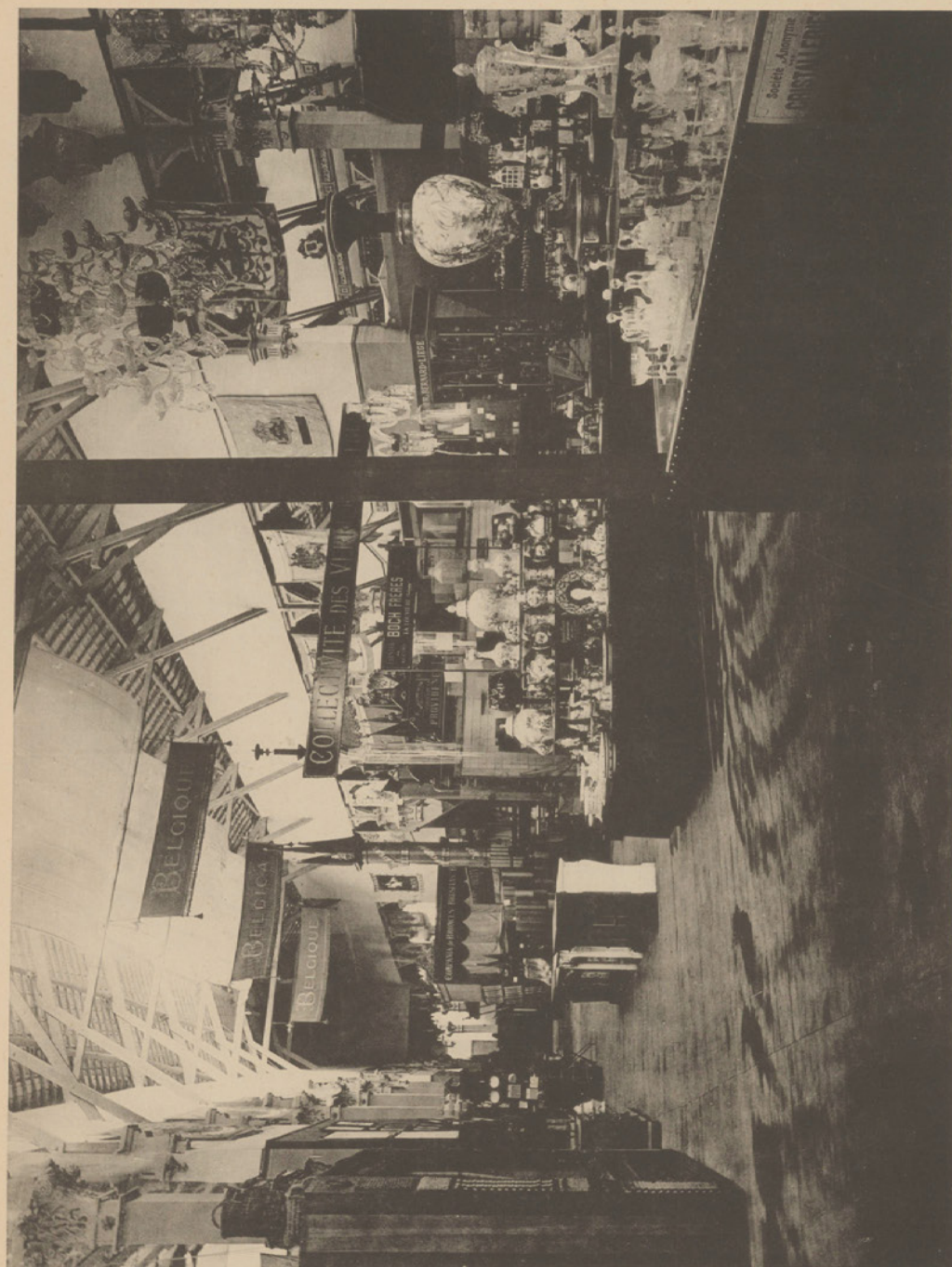
PALACIO DE LA INDUSTRIA: INSTALACIÓN DEL JAPÓN



PALACIO DE LA INDUSTRIA: SECCIÓN DE CHILE



PALACIO DE LA INDUSTRIA: INSTALACIÓN DEL PARAGUAY



PALACIO DE LA INDUSTRIA: SECCIÓN DE BELGICA



PALACIO DE LA INDUSTRIA: SECCIÓN FRANCESA—SALÓN DE HONOR



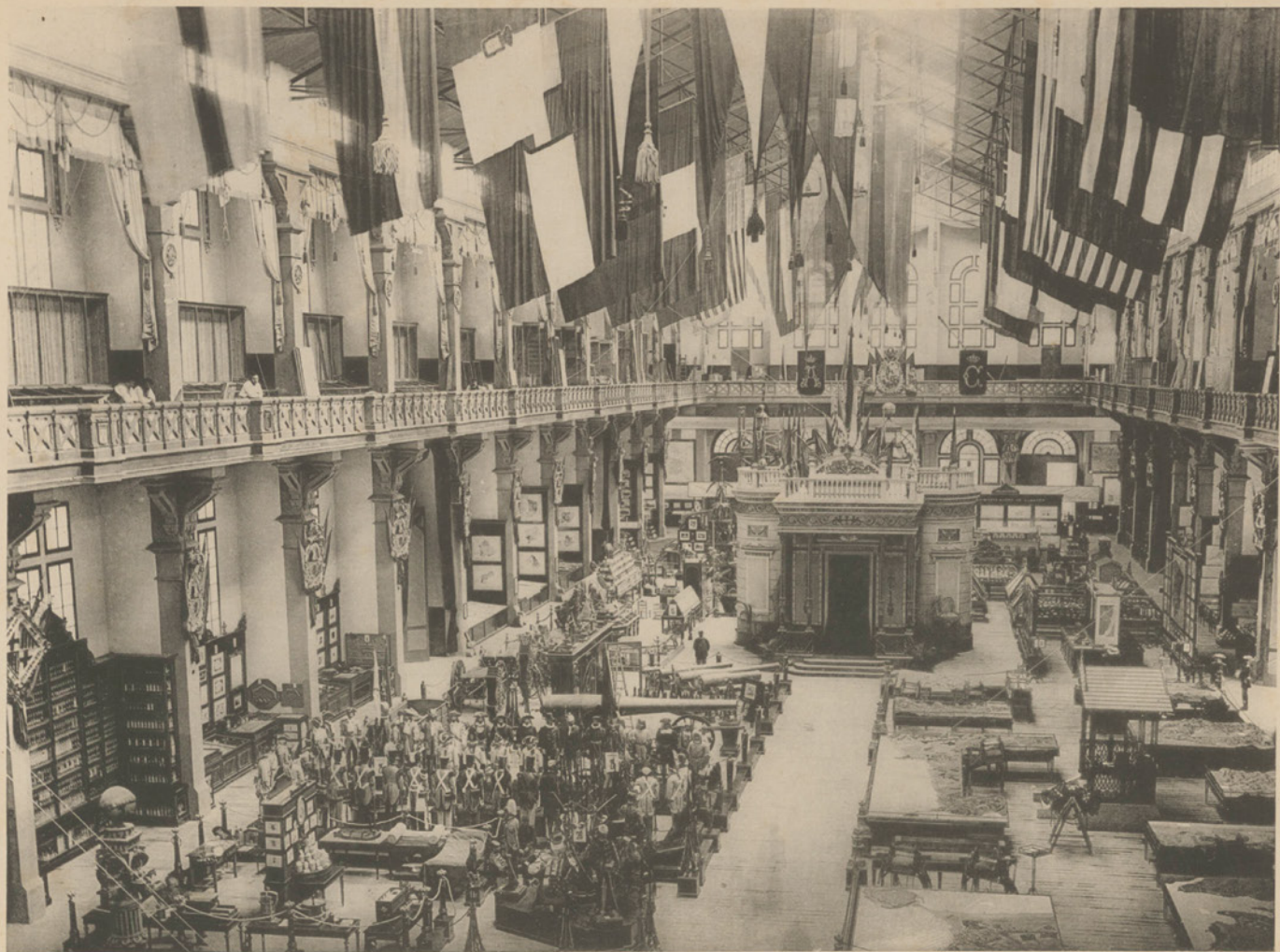
PALACIO DE LA INDUSTRIA: SECCIÓN DE TÚNEZ



PALACIO DE LA INDUSTRIA: SECCIÓN FRANCESA



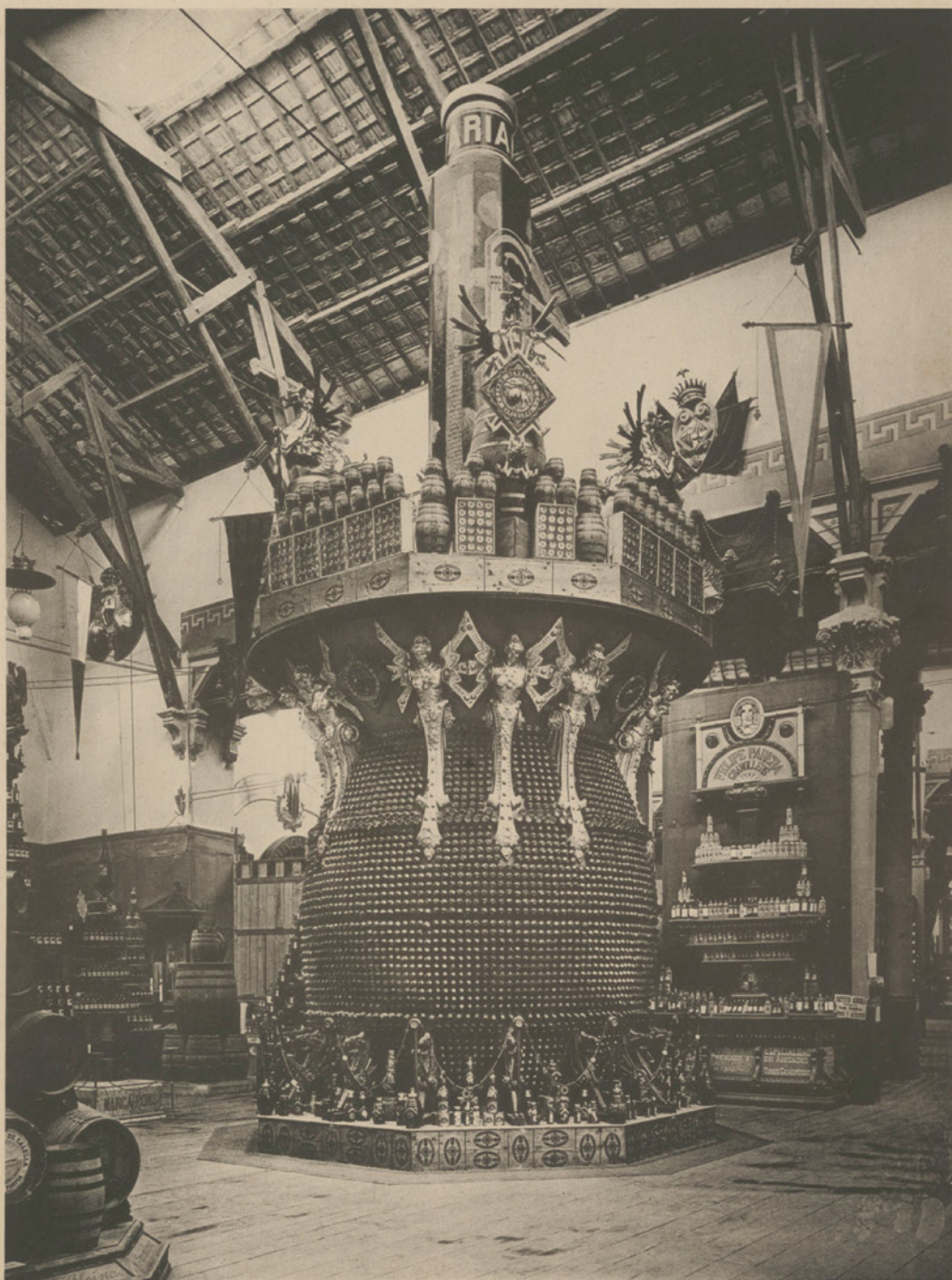
PALACIO DE LA INDUSTRIA: SECCIÓN ESPAÑOLA



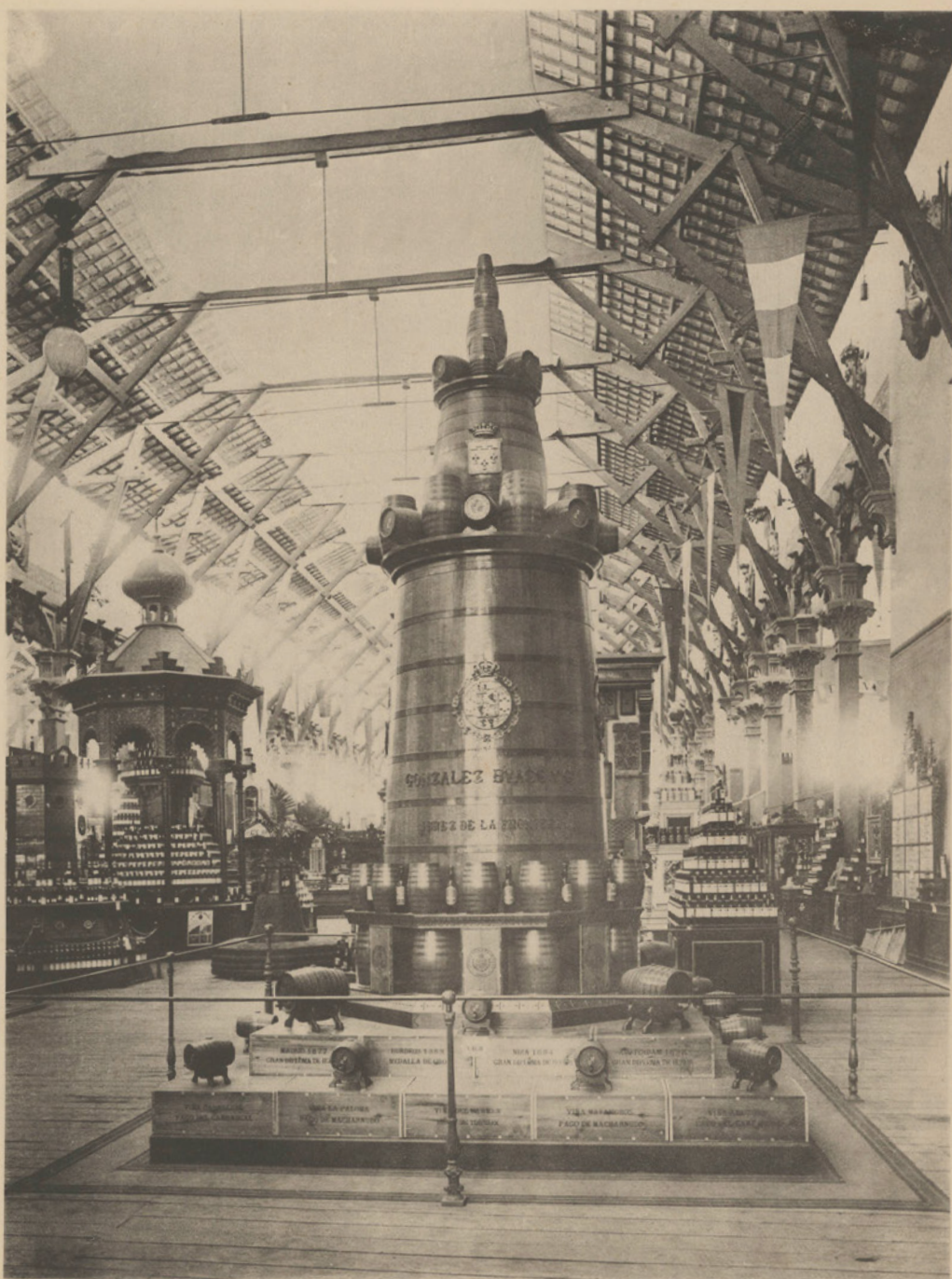
PALACIO DE LA INDUSTRIA: NAVE CENTRAL, SECCIÓN OFICIAL DEL GOBIERNO



PALACIO DE LA INDUSTRIA: NAVE CENTRAL - SECCIÓN OFICIAL DEL GOBIERNO



PALACIO DE LA INDUSTRIA: SECCIÓN DE ESPAÑA



PALACIO DE LA INDUSTRIA: SECCIÓN DE ESPAÑA



PALACIO DE LA INDUSTRIA: SECCIÓN ESPAÑOLA. NAVE DE GERONA



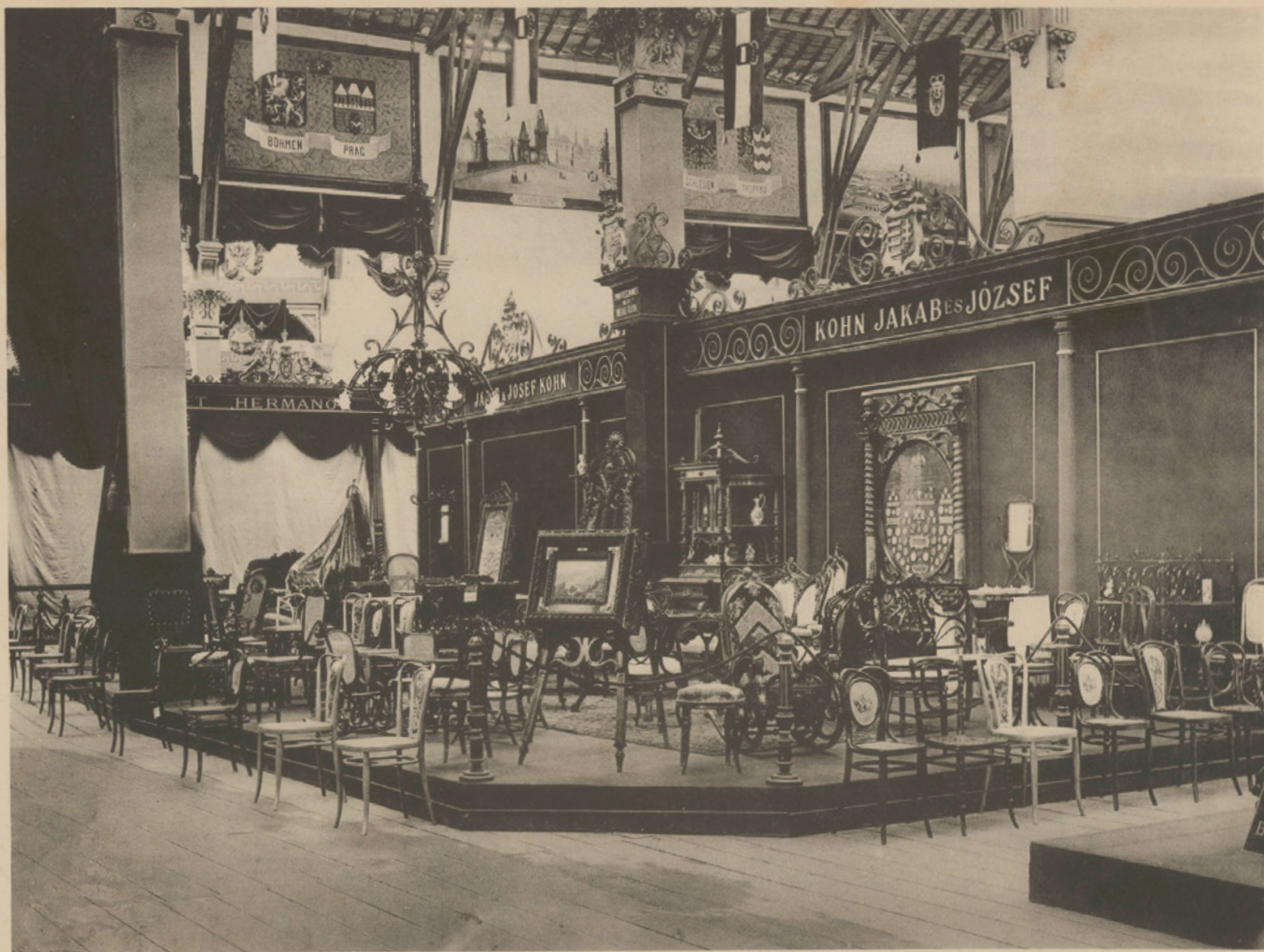
PALACIO DE LA INDUSTRIA: SECCIÓN DE GERONA



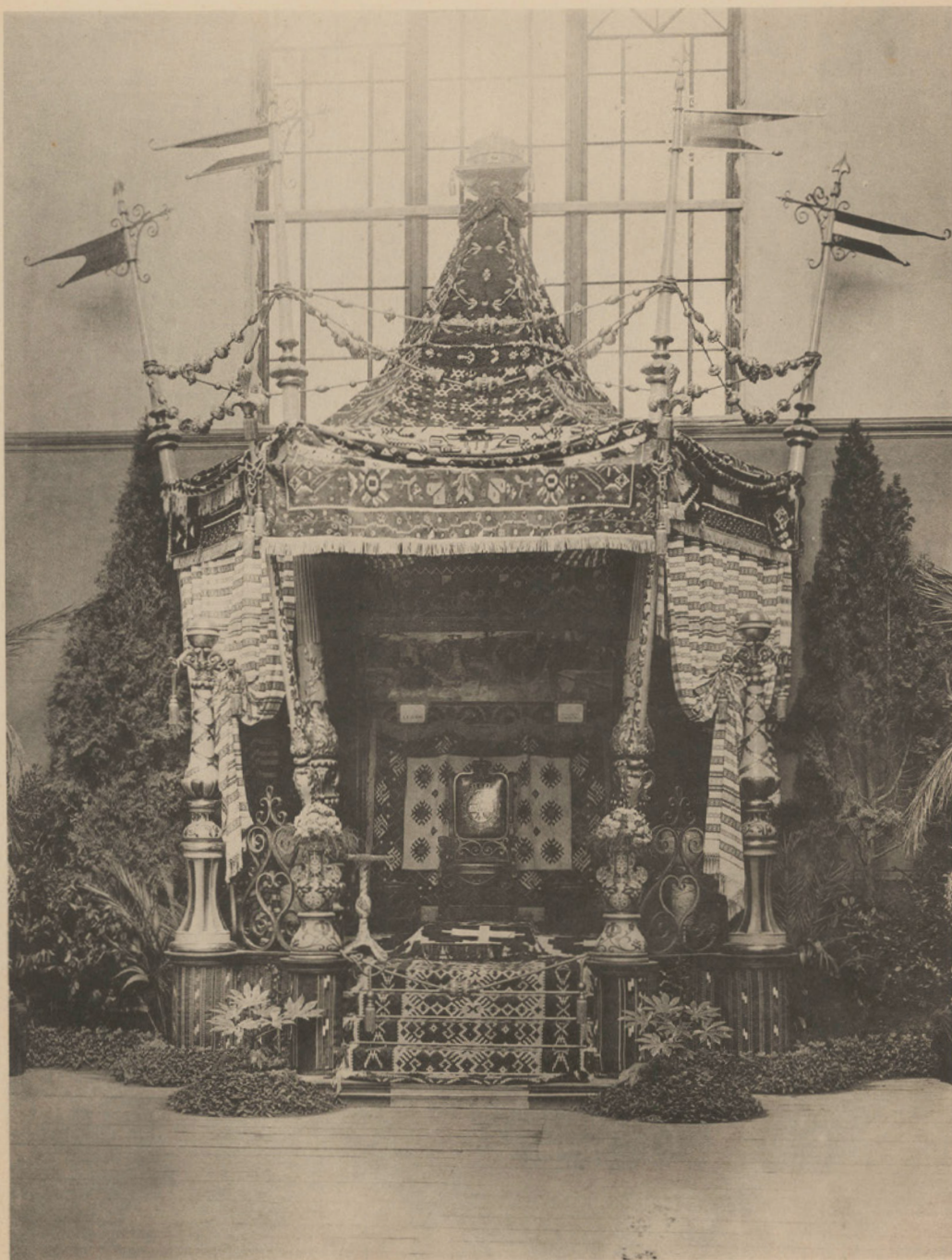
PALACIO DE LA INDUSTRIA: SECCIÓN DE ESPAÑA



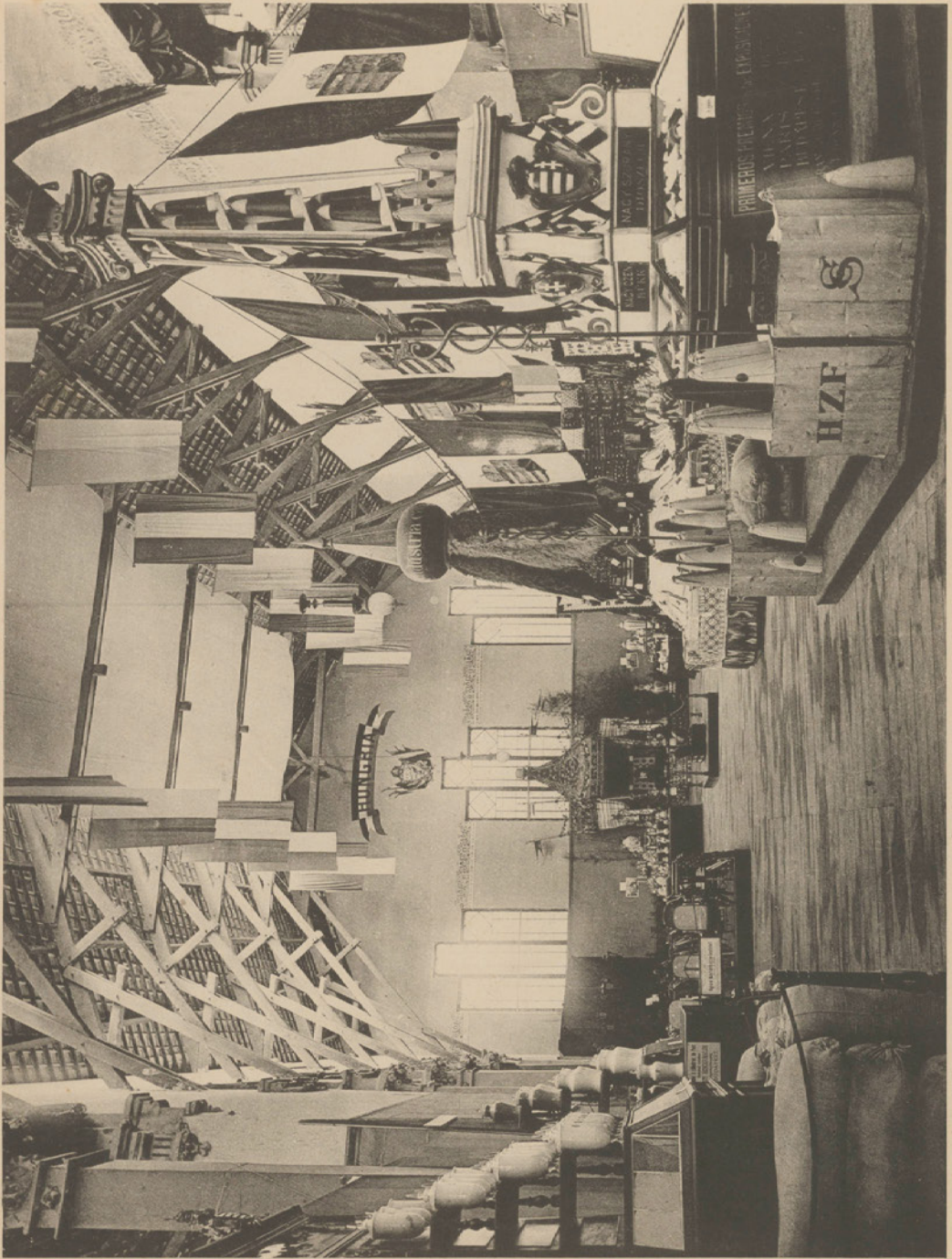
PALACIO DE LA INDUSTRIA: SECCIÓN DE AUSTRIA



PALACIO DE LA INDUSTRIA: SECCIÓN DE AUSTRIA



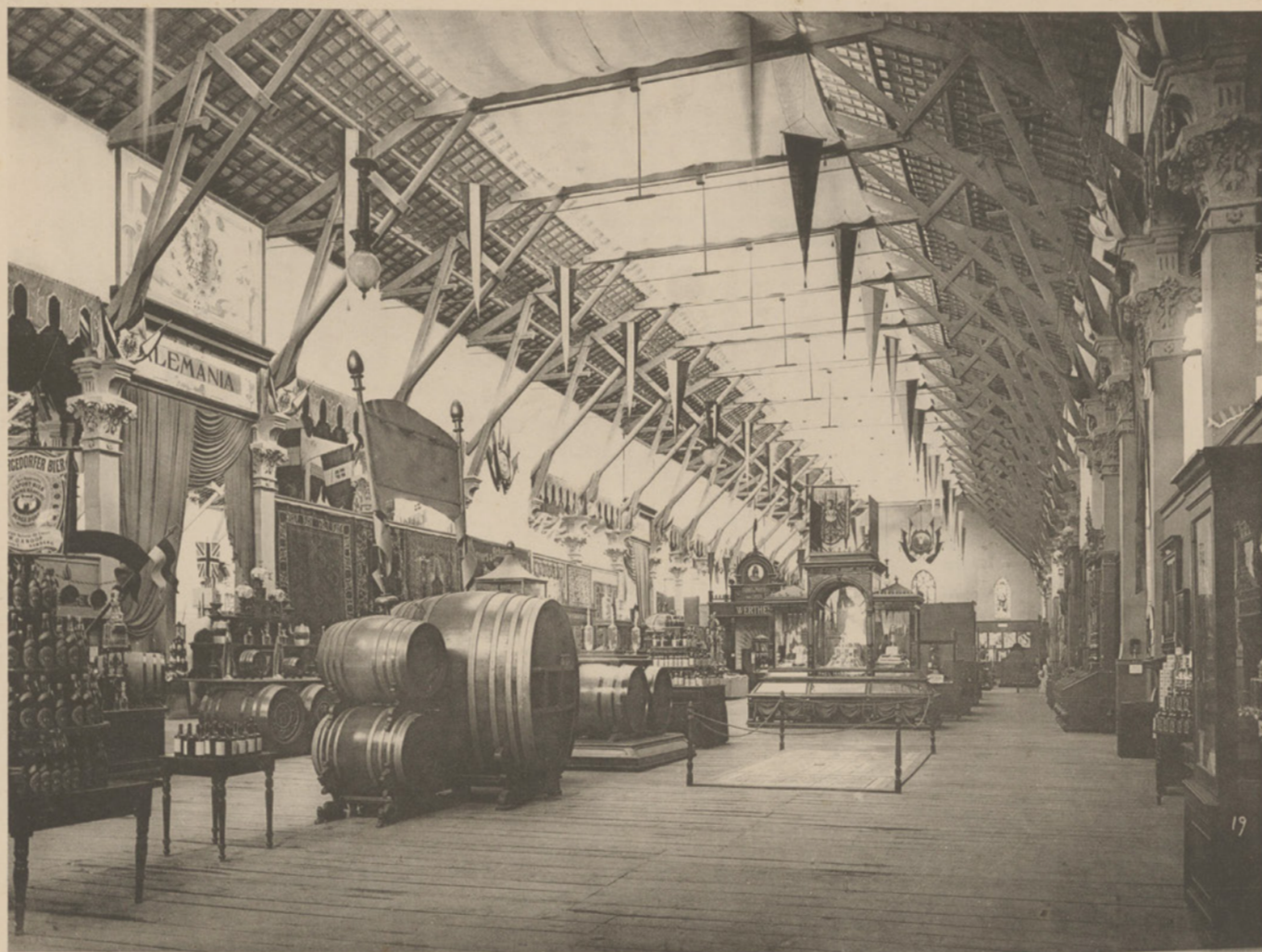
PALACIO DE LA INDUSTRIA: SECCIÓN HUNGARA



PALACIO DE LA INDUSTRIA: SECCIÓN DE HUNGRÍA



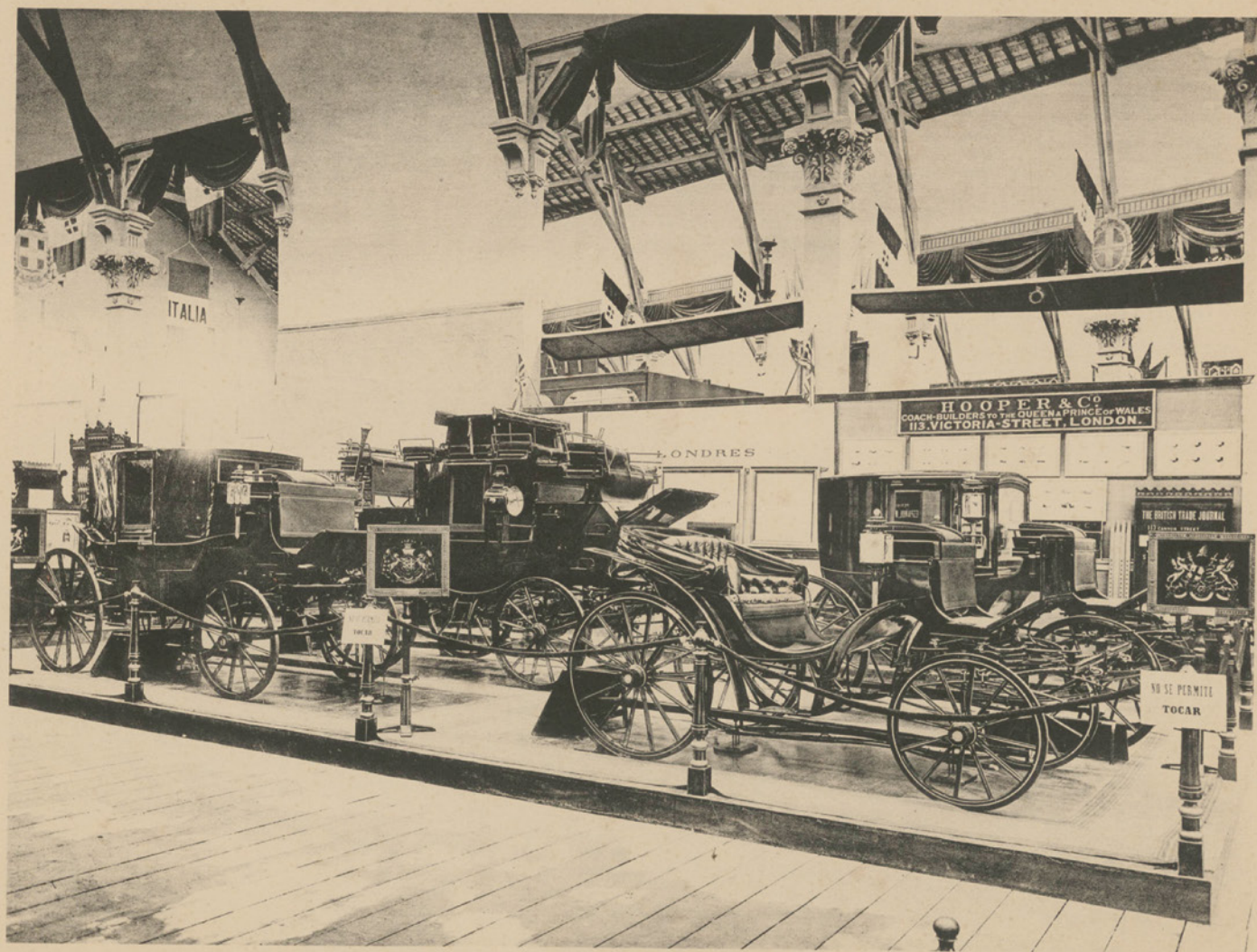
PALACIO DE LA INDUSTRIA: SECCIÓN DE HUNGRÍA



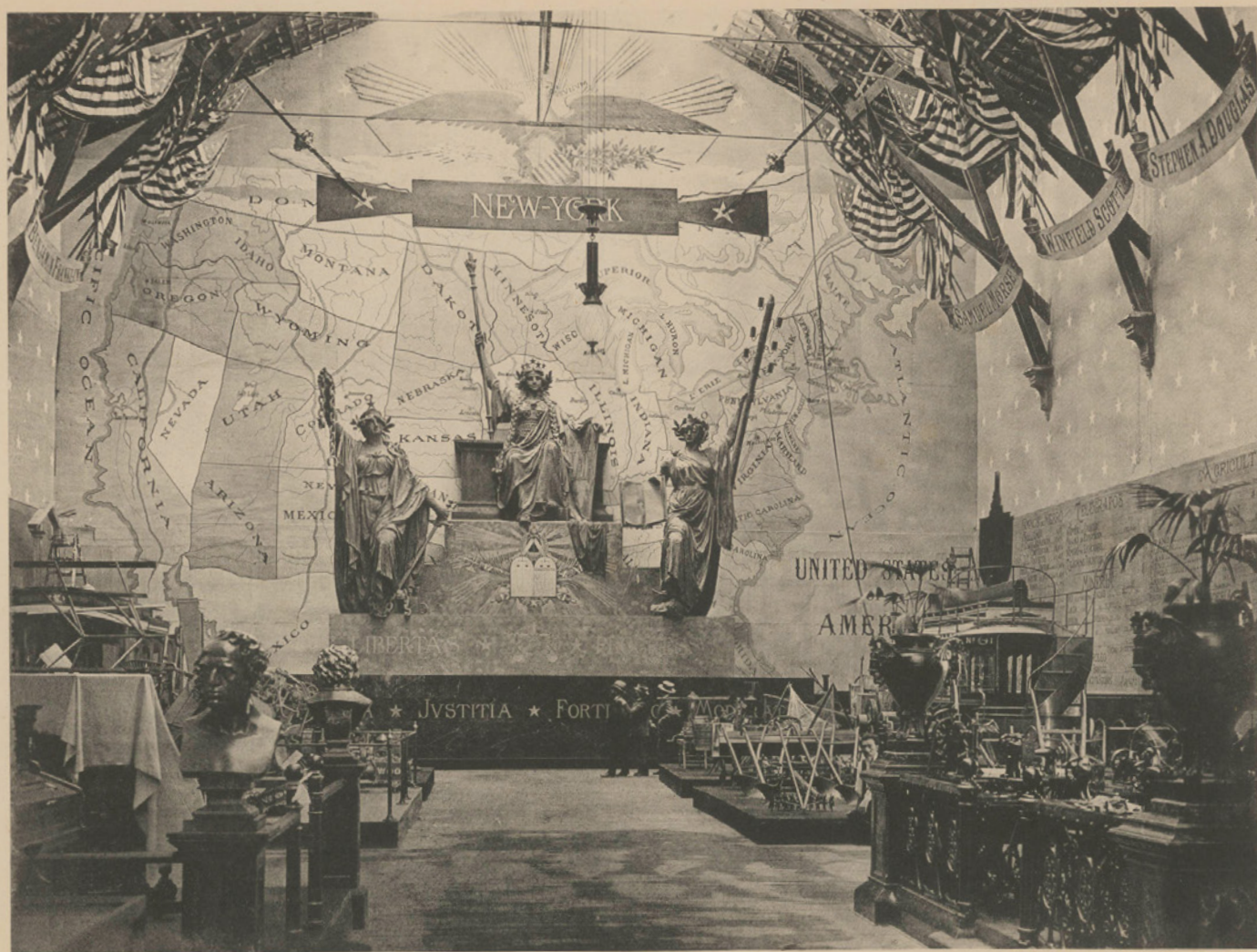
PALACIO DE LA INDUSTRIA: SECCIÓN ALEMANA



PALACIO DE LA INDUSTRIA: SECCIÓN DE ITALIA



PALACIO DE LA INDUSTRIA: SECCIÓN DE INGLATERRA



PALACIO DE LA INDUSTRIA: SECCIÓN DE LOS ESTADOS UNIDOS



PALACIO DE LA INDUSTRIA: SECCIÓN DE LOS ESTADOS UNIDOS



GALERÍA DE MÁQUINAS



GALERÍA DE MÁQUINAS: INTERIOR



PALACIO DE LA INDUSTRIA: FACHADA POSTERIOR DE LA NAVE CENTRAL



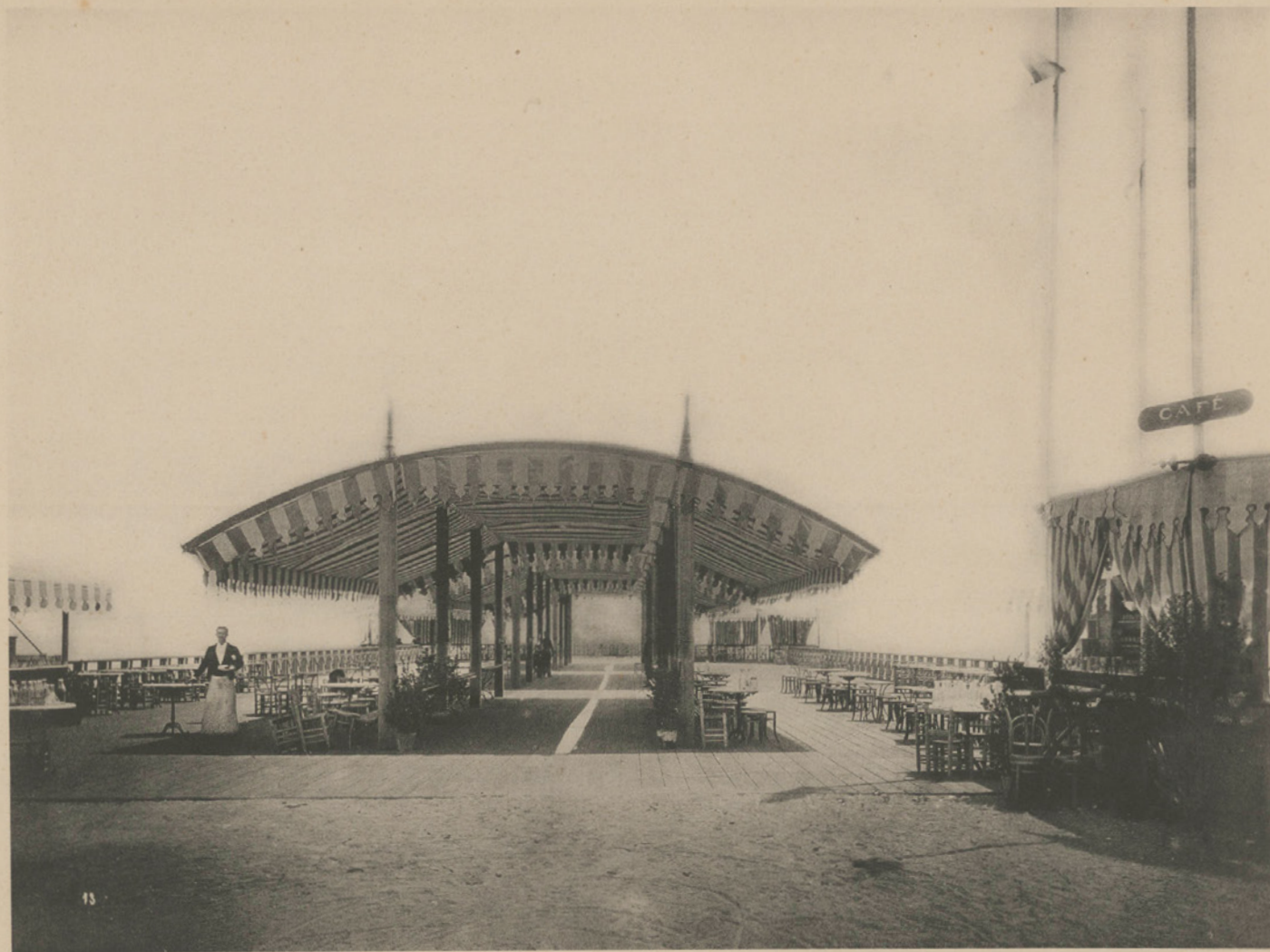
SECCIÓN MARÍTIMA: VIADUCTO



VIADUCTO



SECCIÓN MARÍTIMA: PALACIO DE INSTALACIONES NAVALES



MUELLE DE LA SECCIÓN MARÍTIMA



SECCIÓN MARÍTIMA: INSTALACIÓN DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA



PABELLONES DE ADUANA Y COLONIAS



En este libro se analizan las causas y consecuencias de dos visitas reales a la ciudad de Barcelona.

La protagonizada por Isabel II en 1860, dentro de su gira por Baleares, Cataluña y Aragón, se produce en un momento clave para la ciudad condal, ya que en ese año se aprueba por Real Decreto el plan de ensanche de Ildefonso Cerdá. La presencia de la reina coincide, pues, con el despegue urbanístico de la ciudad, cuya vitalidad social y económica es descrita por el cronista oficial de las jornadas regias, Antonio Flores, de cuyo trabajo reproducimos las partes dedicadas a la estancia en Barcelona.

En 1888 tuvo lugar la inauguración oficial por la reina regente María Cristina y el rey niño Alfonso XIII de la primera exposición universal que se celebró en España. Barcelona acogió el evento como una demostración de su músculo económico: las promesas y primeros avances de 1860 dejaban paso, casi treinta años después, a una realidad de consolidación y riqueza de la ciudad, que supo aprovechar la década dorada de los años de Alfonso XII para consolidar su pujanza industrial y artística. El álbum oficial de la exposición que se reproduce en este libro nos permite apreciar la magnitud del esfuerzo de la ciudadanía barcelonesa.